

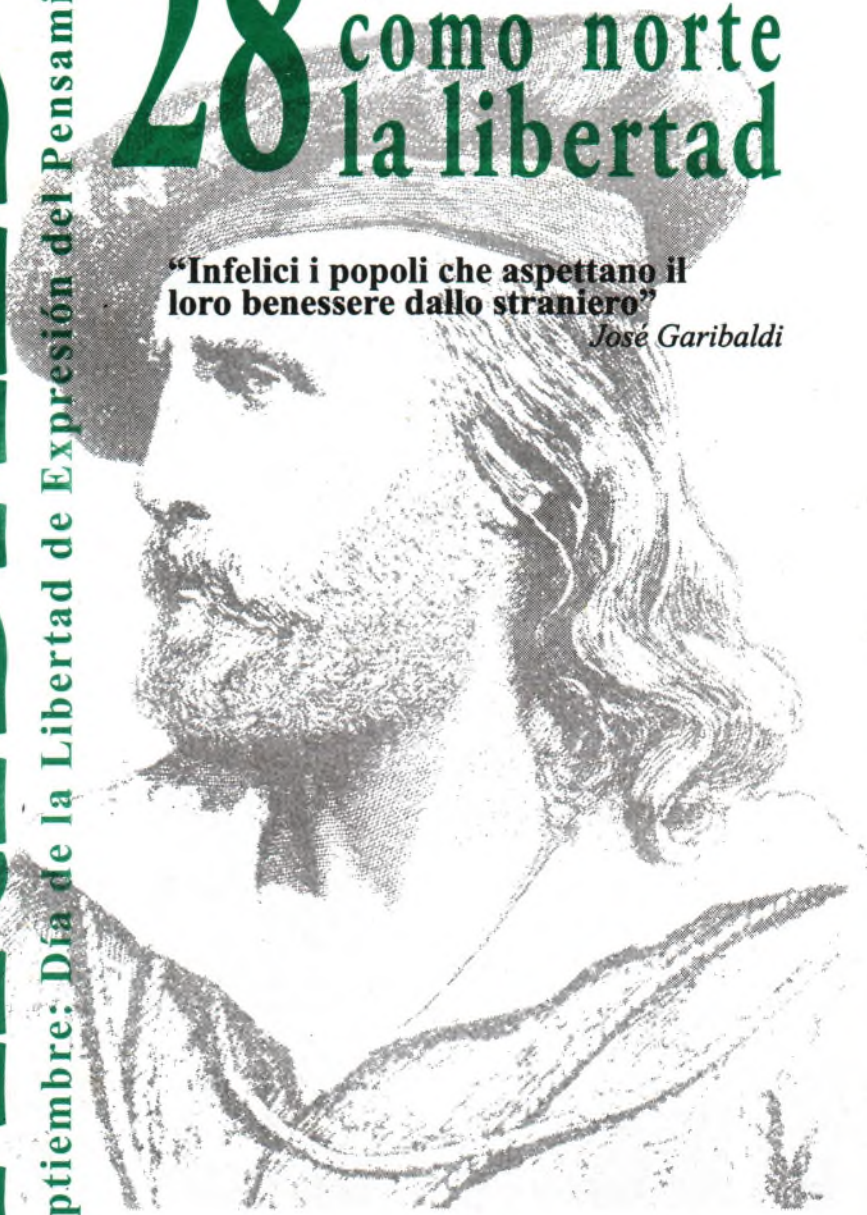
GARIBALDI

20 de Septiembre: Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento

28 años teniendo como norte la libertad

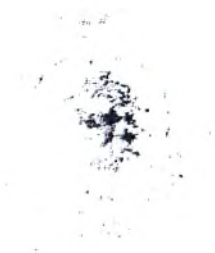
**"Infelici i popoli che aspettano il
loro benessere dallo straniero"**

José Garibaldi



**Publicación anual de la Asociación
Cultural Garibaldina de Montevideo**

Año 28 - Montevideo - 2013



PPE.054.131-

Sector -XVI- 9e
col- N° 2 1

En este número:

Luce Fabbri
El Príncipe

Giampaolo Colella
Verdi: duecento anni dopo la sua nascita

Michele Marziani
Bruciamo Garibaldi!

Stefania Magliani
Garibaldi e i contadini: "buoni amici dei campi,
nobilissima classe del lavoro agricolo"

Egone Ratzenberger
Napoleone III e l'Unità d'Italia

Egone Ratzenberger
"Campagna di Mentana (1867).
Lapidi di Montelibretti

Carlos Novello
Tesoros del arte universal en Montevideo
El David de Miguel Ángel

Selección de **María Sagario**
GABRIELE D'ANNUNZIO (1863- 1938)

María Sagario
Cómo veía alguna prensa los acontecimientos
del XX de setiembre de 1870

Antonio Bona
Los morenos de Garibaldi: Una equivocación de Montanelli

Alessandro Camilli
José Garibaldi



COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente:	Prof. María Sagario de Novello
Vicepresidente:	Antonio Bona
Secretaria:	Esc. Dra. Milka Rappa
Prosecretaria:	Violeta Formento
Tesorera:	Teresita Ferraro

La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo agradece a:

ANDREONI	Juan	INCA	Patronato
BARONE	Miguel	LILLO	Olga
BONA	Antonio	PERCOVICH	Furio
BONFIGLIO	Stella	PENA	Nelson
BONFIGLIO	Zulma	PÉREZ SANTARCIERI	Ma. Emilia
CABRERA	Fernando	QUARTAROLO	Gioconda
CRETI	Maria Rosa	RAPPA	Milka
CIAVATTONE	Ada	RAYMUNDO	Anali
DUPUY	Jorge	RAYMUNDO	Mariel
FERRARO	Teresita	RATZENBERGER	Egone
FORMENTO	Violeta	ROSSI	Pieranna
GALLO	Domingo	SAGARIO	Maria
GHIONE	Julia	SANCASSANO	Luisa
GIOSCIA	Marcelo	ZANOTTA	Mario

por las colaboraciones recibidas que hicieron posible la publicación de esta revista

ASOCIACIÓN CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Montevideo - 2013

GARIBALDI

Fundador: Carlos Novello

Director Responsable: María Sagario de Novello

José Martí 3292 Ap. 601

Montevideo - Uruguay

C.E.: mariasagariomvd@gmail.com

"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo".

Giuseppe Garibaldi

(dalle sue "Memorie")

Se autoriza la reproducción total o parcial del material contenido en esta publicación citando su procedencia.

Composición, diagramación
e impresión:

cba - juan carlos gómez 1461,
tel. 2915 72 31

Montevideo - Uruguay

depósito legal Nº 229.919/2012

Traducciones y síntesis en español: **Prof. María Sagarío**

Versión en español de Verdi: **Prof. Giampaolo Colella**

EDITORIAL

Maria Sagario de Novello

Retomamos, con alegría, nuestro contacto anual con los amigos lectores de la Revista Garibaldi, publicación impresa de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, creada y dirigida, en el ya lejano 1985, por el señor Carlos Novello. A lo largo de estos 28 años hemos intentado mantener el entusiasmo inicial que orientó a su fundador a lo largo de 25 años y que, en la medida de lo posible, hemos tratado de conservar después de su partida.

Lo que para ciertas actividades parece poco, para una revista de estas características, es un largo camino recorrido, venciendo muchos obstáculos para que este sueño, porque así lo sentimos, se haya transformado en una hermosa realidad que perdura.

Señalamos que la Comisión Directiva de nuestra Asociación, convencida de que en los libros está encerrado el verdadero valor documental de la historia y su vigencia, ha decidido que el número 28 de la Revista Garibaldi se publique en edición impresa. Esto ha sido posible, en estos últimos años, gracias a la solidaridad de nuestros amigos garibaldinos que, movidos por su generosidad y en la medida de sus posibilidades, nos han ayudado

a editar la revista porque comparten los ideales de democracia, libertad e igualdad que animaron a José Garibaldi y que todos nosotros defendemos. Reiteramos entonces nuestro más profundo agradecimiento a los amigos que nos acompañan en este nuevo desafío y hacen posible que un año más vea la luz la Revista Garibaldi.

En estos tiempos en los cuales todavía, en muchos países del mundo contemporáneo se trata de silenciar las opiniones discordantes con el poder de turno, sentimos la necesidad de manifestar la defensa más encendida de la libertad de expresión del pensamiento que nuestra Asociación promovió desde sus primeros pasos y que se consagró en el texto de la ley N°17.778, aprobada en el año 2004, por la cual se declara el 20 de Setiembre de cada año, "Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento".

Últimamente, nuestra Asociación ha sufrido la pérdida de compañeros que nos han acompañado desde las primeras horas. A la partida, en 2011 de Carlos Novello, fundador de la Asociación y de la Revista Garibaldi, se agrega la desaparición de Ludovi-

co Pedroni, compañero siempre dispuesto a aportar su palabra acertada y reflexiva y su colaboración siempre bienvenida. Llegó a nosotros a través de la amistad que lo unía a Luce Fabbri, nuestra siempre recordada profesora. Este año hemos perdido a otro de los amigos, José Rasner, uno de nuestros apoyos y figura muy importante de la colectividad italiana, por su obra social de ayuda a los más necesitados. Queremos manifestar aquí nuestro profundo pesar y nuestro afectuoso recuerdo.

Este número se ha visto enriquecido con la "pluma" de nuestros conocidos y fieles colaboradores a quienes hemos agregado escritores nuevos que aportan otros puntos de aproximación a Garibaldi y al Risorgimento.

Este año hemos dedicado el número 28 de la Revista a Giuseppe Verdi, de tanta significación en la música italiana y universal. Los doscientos años de su nacimiento han merecido la atención de nuestro colaborador habitual: nuestro querido compañero de estudios y amigo, el profesor Giam-paolo Colella. También le pertenece la síntesis en español de su artículo. Él se ocupa, con reconocida erudición, de aspectos de la vida y obra de este representante eximio del melodrama italiano, artista vinculado fuertemente al Risorgimento.

También en este número publicamos un artículo de la profesora Stefania Magliani que nos ilustra sobre el Garibaldi hombre, no sólo de acción sino también de pensamiento, intentando derribar algunos prejuicios contra el "héroe de dos mundos", lo que logra eficazmente con una abundante y calificada documentación.

El Embajador Egone Ratzenberger retoma su contacto con nosotros con dos artículos: uno breve que lo muestra como viajero atento y curioso en descubrir testimonios históricos de los cuales es tan rica Italia y que a veces el visitante apresurado no advierte y otro sobre Napoleón III que tuvo también su vinculación con la historia peninsular.

El año pasado tuve el inmenso placer de leer un libro que disfruté muchísimo: "La signora del caviale", de Michele Marziani. El contacto con el escritor ha sido posible gracias a la señora Milena Miazzi, profesora del MAE, quien desarrolla en Uruguay una valiosísima actividad de difusión de la lengua y cultura italianas. Ante nuestro pedido de un artículo para publicar en la revista, ha aceptado la propuesta y nos ha enviado unas páginas muy disfrutables, con anécdotas deliciosas de su infancia relacionadas con la figura de Garibaldi acompañadas de una re-

flexión profunda sobre situaciones del mundo actual globalizado. Cuando lo lean, comprenderán la razón del título, un tanto provocativo, del artículo, del cual, como si se tratara de una novela policial, no queremos ni debemos revelar su desenlace.

La profesora Luce Fabbri nos acompaña siempre en nuestro afecto, por todo lo que generosamente nos ha brindado en nuestro ya largo recorrido vital y por la huella que ha dejado en nosotros, sus alumnos. La recordamos como la gran sembradora de conocimientos. Su erudición y coherencia son valores que no se encuentran con mucha frecuencia en nuestros días. Con motivo de la celebración de los 500 años de la publicación de "El Príncipe" de Maquiavelo y después de contar con la autorización de la doctora Olga Lillo, nieta de Luce, hemos elegido un fragmento del prólogo a la edición bilingüe de la obra, publicada por la editorial Nordan.

Sus conceptos claros y su conocimiento del contexto histórico, político y filosófico junto con la indiscutible vigencia de "El Príncipe", hacen de este artículo una pieza de altísimo nivel que apreciarán los entendidos.

Entre otros materiales, reproducimos y comentamos artículos de prensa que se refieren a los hechos del XX de Setiembre de 1870, en Roma.

Este año también se recordará a Andrés Aguiar, el "moro" que acompañó a Garibaldi en la Legión Italiana de Montevideo y murió en combate, defendiendo en Italia la República Romana. El integrante de nuestra Asociación, Lic. Antonio Bona publica una reseña sobre "Garibaldi y los morenos" en la cual relata la actitud del héroe con respecto a los afrodescendientes.

En cuanto a las actividades culturales organizadas por nuestra Asociación, en el Mes de la Mujer, celebramos a Anita Garibaldi, con la colaboración de la Intendencia de Montevideo, la Junta Departamental y la Comisión de género y con motivo de haber sido designada por el Gobierno de Brasil "heroína de la Patria". En esa instancia, además de las autoridades municipales e italianas, contamos con la grata presencia de autoridades de la Embajada de Brasil. A todos ellos, vaya nuestro más profundo reconocimiento.

EL PRINCIPE

Luce Fabbri



EL PRINCIPE

(.....)

Imposible – creo yo – entender el verdadero significado de esta obra explosiva si se la considera aisladamente y, a la vez, como un todo homogéneo. Hay que estudiarla en su complejidad y tener en cuenta múltiples factores.

El primer impulso para la composición de *El Príncipe* fue dado indudablemente por la importancia que de golpe adquiere en Florencia, en 1512, el fenómeno histórico del poder unipersonal absoluto. El proceso en Italia ya estaba en pleno desarrollo en tiempos de Dante, quien, en la segunda parte de su vida, conoció forzosamente a muchos “señores” (los Della Scala, los Polenta, los Malatesta, los Malaspina...) y fue amigo de alguno de ellos, pero cuando los mira en su conjunto, como buen ciudadano de una república, los califica de “tiranos” (Como protagonista de la Comedia, le dice a Guido da Montefeltro, en el canto XXVII del *Infierno*: “Jamás sin guerra estuvo tu Romaña/dentro del corazón de sus tiranos”).

Después, de a poco, casi todos los municipios libres restantes habían ido desapareciendo. Al iniciarse el siglo XVI, Florencia era, sin embargo, aún

En 1513 Nicolás Maquiavelo publicaba su tratado de doctrina política, “El Príncipe”. A 500 años de su aparición, la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo quiere recordar esa fecha y cree que la mejor manera de hacerlo es recurrir a la palabra reconocida y autorizada de la Doctora Luce Fabbri, quien publicara en 1994, para la Editorial Nordan, un enjundioso prólogo a la edición bilingüe de “El Príncipe”. Obtenida la autorización de su nieta, la doctora Olga Lillo, a quien mucho agradecemos, reproducimos a continuación los fragmentos de su estudio que se refieren sobre todo a la obra que nos ocupa. Esta obra se compone de una dedicatoria y de veintiséis capítulos. El último de ellos es un llamado a los Medici, príncipes de Florencia a aceptar las tesis que Maquiavelo defiende en su texto.(M.S.)

una república. Hasta ese momento, con Venecia, había sido la principal excepción a la tendencia general hacia la mini monarquía absoluta, no por haber conservado intacto, como Venecia, el régimen republicano, sino por no haberse resignado al principado, que había sido su forma de gobierno en la segunda mitad del siglo anterior, y por haber vuelto al régimen municipal en la primera ocasión. Ahora, con el retorno de los Medici, entraba de nuevo en la normalidad de la época, con carácter definitivo, al parecer.

Maquiavelo se resigna e interrumpe los *Discursos sobre la primera "deca" de T. Livio*, en los que estudiaba como modelo la república romana, para dedicarse a estudiar el principado.

En la composición de *El Príncipe* influyen - decía - varios factores. El primero es el pensamiento del autor como se había formado a través de la experiencia del secretariado en tiempos de la república y como sobrevivió al terremoto mental y material de 1512.

El gobierno del pueblo y la moral.

El hombre -pensó él siempre- no cambia en su naturaleza profunda; por eso nos sirve el estudio de la historia romana. Ese hombre, que es el sujeto de la historia, es naturalmente egoísta y aprovechador; de ahí que cualquier tipo de sociedad degenera,

para empezar a recuperarse cuando la degeneración ha llegado a un grado insostenible: el poder unipersonal degenera fatalmente en tiranía, contra la que los nobles se rebelan en nombre de una libertad que no es tal porque al poco tiempo se traduce en un régimen opresivo para el pueblo. Éste cobra conciencia y fuerza y abate el régimen oligárquico para establecer una república popular, estructura que correspondería al ideal de Maquiavelo, pero no se mantiene: el interés personal, que Maquiavelo llama corrupción, hace degenerar esa libertad en licencia. Un ambicioso entonces aprovecha el descontento difuso para establecer en esa sociedad su dominio absoluto: y el proceso vuelve a empezar; "Del bien deriva el mal, del mal el bien" dice Maquiavelo, a propósito de lo mismo, en *El Asno de oro*.

Más lentamente fue madurando en él su idea fundamental: que el arte de conquistar, mantener y aumentar el poder no tiene nada que ver con la moral y que por lo tanto, todos los tratados antiguos y medievales acerca de cómo debe ser el "buen príncipe" (cuyo prototipo podría ser el *De regimine principum* del cardenal Egidio Colonna) no tienen ningún asidero en la realidad de los hechos, que Maquiavelo llama "la realidad efectiva". En este terreno se ha producido el gran malentendido acerca del pensamiento de Maquiavelo, atribuible a la poca

precisión con que se usa la palabra "política".

Si limitamos su significado al "arte de gobernar", indudablemente Maquiavelo da origen a una ciencia política basada en lo útil y completamente separada de la ética. Pero Maquiavelo no se ocupa sólo de los gobernantes. Él, que se jactaba de ser "hombre popular", estudia, como especialista en ciencia política, no sólo a quien gobierna, sino también a quienes tratan de ser gobernados lo menos posible, como, por ejemplo, la plebe romana antigua o el pueblo florentino de su tiempo. Él se considera un técnico en la materia y establece fríamente lo que debe hacer el príncipe para dominar y lo que deben hacer los pueblos para defender su libertad contra los príncipes. En esto consiste la ciencia. Pero sólo la técnica del poder está separada de la moral. La libertad, la república fundada en buenas leyes y defendida por sus ciudadanos, pertenecía - y todos los *Discursos sobre la primera "deca" de T. Livio* lo demuestran - al campo del "debe ser", de la moralidad, porque, si el interés del príncipe comúnmente es opuesto al interés general, que es para Maquiavelo la medida de lo moral, los deseos populares coinciden casi siempre con el bien común, pues los integrantes del pueblo no tienen posibilidad de acceder al poder individualmente y por lo tanto desean naturalmente, para

todos, la libertad.

El error principal de De Sanctis es justamente el de considerar que Maquiavelo justifica el poder absoluto con el interés general, cuando el escritor florentino, con la sola excepción del último capítulo de *El Príncipe*, estudia el poder absoluto sin justificarlo más que desde el punto de vista de una técnica al servicio de las ambiciones personales del príncipe, y en cambio dice explícitamente que ese poder es, en general, opuesto al bien común.

Los príncipes se mueven en el campo de la realidad efectual. El "óptimo príncipe" de Egidio Colonna pierde inevitablemente el poder; para conservarlo, tiene que observar las reglas que da Maquiavelo en su obra: ser bueno cuando se pueda, parecerlo en cualquier caso, pero ser malo, mentiroso, incumplidor, asesino, cuando sea necesario.

Maquiavelo está orgulloso, moralmente orgulloso, de decir en voz alta la verdad y terminar con la hipocresía del "buen príncipe. Pero, en los *Discursos*, dice con todas las letras que en la resistencia al despotismo está el "deber ser".

"No el bien particular, sino el bien común engrandece las ciudades. Y, sin duda, sólo en las repúblicas se cuida el bien común (...) Lo contrario sucede cuando hay un príncipe, porque en general lo que lo aventaja perjudica a la ciudad y lo que conviene a la ciudad

lo perjudica a él". (*Discorsi sulla prima Deca di T. Livio, II, 2*).

Además, considerando que el príncipe suele salir de la nobleza y, de todos modos, tiene entre los nobles los rivales que desean suplantarlo, puede interesar, como corolario, este otro pasaje: "Si se considera el fin de los nobles y de los que no son nobles, se verá en aquéllos un deseo grande de dominar y en éstos solamente el deseo de no ser dominados y, por consiguiente, un mayor deseo de vivir libres". (*Ibidem, 1,5*).

La verdad vigilada

Éstas eran las ideas de Maquiavelo cuando sobrevino la crisis política de 1512 que divide su vida en dos partes profundamente distintas, exactamente como el forzoso destierro había dividido en dos partes profundamente distintas, dos siglos antes, la vida de Dante.

La "realidad efectual" ha caído sobre el autor bajo la forma de pérdida del empleo, cárcel, tortura, confinamiento en el campo. Los caracteres del absolutismo ya no son objeto de estudio, sino de experiencia directa. Y acontece lo que Maquiavelo siente más en lo hondo: se termina la libertad de palabra.

No podemos, por eso mismo, leer *El Príncipe* con los mismos criterios con que leemos los ensayos sobre

las condiciones políticas de Francia o Alemania, escritos en tiempos de la república, ante res pérdidas.

En *El Príncipe* triunfa el realismo, pero es un realismo vigilado, lleno de precauciones. Y, a pesar de que esto es evidente, casi nunca se ha tenido en cuenta al juzgarlo. Maquiavelo no dice lo que no piensa, pero dice sólo la mitad de lo que piensa: la otra mitad la dice en el *Asno de oro*, cuyos primeros cantos, por el momento, oculta cuidadosamente en un cajón. Puede que los esbirros de los Medici los hayan encontrado en el allanamiento y que en ello esté la causa de la tortura y de la posterior imposibilidad para el autor de recuperar el empleo.

De todos modos, el descubrimiento que él había hecho, de que la historia no es una galería de ejemplos para educar a los niños, sino una ciencia implacable y de que la vida política debe ser analizada como es y no mitificada presentándola como debería ser, lo llena de orgullo. Él proclama su verdad como un desafío a la hipocresía mojigata, y latinamente llama virtuoso (porque es eficaz en su terreno, hace bien lo que hace) a César Borgia que en los *Decenales* había presentado como una serpiente ponzoñosa.

Este realismo lo lleva a adoptar en lo personal un criterio que se puede llamar oportunista y que conciliaba - según él, y yo no lo justifico - su interés

particular de conservar o recuperar el empleo con el interés de Florencia de ser gobernada - dentro de la tragedia de la pérdida de sus libertades - lo mejor posible. Siempre fue partidario del "mal menor". Hay varias pruebas de esta línea de conducta, además de la comparación de *El Príncipe* con los *Decenales* anteriores y el *Asno de oro* contemporáneo. Si en *El Príncipe* aconseja al monarca que no mantenga las promesas cuando no le convenga, en los *Discursos* afirma que, donde el pueblo interviene en el gobierno y lo controla, los pactos se cumplen más fielmente que en una monarquía y que, por lo tanto, una alianza con una república es siempre más segura. (Indirectamente sugería a las potencias extranjeras que ayudaran a apoyar la república, en Florencia).

Cuando el papa León X, que desde Roma era, a través de sus parientes, el virtual señor de Florencia, le pidió que estructurara una nueva constitución para la ciudad, Maquiavelo le propone un curiosísimo proyecto de poder unipersonal a término destinado a durar mientras viviera el papa, para ser sustituido después por un régimen republicano minuciosamente descrito.

Por otra parte él proclama legítimo el oportunismo cuando se trata del interés general. En los *Discursos* exalta al primero de los Brutos, quien simuló la locura para poder preparar más tranquilamente la revolución contra el rey

Tarquino: "Conviene hacerse el loco, como Bruto; y bastante se hace uno el loco, alabando, hablando, viendo, haciendo cosas en contra de lo que se piensa, para complacer al príncipe".

Otra de las conclusiones a las que Maquiavelo estaba llegando cuando se produjo la crisis decisiva de 1512 era que la multiplicidad de pequeños estados en que Italia estaba dividida, con la secuela de las pequeñas interminables guerras internas en que las repúblicas y príncipes empleaban milicias mercenarias en su mayor parte extranjeras, debilitaba desastrosamente la península, destinándola a transformarse en dominio francés o español, a menos que, como Francia en tiempos anteriores o España en esos mismos años, se unificara. La virtual, aunque efímera unificación de la Italia central, doce años antes, por parte de César Borgia le hizo pensar que una de las ciudades-estado o uno de los príncipes italianos podían ser agentes de una unificación que, por más que se la quiera definir hoy como utopía, en ese entonces estaba en el ambiente. Cuando Julio II levantó la bandera antifrancesa con el grito de "¡Fuera los bárbaros!", se apoyaba en cierta conciencia colectiva. Hay que decir que muy pronto se reprodujo, a favor de Florencia, la circunstancia que, a principios de siglo, había favorecido a César Borgia: el vínculo de parentesco entre el eventual agente unificador y el

papa, puesto que el señor de Florencia, Juan de Medici, fue elegido pontífice con el nombre de León X, y dejó sólo nominalmente el gobierno de la ciudad en manos de su hermano Julián, y luego de la muerte de éste (1516), en las de su sobrino Lorenzo.

Esta coincidencia debió impresionar profundamente a Maquiavelo, que recordaba con qué facilidad César Borgia, apoyado interesadamente por el papado (que siempre se había opuesto a la formación de un estado unitario en la península, pero que, en esa oportunidad, por razones de parentesco, la favorecía), se había apoderado de Umbria, parte de Las Marcas y Romaña, derrotando a los minúsculos señores de sus ciudades y a las milicias mercenarias de estos últimos. Ahora la situación se reproducía, pues un Medici ocupaba el trono de S. Pedro. Y esta vez, en el año 1513, era Florencia, la ciudad a la que Maquiavelo amaba "más que a su alma", la que se encontraba en la situación particularmente afortunada en la que se había encontrado en 1500, César Borgia.

"El Príncipe", personaje trágico

El Príncipe, compuesto en 1513, en un momento marcado para el autor por la detención y la tortura, refleja todos esos elementos contradictorios.

La obrita consta, a mi modo de ver, de tres partes completamente distin-

tas. La primera es la dedicatoria. No nos queda la originaria, a Julián de Medici, muerto en 1516. Tenemos, en cambio, la que Maquiavelo escribió para el sucesor y sobrino de éste, Lorenzo. Es la página más estilísticamente tradicionalista que Maquiavelo haya escrito, de períodos amplios y pesados, de acento obsequioso. Quiere hacer -dice- al príncipe de Florencia un regalo en sí humilde, pero es el mejor que pueda ofrecer, pues es el resultado de largos años de estudios y experiencias. Luego expresa el deseo de que el destinatario "llegue a la grandeza que la suerte y sus demás cualidades le prometen". A esta frase se limitaba la adulación característica de semejantes dedicatorias. Y no es difícil -a pesar del interés que Maquiavelo tenía en ganarse el favor de Lorenzo- descubrir una remota luz de ironía en ese haber puesto la suerte (es decir el parentesco con el Papa) como la cualidad principal del homenajead. Pero, aun tan limitada, esa alabanza debió pesarle.

La segunda parte es la obra misma, con exclusión del último capítulo. De insólita brevedad, de estilo cerrado y enérgico, caracterizado por momentos por un esquematismo de tratado científico, dotado casi siempre de una pasionalidad reprimida por prudencia y una búsqueda de imparcialidad que pareció cinismo, este libro es poderosamente unitario, porque es obra de un artista dramático que ve la historia

como una inmensa comedia o una inmensa tragedia. Y *El Príncipe* es un retrato, el retrato de un personaje trágico, arrastrado a cometer crímenes, a matar en sí al hombre, por la lógica férrea del poder.

No corresponde este retrato a un personaje histórico determinado, pero es coherente, pues reúne los rasgos comunes a César Borgia, Alejandro VI, Fernando el Católico, Agátocles de Siracusa y muchos otros. Es un personaje trágico, sin amigos (sólo debe confiar en quien tiene un interés personal en serle fiel), más temido que amado, más preocupado por su imagen que por su ser, olvidado de sí mismo en la tensión tremenda hacia los cuatro puntos cardinales, para no perderse ni un síntoma de peligro que podría ser mortal, ni el espacio huidizo de una posible conquista. Es el retrato de un jugador, absorbido y anulado por la pasión del juego, un juego en que se apuesta la vida misma. El adversario del príncipe en este juego es la Fortuna con mayúscula, dueña de la mitad del destino: la otra mitad pertenece a la voluntad del hombre. Y en este sentido el príncipe es un personaje épico, porque es un luchador que está al acecho para aprovechar todos los atisbos de buena suerte y contrarrestar la mala suerte con toda la energía de su voluntad de poder.

Como buen autor dramático, Maquiavelo no puede reprimir su admi-

ración despavorida por el personaje César Borgia cuando, encontrándose en situación sumamente desventajosa, sin armas, sin amigos, bajo la amenaza de una conspiración contra su vida, consigue rehacerse, eliminando fríamente, a traición, a todos los conjurados. Maquiavelo historiador, ciudadano florentino, hombre, lo había definido como la más inteligente de un conjunto de serpientes venenosas en lucha recíproca (*Decenal*1); Maquiavelo autor dramático ve en él a un potente personaje trágico; Maquiavelo teórico del arte de gobernar lo aplaude como prototipo del príncipe: siempre hizo lo más acertado para conquistar y mantener el poder. Cometió muchos delitos, pero no cometió delitos que para sus fines fueran inútiles. Maquiavelo da un ejemplo: el pueblo de Romaña era difícil de dominar. César Borgia mandó allí con plenos poderes a un gobernador enérgico y cruel que mantuvo el orden haciéndose odiar. Y bien: cuando el duque pensó que tanto rigor ya no era necesario, para evitar que se atribuyeran a él las crueldades pasadas, hizo que los habitantes de Cesena encontrasen una mañana al gobernador, "cortado en dos partes en la plaza, con un pedazo de madera y un cuchillo ensangrentado al lado. El pueblo quedó -agrega el escritor- "satisfecho y estupefacto"

En "hacer bien lo que se hace" consiste la virtud en el vocabulario

del Renacimiento, en que las palabras tienen su valor etimológico, su raíz es Vir (hombre) y vale virilidad, y por lo tanto, según el concepto tradicional, energía, originalidad, eficacia. Entonces César Borgia, acaso el asesino de su hermano en Roma y seguramente el de sus compañeros de armas en Senigalia, que no tuvo reparo en cometer alevosos homicidios cuantas veces lo consideró conveniente a sus intereses, es un príncipe "virtuoso", es decir eficaz como príncipe.

La naturaleza misma del poder es demoníaca. En los *Discursos sobre la primera "deca" de T. Livio*, el escritor lo deja entender en más de una oportunidad. A propósito de la deportación de pueblos enteros por Filipo de Macedonia, dice: "Estos procedimientos son excesivamente crueles, enemigos de todo vivir no sólo cristiano sino humano, y cualquiera debería desecharlos, eligiendo vivir como ciudadano privado y no como rey al precio de la ruina de tantos hombres. Sin embargo, quien no quiera emprender ese primer camino, que es el del bien si se quiere mantener (en el poder), debe entrar en este mal".

El medio principal para obtener y conservar el poder es el engaño; "Alejandro VI no hizo nunca otra cosa, no pensó nunca otra cosa que no fuera engañar a los hombres, y siempre pudo hacerlo. Nunca hubo hombre que fuera tan eficaz en afirmar una

cosa con los mayores juramentos, y que menos la pusiera en práctica. Y siempre tuvo éxito en sus engaños". Más adelante, en el mismo célebre capítulo de *El Príncipe*: "Hay un príncipe en los tiempos presentes al que es mejor no nombrar (se trata de Fernando el Católico), quien no predica nunca otra cosa que paz y fe y es decidido enemigo de una y otra; y una y otra, si él las hubiera llevado a la práctica, varias veces le hubieran hecho perder la reputación y el estado". (Cap. XIII)

Al principio de este mismo capítulo, Maquiavelo sostiene que el príncipe debe saber ser hombre cuando le convenga y, cuando le convenga, bestia, alternando, según las circunstancias, la ferocidad del león con la astucia del zorro, no manteniendo las promesas sino mientras mantenerlas dé fruto político. Estas recomendaciones, y otras del mismo tipo que forman sistema, le han proporcionado a este librito su fama de "manual del perfecto tirano" y a su autor la caracterización completamente desenfocada de teórico de la razón de estado al servicio del poder absoluto.

El corazón está con la libertad

Hay que observar que los elogios de Maquiavelo a los peores tiranos son exclusivamente técnicos. El entusiasmo que tiembla en sus palabras cuando con los *Discursos* habla de las libertades republicanas, en *El Príncipe*

falta completamente (exceptuando siempre el último capítulo), sustituido por el orgullo del pensador que dice la verdad donde los demás la ocultan y por cierta euforia estética del artista frente al personaje trágico que está moldeando. Él siente este carácter "poético" de su príncipe. Una vez, en 1525, escribiendo a Guicciardini, se firma así: "Niccolò Machiavelli, istorico, comico e tragico". "Istorico" se refiere a las *Storie fiorentine*, que en ese entonces estaba componiendo; "comico", al sector jocoso de su labor literaria y especialmente a *La Mandrágora*, que en esos días se estaba representando, y "tragico", evidentemente a *El Príncipe*, pues no hay entre sus escritos ninguna tragedia propiamente dicha.

Maquiavelo no aconseja nunca al pueblo que obedezca a su príncipe. Se comporta en este librito con la misma objetividad de que generalmente hace gala en los *Discursos*, donde hay un capítulo sobre el Decenvirato romano en que el autor se propone mostrar "muchos errores cometidos por el senado y la plebe en daño de la libertad y muchos errores hechos por Apio, jefe del decenvirato, en desmedro de la tiranía que se había propuesto establecer en Roma". El corazón de Maquiavelo está con la plebe y la libertad, por momentos lo dice y siempre lo deja entender. Pero, cuando se trata de la ciencia política, es decir de la política que él por primera vez presenta

como ciencia, anota diligentemente y demuestra los errores y aciertos de las partes contendientes, desde el punto de vista de los fines que cada una se propone. No es que prescinda de la moral: la moral está del lado del pueblo y de la libertad, y lo dice; pero el aspecto técnico tiene una positividad y una negatividad distintas de las del aspecto moral. Esto, en los *Discursos sobre la primera "deca" de T. Livio*. En *El Príncipe* prevalece la consideración técnica por dos razones: por el tema circunscrito, que admitía al pueblo sólo como contrapartida necesaria del protagonista, y por el hecho de tener la obra un carácter circunstancial, desgajada como había sido de los *Discursos*, porque el tema había cobrado repentina y pavorosa actualidad en Florencia. Se podría agregar una tercera razón; y es que en Florencia había desaparecido la libertad de palabra, Maquiavelo acababa de ser sometido a la tortura, y por otra parte, alimentaba la esperanza, justamente gracias a sus conocimientos técnicos, de recuperar el empleo.

Pobre oportunismo, el de Maquiavelo. Oigamos las instrucciones que da a su príncipe, en el caso de que se haga dueño (como les había ocurrido a los Medici) de una ciudad acostumbrada a vivir libre, es decir de una república. Me refiero al capítulo V, en el que el autor sostiene que la forma más segura de mantener el dominio sobre ese territo-

rio es destruir la ciudad. Dice: "Quien se adueña de una ciudad acostumbrada a vivir libre y no la destruya, prepárese a ser destruido por ella; porque siempre tiene como refugio, en la rebelión, el nombre de la libertad y sus antiguos ordenamientos, los cuales ni por largo tiempo que transcurra, ni por beneficios que se reciban, nunca se olvidan. Y por más que se haga, si no se dispersa a los habitantes, éstos recuerdan aquel nombre y aquellos ordenamientos y en seguida, al menor accidente, vuelven a ellos..."

Aquí, lógicamente, saldría a relucir el ejemplo de Florencia que, en 1494, aprovechando la invasión de Italia por Carlos VIII, se había levantado contra los Medici. Prudentemente Maquiavelo se reprime y da un ejemplo menos ajustado, el de Pisa:

"...como hizo Pisa después de cien años de servidumbre bajo el dominio florentino". Eso había ocurrido en la misma ocasión y en el mismo año del otro hecho que hubiera sido más natural, pero más imprudente haber evocado y surge por asociación de ideas, como sustitutivo apresurado.

Sigue el autor comparando esta situación con la de alguien que se haga dueño de una ciudad acostumbrada al principado, cuya dinastía se haya extinguido o haya sido eliminada violentamente. Los súbditos entonces -dice Maquiavelo- "estando por

un lado acostumbrados a obedecer y por otro no teniendo más al príncipe anterior, para nombrar otro entre ellos no se ponen de acuerdo, vivir libres no saben; de modo que son más lentos en tomar las armas...". Y reafirma: "En cambio en las repúblicas hay mayor vida, mayor odio, más deseo de venganza; no los deja ni puede dejarlos descansar la memoria de la perdida libertad: de modo que el camino más seguro es destruirlas (aquí Maquiavelo recuerda de nuevo que vive en Florencia bajo los Medici, y agrega una coma y una recomendación supletoria de último momento), o habitar en ellas". Con este último recurso sin desarrollos, el autor trata de evitar que los Medici consideren este capítulo como una velada amenaza, pues ellos mismos eran ciudadanos de Florencia y tenían allí su palacio. Pero en este capítulo, que es un verdadero canto de libertad o muerte, la voz del Maquiavelo republicano y "popular" se hace sentir con una intensidad mayor que en los versos citados del *Asno de oro*.

Cierto que, en el resto de este pequeño libro, la impasibilidad del técnico indiscutiblemente domina. Pero también es cierto que *El Príncipe* no sirvió para que los señores de Florencia olvidaran que Maquiavelo había sido el organizador de las milicias destinadas a cooperar en la resistencia contra ello. Sólo más tarde, en 1520, Maquiavelo empezó a recibir algún encargo: en ese

año León X le pidió ese proyecto de constitución para Florencia del que ya hablamos y que quedó letra muerta y, más tarde aún, se le pidió que escribiera la historia de la ciudad. No era ésta, precisamente, la tarea que él deseaba, una tarea en que pudiera contribuir, no a escribir, sino a hacer historia.

El problema del último capítulo

Algo completamente distinto hay que decir a propósito del ardiente último capítulo, el XXVI, que para mí constituye una tercera parte, netamente separada, incongruente con el resto, no sólo conceptualmente, sino también en el aspecto formal, pues el estilo es característico más de Savonarola que de Maquiavelo. Desaparece la férrea lógica de las contraposiciones tajantes y vigorosas y el período se desarrolla concitado, en base a secuencias de afirmaciones o invocaciones apasionadas, que se suman asindéticamente, con abundancia persuasiva, por momentos fuertemente metafórica. Se agolpan las imágenes bíblicas, con estilo de cruzada. La palabra "estado" no figura en este capítulo ni una vez.

Al comienzo, una afirmación ambigua: "En Italia corren tiempos como para honrar a un príncipe nuevo"; es decir el autor toma como punto de partida la realidad absolutista del momento. Es como si pensara: ha llegado la hora de aceptar esta realidad

ineluctable y aprovecharla de la mejor manera posible. Sigue diciendo que las desgracias de Italia ofrecen a un príncipe prudente y virtuoso la ocasión de procurar honor a sí mismo y alivio a todos los italianos (es la primera y única vez -creo- que Maquiavelo une el bien del príncipe con el del pueblo y esto habla de la excepcionalidad de la tesis desarrollada en este último capítulo). Para esto hay que levantar la bandera que toda Italia seguirá, de la lucha contra la "crueldad e insolencia de los bárbaros" (es decir, de los franceses, de los españoles y de las milicias mercenarias). Nadie mejor que Lorenzo di Piero de Medici -cuyo tío es ahora pontífice y que tiene, pues, el apoyo de Dios y de la Iglesia- para desempeñar esa tarea, que implica una "justicia grande".

Es la única vez, en todo el libro que, a propósito del príncipe, se habla de justicia. Maquiavelo está verdaderamente desesperado por la inminente ruina de Italia: viendo esa posible salida, se aferra a ella y habla, no su lenguaje sino el que él mismo había escuchado con escepticismo, pero que había arrastrado bajo su mirada a las muchedumbres, en su juventud, en tiempos de Savonarola. La empresa -dice- no es posible. "Hay aquí síntomas extraordinarios, sin ejemplo, que vienen de Dios: se abrió el mar; una nube os mostró el camino; la piedra derramó agua; llovió el maná; todo

ha contribuido a vuestra grandeza. Lo demás debe ser obra vuestra". Las metáforas proceden de la Biblia. Esos acontecimientos milagrosos habían acompañado, según la tradición, recogida en el Pentateuco, el éxodo del pueblo de Israel desde Egipto bajo el mando de Moisés, y simbolizan aquí la serie de hechos que había llevado a Lorenzo a su posición encumbrada: la derrota de la república, la elección de su tío Juan al trono papal, la muerte de su otro tío Julián.

El acceso al papado de Juan de Medici (febrero de 1513) o, más probablemente, una nueva reflexión sobre ese hecho en el momento del gran peligro para Florencia y para Italia (después de la batalla de Mariñan el enfrentamiento entre Francia y el Imperio se manifestaba como un conflicto decisivo entre fuerzas mucho mayores que antes; y ese conflicto, ya entonces, parecía destinado a tener en Italia su desenlace) transformó de golpe el libro, para su autor, en un posible instrumento de lucha para salvar a la península de una inminente dominación extranjera. De ahí, esta invocación patética, que incorpora en cierto sentido al campo del "deber ser", de la moral al príncipe nuevo, que se había movido, hasta ese momento, en el campo, de la "realidad efectual", gobernado sólo por la utilidad personal.

No hay adulación sino sólo exhortación. "En Italia hay gran virtud en

los miembros (los pueblos), falta en las cabezas (los príncipes)". Se necesita pues, que surja una cabeza, que alguien tome la iniciativa de formar un ejército de ciudadanos, ya que las milicias mercenarias no sirven y son una plaga.

Lo que el secretario de la Segunda Cancillería no había podido llevar a cabo en tiempos de la república, lo intenta ahora tratando, como remedio extremo, de transformar al pobre Lorenzo, que no era sino un títere de Juan, en el capitán destinado a liberar a Italia de la dominación extranjera. A esta solución, que se le presentaba como una cuestión de vida o muerte, Maquiavelo sacrificaba, durante pocas páginas, no sólo sus ideales republicanos, sino también su papel de técnico imparcial, que aconseja a los gobernantes en el ámbito de la mera realidad efectual, dejando de lado toda preocupación del "deber ser".

El sentimiento de patria invade, diría que usurpa, el campo de la moral, legitimando lo que la conciencia del hombre naturalmente repudia. Es éste el aspecto más actual del drama íntimo de Maquiavelo, y hace que este librito, tan despiadado en su realismo, adquiera, al final, un carácter patético.

Concluyendo, insisto en que la idea que se tiene de Maquiavelo es parcialmente falsa. No separó la moral de la política, sino sólo del poder y estudió

tanto la técnica del poder mismo como la de la resistencia contra él, aunque esta última no en *El Príncipe*, sino en los *Discursos sobre la primera "deca" de Tito Livio*. No justificó el crimen con la razón de estado sino que demostró que la razón de estado suele llevar al crimen (y ésta es una justificación sólo para quienes admiten la legitimidad de la razón de estado). No exaltó el poder absoluto, sino que indagó las leyes de su proceso, así como del proceso contrario.

Actualidad de la antinomia maquiavellana

Para nosotros, Maquiavelo es una figura importante; la sentimos actual, tanto en su aspecto positivo, como en su aspecto negativo. Es difícil ponerse de acuerdo sobre sus positivities y negatividades y éste es un síntoma claro de su actualidad.

Centró la historia en el choque entre la voluntad de poder y el deseo de libertad y hoy nosotros palpamos en los hechos, después de tanto determinismo económico, el valor esencialmente político, en el sentido de la dominación, de la posesión de los medios de producción e intercambio. Reveló la antinomia entre gobierno y moral, afirmando que sólo pueden permitirse el lujo de obrar según su propia conciencia quienes no aspiren a imponerse sobre los demás. Quien pre-

tenda gobernar (se refiere en forma especial al gobierno absoluto) y no sabe engañar, no sabe "aggirare il cervello degli uomini", inevitablemente fracasa. Gobernar es un arte complicado que se basa en conocimientos psicológicos y en una sutil alternancia de crueldad e hipocresía, pero sobre todo en una absoluta frialdad, en una ausencia completa de sentimientos humanos, bajo una apariencia de normalidad moral y emotiva. Sobre esta base, hace del príncipe un poderoso retrato, de una grandiosidad trágica, que supo apreciar más tarde Victorio Alfieri, el dramaturgo italiano del siglo de las luces, que fue tan popular en América Latina durante las revoluciones antiespañolas. El Saúl de Alfieri es el príncipe de Maquiavelo en plena crisis.

La consecuencia natural de las premisas maquiavelianas es que el gobierno mejor es el que gobierna menos, el que se encuentra en mayor medida bajo el contralor del pueblo. Maquiavelo lo dice bien alto y varias veces en los *Discursos*, especialmente al referirse a los conflictos entre la plebe y el Senado en Roma. Hasta aquí, el aspecto que quien ama la libertad y aborrece las dictaduras considera positivo en Maquiavelo. Es el aspecto que lo hace resaltar como figura poderosamente original entre los pensadores políticos de su época.

Pero este príncipe, que había sido estudiado a lo largo del libro con la

imparcialidad de un naturalista que analiza el comportamiento de una especie animal, cobra de golpe en el último capítulo el carisma de salvador de la patria. Se le exhorta a hacerse héroe y a combatir por la justicia, se le promete, en este caso, la obediencia entusiasta de los pueblos. Este último capítulo ha llenado de entusiasmo a los patriotas italianos del siglo pasado. Se ha considerado, y se considera aún, que en él Maquiavelo se rescata de la inmoralidad de los capítulos anteriores, demostrando que los escribió en función de la finalidad superior de salvar a Italia de la ruina inminente. Y es -creo yo- todo lo contrario. Este capítulo, hermoso y apasionado, instrumentaliza el libro a posteriori, es heterogéneo respecto a él y revela el punto débil de ese poderoso panorama mental de Maquiavelo, en que se reflejaba toda la historia pasada como explicación de la contemporánea.

Ese punto débil es el reconocimiento resignado de la eficacia de la fuerza bruta, en un momento de extrema tensión emocional, con la consiguiente disminución de lucidez. Todos dicen que este último capítulo es utópico; y lo es, pero no en el sentido que le da en este caso a la palabra, la opinión más difundida. La unificación de la península no era una utopía en ese momento, más que en el sentido fácil de que no se realizó. Maquiavelo tenía razón en pensar que ése era un momento

excepcionalmente favorable. La utopía consistía en confiar, para eso, en "el príncipe". Todos los que en Italia ejercían, en pequeña o gran escala, el poder unipersonal estaban dependiendo de una u otra de las grandes potencias extranjeras, inclusive ese Julio II, quien lanzó, contra los franceses, ese grito tan popular de "¡Fuera los bárbaros!", mientras se apoyaba en la creciente potencia española. Esta efímera justificación del príncipe en el terreno del "deber ser" hizo que Maquiavelo fuera considerado, ya en sus tiempos, como el teórico del despotismo. Es cierto que las comparaciones en terreno histórico son siempre peligrosas; pero a veces las experiencias que se viven en la historia contemporánea ayudan a entender el pasado. ¡Cuántos espíritus abnegados de nuestro tiempo, sedientos de libertad y de justicia, se han resignado a sacrificar la primera (inútil -se les dijo- a quien no tiene pan) en aras de la segunda! Les ha pasado, en el terreno de la justicia social, lo que le pasó hace cinco siglos a Maquiavelo en el terreno del patriotismo. Es la utopía autoritaria que se repite.

Un drama que se repite

La crisis política florentina de 1512 fue la tragedia de la vida de Maquiavelo. Para entenderla, habría que comparar su resistencia a la tortura con un soneto obsecuente que escribió desde la cárcel a Julián de Medici, la

fría imparcialidad de *El Príncipe* con los reproches dramáticos a Pier Soderini por no haber actuado tempestivamente contra los partidarios de los Medici y con el apasionamiento dolorido del *Año de oro*, todo esto con el auxilio de las cartas personales de ese momento. Entonces vemos todo lo que hay de desesperado en el llamamiento del último capítulo de *El Príncipe*. Maquiavelo se aferra a su personaje trágico como, en nuestro inmediato ayer, un Barbusse, un Sartre, un César Pavese se han aferrado al mito del poder al servicio de la justicia.

Es un drama que se repite en la historia. Ya Julio César confió en la dictadura sin término para imponer la reforma agraria y no hizo sino fundar el imperio destinado a ser gobernado por el latifundio. Pero en César estaba la componente de la ambición personal. Maquiavelo no era un político ambicioso, sino un escritor, y la gloria a que aspiraba era la de la lucidez en ver los hechos como son. Esa lucidez hace que la ilusión del principado positivo en él sea siempre efímera: veía demasiado claramente el dilema. Una última cita: "Realizar buenas reformas

políticas requiere un hombre bueno y hacerse violentamente príncipe en una república requiere un hombre malo; por esto es difícil que acontezca que un hombre bueno quiera tomar el poder por el camino del mal por más que sea con una buena finalidad, y que un perverso, hecho príncipe, quiera obrar bien, y usar bien la autoridad mal adquirida".

El haber sufrido ese problema, que es permanente en la historia, pero que es para nosotros particularmente agudo y atormentador, pues estamos viviendo una crisis en cierto modo homóloga a la del siglo XVI, hace que sintamos a Maquiavelo casi como un contemporáneo. No llega a negar el poder; se limita a sentirlo trágicamente. Pero nos proporciona los elementos para juzgarlo, y es el único que lo ha hecho con tan implacable claridad. Quien lea *El Príncipe* y los *Discursos sobre los primeros diez libros de T. Livio*, nunca esperará justicia de ningún poder absoluto, la buscará donde no haya hombre que se encumbre sobre otro, condición necesaria -lo dice Maquiavelo hablando de los Suizos- para una "libre libertad".

VERDI DUECENTO ANNI DOPO LA SUA NASCITA

Giampaolo Colella



Cominciamo dall'epilogo: è il 27 gennaio del 1901 e a Milano muore Giuseppe Verdi. Tre giorni dopo 200.000 persone accompagnano la bara al Cimitero Centrale della capitale lombarda dove verrà tumulata accanto a quella della moglie, Giuseppina Strepponi.

Al Senato, ove il musicista sedeva dal 1874, veniva commemorato dal poeta Antonio Fogazzaro, con queste parole: "... Verdi ha meritato, più di ogni altro, di essere considerato il simbolo eroico del nostro Risorgimento, per via della fusione mistica della sua musica e dell'Unità così lungamente attesa, così

ardentemente invocata, attorno al trono del suo primo Re. Verdi fu il nostro grande unificatore; le onde della sua musica appassionata che il nemico non riuscì ad arginare, sono corse libere, dall'Alpe al mare, infiammando i nostri cuori e incarnando l'idea di nazione."

Può sembrare un caso, ma forse no, che due anni dopo le solenni celebrazioni per i 150 anni dalla proclamazione del Regno d'Italia, siamo chiamati a ricordare con particolare commozione un uomo il quale, senza essere un personaggio della politica, come proclamò il senatore poeta nell'aula del Senato, aveva come nessun altro, *"infiammato i cuori e incarnato l'ideale di nazione."*

Mi pare che le parole di Fogazzaro, profondamente sentite e condivise all'epoca, siano ancora di grande attualità. Eppure anche sul maestro Verdi, alcuni revisionisti si sono accaniti nel tentativo di "ridimensionarne" non solo il suo valore musicale, ma anche il patriottismo. Poiché accettò la pluralità delle opinioni, ma non le mode, cercherò di fare un po' di chiarezza sul punto.

Giuseppe Verdi era nato il 10 ottobre 1813 a Le Roncole, frazione di Busseto, e il suo atto di nascita venne

scritto in francese perché cinque anni prima Napoleone aveva annesso il parmense al suo impero. Giuseppino cominciava appena a parlare quando il Congresso di Vienna, che si proponeva di "restaurare", ma con molta approssimazione, la geografia politica allo *statu quo ante* le varie dominazioni napoleoniche che si erano succedute in un arco di oltre 15 anni, mise il ducato di Parma sotto l'egida dell'Austria. Ironia della sorte: lo affidò nelle mani di quella Maria Luisa che era stata la seconda moglie del Bonaparte e che gli aveva dato il tanto desiderato, ma sfortunato erede, noto con il titolo di Re di Roma.

Quando nel 1820-21 scoppiarono un po' in tutta l'Italia - ma sarebbe più corretto dire in tutta Europa - i primi moti rivoluzionari promossi dalla Carboneria, Verdi era un bambino che andava a scuola. Dieci anni dopo si ebbero altri moti ispirati da Giuseppe Mazzini che nel 1831 avrebbe fondato a Marsiglia *La Giovine Italia*. Questa volta Verdi aveva 17-18 anni, ma era distratto da due problemi: il conseguimento di una borsa di studio per seguire i corsi di composizione al Conservatorio di Milano e lo sbocciare del primo amore: quello per Margherita Barezzi, che sposerà nel 1836. Gli eventi politici vissuti nel piccolo borgo di Busseto, non incisero molto nella mente del giovane musicista, ma ne serbò buona memoria, e qualche anno

dopo avrebbe dato i loro frutti.

All'epoca, vale a dire nella prima metà dell'ottocento, l'opera lirica o meglio, il *teatro in musica*, come si preferiva chiamarlo, costituiva in Italia l'evento e lo spettacolo più popolare. Possiamo ben dire che rappresentava un po' quello che sarà un secolo dopo il cinema fino all'avvento della televisione. Oggi il melodramma interessa un ristretto numero di appassionati dotati d'una certa cultura musicale, ma in quei tempi, oltre agli intenditori, anche le classi sociali più modeste si appassionavano alle vicende, spesso intricate, di personaggi mitologici o medioevali, che venivano espresse con virtuosismi canori, che sfocavano spesso in aperte competizioni alle quali facevano eco dal loggione i sostenitori di questo o di quel cantante. Le arie più famose di certe opere, fossero cori o romanze, si potevano sentire canticchiate dai venditori dei mercati, dai gondolieri di Venezia, dai postiglioni delle diligenze o dai frequentatori delle osterie. Era l'indice di una popolarità oggi perduta ma che dobbiamo tener ben presente per capire certi fatti, per cogliere il significato intimo di talune passioni.

In tal senso, come meglio vedremo in seguito, non sbagliano coloro che affermano che Verdi non fu l'inventore dell'opera patriottica: egli trovò il terreno già preparato per la semina, ma fu il giardiniere che seppe far sbocciare

i fiori più belli e rigogliosi che ancora oggi vivono. Conviene tuttavia chiarire un concetto: più che di opera patriottica, bisogna parlare di "uso" patriottico del melodramma. Dal congresso di Vienna, era nata la cosiddetta Santa Alleanza, voluta dallo Zar Alessandro I e sottoscritta anche da Austria e Prussia, con la quale i tre stati si impegnavano a vigilare, "nel nome di Dio", sulla difesa dei loro diritti sovrani e a prestarsi reciproco appoggio qualora questi diritti fossero stati minacciati da moti insurrezionali o da tentativi rivoluzionari. In questa atmosfera repressiva dilagò in quei paesi una occhiuta censura politica che vietava la manifestazione orale e scritta di ogni idea che potesse anche solo alludere alla autodeterminazione dei popoli. Parole come *patria, indipendenza, libertà, rivoluzione, tirannia, schiavitù, esule, congiura*, e altre più innocenti ancora erano sistematicamente vietate. Ma anche gli argomenti dovevano essere innocui: sulla scena non potevano essere rappresentati dei regicidi, perché il re è intoccabile in quanto regna per "grazia di Dio". Esempio classico di questa prassi, per limitarci alle opere di Verdi, fu il cambio del protagonista del *Ballo in maschera*, in origine Gustavo III di Svezia, che venne cambiato, e tale è rimasto, in un insulso conte di Warwick, governatore di Boston. Per non parlare del *Rigoletto*, tratto dal dramma di Victor Hugo, *Le Roi s'amuse*, dove il re è addirittura il ben noto Francesco I

di Francia, degradato *in perpetuo* dalla censura austriaca a duca di Mantova. Potevano fare eccezione solo le uccisioni di re o satrapi orientali; con questi presupposti è impossibile pensare che si potesse mettere in scena una intera opera con intenti liberal-repubblicani giudicati sovversivi.

Ma i bizantinismi dei censori vennero ben presto superati dalla saggezza popolare che nelle opere già scritte in epoche non sospette o successivamente ai primi moti rivoluzionari, seppe interpretare a proprio vantaggio versi apparentemente innocenti alcuni, opportunamente modificati altri. Non sapremo mai chi furono gli autori delle modifiche, degli adattamenti, ma non credo che sia retorico affermare che fu gente del popolo anche perché i motivi di maggiore successo furono quasi tutti dei cori.

Gli studiosi sono propensi a ritenere che il primo melodramma che si prestò a questa manovra "sovversiva" fu il Fernando Cortez di Gaspare Spontini, libretto di Jouy e Esmenard (versione ritmica italiana di A. Zanardini), rappresentato per la prima volta a Parigi nel novembre del 1809. L'argomento, nel quale non manca una storia d'amore inverosimile, elemento ineludibile in un melodramma, si svolge nel Messico invaso dai *conquistadores* spagnoli. In vari cori gli Aztechi proclamano il loro patriottismo e incitano il popolo alla rivolta. Tra questi, riscosse particolare

successo il coro finale del I atto che recita: "*Messicani, giuriam quanti siamo// non aver dei tiranni pietà!// Tutti insieme un acciar impugniamo// e l'ispano soccomber dovrà!*" Va da sé che nelle regioni italiane il popolo canticchiava quel motivo cambiando *messicani* in "italiani" e *ispano* in "austriaco". Dal lontano 1809 fino ai primi anni '40 si cantarono quindi, per la strada o in luoghi sicuri, motivi modificati o anche sorprendentemente originali perché non ritenuti pericolosi dalla censura. E' il caso di un'opera comica di Rossini del 1813 *L'Italiana in Algeri*. Nell'opera, Algeri (covo di pirati barbareschi dove aveva soggiornato anche Miguel de Cervantes in attesa che venisse pagato il suo riscatto), ospita alcuni prigionieri italiani che meditano la fuga. La protagonista, Isabella, li sprona con le parole: "... *quanto valgan gli italiani // al cimento si vedrà.*" Come mai il censore non provvide a modificare i versi sospetti? Ma è chiaro, dovevano lottare contro degli infedeli e per la gloria di Dio: approvato! Non ebbe la stessa fortuna un duetto del II atto de *I Puritani*, con libretto del patriota conte Carlo Pepoli di Bologna i cui versi risuonarono per molti anni come un inno di battaglia: "*Squilli la tromba e intrepido // io pugnerò da forte// bello è affrontar la morte// gridando: Libertà!*" La parola *libertà* venne inesorabilmente depennata e sostituita da una ridicola: "lealtà". Lealtà a chi? Non si sa. La censura ha il pregio di essere sempre ridicola.

Intanto, nel 1826, Gioachino Rossini aveva dato a Parigi, dove da tre anni risiedeva, *L'Assedio di Corinto*: una storia ambientata nel 1458 all'epoca della lotta che la Grecia bizantina sosteneva contro l'invasione turca. L'opera aveva entusiasmato i parigini al punto che v'erano state manifestazioni popolari in favore dei greci che proprio in quegli anni combattevano strenuamente per riconquistare la loro indipendenza; una lotta iniziata nel 1821 e che si sarebbe conclusa solo nel 1829 con l'intervento delle potenze europee e la sconfitta turca a Navarino. Ma proprio in quell'anno e precisamente il 3 agosto, sempre a Parigi, lo stesso Rossini mandava in scena per la prima volta quella che deve considerarsi la prima vera opera tutta a sfondo patriottico: *il Guglielmo Tell*. Sarà un modello per un altro grande. Nell'opera rossiniana non manca il solito intreccio amoroso, ma esso è subordinato alla lotta che gli elvetici combattono per la loro patria. Strano a dirsi, ma nessuna censura italiana modificò una sola parola del libretto. Il motivo anche in questo caso è chiaro: nel *Tell* gli svizzeri non combattono per la loro indipendenza contro nessuna potenza straniera. Lottano invece per l'unificazione dei loro Cantoni in un'unica nazione. Il primo nucleo unito è costituito dai Cantoni di Schwitz, Uri e Unterwalden e la lotta non è contro alcun re o principe, ma solo contro un tirannello locale, un certo Altdorf che, senza Rossini, non

sarebbe mai passato alla storia. La Santa Alleanza poteva dormire sonni tranquilli.

Ma tornando all'opera bisogna dire che gli accenni alla lotta per l'unità e la libertà sono frequenti, anche nei dialoghi degli innamorati, e culminano nel giuramento con il quale si chiude il II atto. Vale la pena ricordare la traduzione ritmica italiana di Callisto Bassi che fedelmente interpreta i bei versi dei francesi De Jouy e Bis: *"Giuriam, giuriam pei nostri danni // per gli avi nostri, pei nostri affanni // al Dio dei regi e dei pastor // di tutti abbattere gli empi oppressor. // Se qualche vil v'ha mai tra noi // lo privi il sol dei raggi suoi. // Non oda il Ciel la sua preghiera // e giunto al fin di sua carriera // gli neghi tomba la terra ancor."*

Tuttavia anche le note possenti di questo giuramento non furono subito popolari. Bisognerà aspettare il 1844 quando un nuovo, inaspettato evento, trasformerà alcuni brani d'opera in veri inni patriottici, e sarà la svolta decisiva.

Il 13 giugno 1844 due fratelli veneziani, Attilio ed Emilio Bandiera, figli del barone Francesco, ammiraglio della Imperial Marina Austriaca, anch'essi ufficiali di marina, segretamente affiliati alla *Giovine Italia*, partirono dall'isola di Corfù ove prestavano servizio e con 17 compagni mazziniani si diressero in Calabria e vi sbarcarono nell'intento di

fomentare una rivolta contro il Borbone. Scoperti e attaccati, alcuni caddero e i superstiti, subito catturati, vennero tradotti a Cosenza per esservi processati: sette di loro furono condannati a morte. Tra questi v'erano i due fratelli Bandiera la cui sorte era segnata in partenza, in quanto disertori della marina Austriaca. Quando il 25 luglio i condannati vennero tradotti nel vicino vallone di Rovito per essere fucilati, si disse che intonassero un coro della *Donna Caritea*, opera di Saverio Mercadante, che dovevano ben conoscere perché la prima esecuzione era avvenuta a Venezia nel febbraio del 1826 (Attilio aveva 16 anni, Emilio solo 7). Si tratta d'una patriottica tradizione popolare o di pura leggenda? Per la storia del Risorgimento poco importa e lo stesso dicasi per la storia della musica. Il fatto è che a partire da questo episodio, il coro del Mercadante divenne popolarissimo. Il vero titolo dell'opera è, *Caritea, regina di Spagna*, il libretto è un po' arzigogolato, confuso e la musica, non bellissima certamente. Vale però ricordare le parole del coro che intonano dei soldati che non devono combattere, ma solo demolire un ponte per impedire che lo attraversi il nemico. Del coro possediamo due versioni: l'una chiaramente patriottica, l'altra probabilmente censurata. Dico probabilmente perché gli studiosi non si sono ancora messi d'accordo se la versione originale sia quella patriottica successivamente censurata ovvero, se

la prima versione sia quella composta dai mediocri versi del poeta Paolo Pola, successivamente resi più eroici da qualche mazziniano. Un mistero che non sarà risolto fintanto non verrà scoperto un documento chiarificatore tuttora nascosto in qualche polveroso archivio insufficientemente esplorato. Riporto comunque la versione patriottica data l'importanza che ebbe in seguito:

*Chi per la patria muor vissuto è
assai, // la fronda dell'allor non langue
mai. //*

*Piuttosto che languir sotto i tiranni
// è meglio di morir sul fior degli anni."*

La versione spurgata sostituisce le parole *Patria* con "Gloria" e *Tiranni* con l'espressione "per lunghi affanni".

Diffusasi la notizia della sventurata impresa dei fratelli Bandiera e della loro romantica morte, si cominciò a cercare in tutti i libretti del repertorio operistico di quella prima metà del secolo XIX ogni possibile allusione che i versi (e ovviamente la musica) potessero offrire per inneggiare alla lotta per la libertà, l'indipendenza e l'unità dell'Italia. Solo dopo che nel vallone di Rovito sette condannati a morte avevano marciato cantando "*Chi per la patria muor vissuto è assai ...*" ci si accorse che anche un musicista emergente, un certo Giuseppe Verdi, aveva già scritto tre opere che contenevano alcuni spunti suggestivi dal punto di

vista patriottico: *Nabucco*, *I Lombardi alla prima Crociata*, *Ernani*.

In questo clima di effervescenti passioni politiche, di rivolte e di sommosse, nelle quali si preparava la prima guerra per l'indipendenza dell'Italia, quella sfortunata del 1848-49, irrompe sulla scena del *teatro in musica* Giuseppe Verdi, ma lo farà anche nel momento del maggior dolore della propria vita, lacerata negli affetti domestici, delusa dall'insuccesso professionale. Il musicista, dopo aver sposato Margherita Barezzi il 5 maggio 1836, si era stabilito a Milano in un piccolo appartamento presso Porta Ticinese. L'anno dopo, il 26 marzo, nasceva la figlia Lavinia e l'11 luglio del 1838 nasceva il figlio Icilio Romano, ma appena un mese dopo, il 12 agosto, moriva Lavinia e l'anno dopo il 22 ottobre moriva anche Icilio. Il buon successo della sua prima opera alla Scala, *Oberto, Conte di San Bonifacio*, circa un mese dopo non poteva lenire tanto dolore. Ma le sventure del giovane maestro non erano finite: il 18 giugno 1840 moriva la moglie Margherita e tre mesi dopo, la sua seconda opera, *Un giorno di regno*, - tragica ironia della sorte, un'opera buffa - naufragava miseramente. Verdi si sentiva distrutto. In una famosa e lunghissima lettera scritta a Giulio Ricordi il 19 ottobre 1879, nel ricordare quel triste periodo, scriveva:

"Con l'animo straziato dalle sventure domestiche, esacerbato dall'insuccesso

nel mio lavoro, mi persuasi che dall'arte avrei invano aspettato consolazione, e decisi di non comporre mai più!"

Nessun critico, nessun biografo del maestro ha messo in dubbio che quello fosse lo stato d'animo di un uomo che nello spazio di 25 mesi vedeva distrutta e la famiglia e la carriera, ma quella lettera lunghissima, scritta oltre 40 anni dopo i dolorosi eventi familiari e il successo del Nabucco, hanno fatto correre fiumi d'inchiostro con i quali si è accusato Verdi di mistificazione, di aver voluto creare una sua leggenda. E allo scopo sono state sottolineate le molte imprecisioni che in essa si riscontrano. Per la sua importanza, varrebbe la pena riportarla tutta ma è impossibile, cercherò quindi di ridurla all'essenziale con la pacatezza dovuta come è doveroso quando realtà e finzione si intrecciano quasi pirandellianamente.

Cominciamo a spiegare di cosa si tratta. In una lettera indirizzata nel giugno 1895 al direttore del *Deutsche Verlags-Anstalt* di Stoccarda, che gli chiedeva di scrivere alcune pagine autobiografiche, Verdi rispondeva in francese: "*Jamais, jamais je ne écrirai mes mémoires!*" Tuttavia nel 1879 la lettera indirizzata al Ricordi aveva a sua volta un altro destinatario: lo storico e critico musicale francese Arthur Pougin che avrebbe pubblicato nel

1881: Verdi, *souvenirs anecdotiques - Parigi, Colmann-Levy*. Pougin voleva infatti conoscere la genesi dell'opera che il 9 marzo del 1842 aveva rivelato al mondo il nuovo genio del melodramma. Verdi, sebbene reticente, accondiscese, non si trattava di redigere un'autobiografia ma di ricordare solo un lontano episodio dei suoi esordi. Ma nella famosa lettera i critici hanno subito scoperto tre o quattro vistose inesattezze. Verdi afferma che nel 1840 perse tutta la famiglia, i due figli e la moglie e da documenti inconfutabili sappiamo che non fu così: solo la moglie morì nel 1840. Inoltre alcuni si ricordarono che il compositore fino al 1876 dichiarò di essere nato nel 1814 e non già nel 1813, come è facile riscontrare sia dall'atto di nascita redatto in francese, come ho già ricordato, ma anche dall'atto di battesimo, redatto in latino. Verdi chiarì il punto in una lettera indirizzata alla sua grande amica, contessa Clara Maffei, nella quale afferma: "*Mia madre mi disse sempre che io ero nato nel '14 ed io naturalmente ho creduto ...*" e aggiunge che solo quando ebbe bisogno di un suo atto di nascita scoprì la verità. Ma di errori simili, questi *troubles de memoire* del maestro, ne conosciamo anche altri: a cosa attribuirli? E' immaginabile un qualche interesse occulto nel concentrare la morte di tre familiari nello stesso anno? Ma torniamo alla lettera e alle vicende del *Nabucco*. Trascrivo direttamente dalla lettera:



"... Fissai dimora in Milano presso la Corsia dei Servi; ero sfiduciato né più pensavo alla musica, quando una sera d'inverno nell'uscire dalla Galleria De Cristoforis mi imbatto in Merelli che si recava a teatro. Nevicava a larghe falde, ed esso prendendomi sotto braccio mi invita ad accompagnarlo nel camerino della Scala. Strada facendo si chiacchera e mi racconta di trovarsi imbarazzato per l'opera nuova che doveva dare: ne aveva l'incarico Niciolaj, ma questi non era contento del libretto.

- Figurati, - dice Merelli - un libretto di Solera, stupendo!... Magnifico! ... Straordinario! ... Posizioni drammatiche efficaci, grandiose; bei versi! ... Ma quel caparbio di maestro non ne vuol sapere ...

(Merelli, l'autorevole impresario della Scala insiste e consegna a Verdi il libretto del Nabucco dicendogli di leggerlo, ma Verdi replica che non ha alcuna volontà di leggere libretti, tuttavia lo prende e si avvia verso casa).

... Strada facendo mi sentivo indosso una specie di malessere indefinibile, una tristezza somma, un'ambascia che mi gonfiava il cuore! ... Rincasai e con un gesto quasi violento gettai il manoscritto sul tavolo, fermandomici ritto in piedi davanti. Il fascicolo cadendo sul tavolo stesso si era aperto: senza sapere come, i miei occhi fissano la pagina che stava a me innanzi, e mi si affaccia questo verso: "Va, pensiero,

sull'ali dorate".

Scorro i versi seguenti e ne ricevo una grande impressione, tanto più che erano quasi una parafrasi della Bibbia, nella cui lettura mi dilettao sempre.

Leggo un brano, ne leggo due: poi fermo nel proposito di non scrivere, faccio forza a me stesso, chiudo il fascicolo e me ne vado a letto!... Ma sì! ... Nabucco mi trottava per il capo! ... Il sonno non veniva: mi alzo e leggo il libretto, non una volta, ma due, ma tre, tanto che al mattino si può dire che lo sapevo a memoria tutto quanto il libretto di Solera.

Con tutto ciò non mi sentivo di recedere dal mio proposito, e nella giornata ritorno al teatro e restituisco il manoscritto al Merelli.

- Bello, eh! ... - mi dice lui.

-Bellissimo.

- Eh!... dunque mettilo in musica!

- Neanche per sogno ... non ne voglio sapere.

- Mettilo in musica, mettilo in musica!

E così dicendo prende il libretto me lo ficca nella tasca del soprabito, mi piglia per le spalle e con un urtone mi spinge fuori del camerino non solo, ma mi chiude l'uscio in faccia con tanto di chiave.

Che fare? Ritornal a casa col Na-

bucco in tasca : un giorno un verso, un giorno l'altro, una volta una nota, un'altra volta una frase ... a poco a poco l'opera fu composta.

Eravamo nell'autunno del 1841, e (...), mi recai da lui annunciandogli che il Nabucco era scritto e quindi poteva rappresentarsi nella prossima stagione di carnevale- quaresima."

Su questa versione del padre del *Nabucco*, conosciuta da sempre, e per circa un secolo accettata quasi senza riserve, un bel giorno, taluni studiosi hanno deciso di porsi delle inquietanti domande. Tra queste: come mai il musicista, piuttosto a corto di memoria al punto da ignorare per oltre 60 anni la propria vera età, e confondere gli anni della morte delle persone a lui più care, abbia potuto invece ricordare, persino nei dettagli dei dialoghi, le circostanze che lo portarono alla creazione di una opera che fino all'ultimo si rifiutava di comporre? Ma questo poco importa, è interessante invece rilevare che i critici di Verdi attribuirono alla lettera citata un contenuto fantasioso, romanzesco, se non mistificatorio, nell'intento di creare una leggenda sul brogliaccio del libretto gettato distrattamente sul tavolino, con le pagine che si aprono "misteriosamente" sui versi del celebre coro, quale segno della Provvidenza o d'un più pagano fato. Un ipocrita gesto di modestia: *non fu merito mio, ma del destino*. I più benevoli non mancarono di far notare, con fine

intuito psicologico, che Verdi scriveva quel "romanzetto" 40 anni dopo i fatti quando ormai, ultra sessantenne, la sua memoria vacillava. Ma se per i più malevoli scrisse quella lettera in quel modo e con quello scopo dopo ben 40 anni, quale bisogno avrebbe avuto di crearsi una leggenda? Ma ne aveva bisogno? La lettera è datata 1879 e, a quell'epoca, Verdi era già da anni una leggenda. Da tempo sui muri delle case di Milano e di buona parte anche della penisola si scriveva: Viva VERDI per inneggiare a Vittorio Emanuele Re d'Italia. Era stato eletto deputato e poi nominato senatore. Possiamo convenire che la lettera mostri qua e là elementi un po' teatrali; Verdi, non dimentichiamolo, fu un grande uomo di teatro. Ma enfatizzare alcune "scene" non equivale a inventarsele. Né offrirle ad uso d'una sua biografia per crearsi una fama che già da lunga data possedeva. Lasciamo queste piccole cose che sono soltanto pettegolezzi da cortile e andiamo avanti. Il *Nabucco* fu un grande successo di pubblico e di critica, ma contrariamente a quanto si crede le recensioni dell'epoca pur elogiando tutto il lavoro, trovarono superlativo solo il coro finale dell'opera: la preghiera "*Immenso Jeova*". Il celebre "*Va' pensiero*", non conquistò subito gli esperti e neppure tutto il pubblico. Poco male e capiremo più avanti perché.

Dopo il buon esito del 1842 con il

Nabucco, Verdi conobbe un altro successo, sempre alla Scala, l'11 febbraio dell'anno seguente, con *I Lombardi alla prima Crociata*, anche questo su libretto, (sempre piuttosto complicato e inverosimile), del patriota Temistocle Solera. Ben presto l'opera divenne popolare e specialmente il coro delle truppe lombarde giunte in vista di Gerusalemme. E' il famoso: "*O Signore dal tetto natio // ci chiamasti con santa promessa, // noi siam corsi all'invito d'un pio !...*". Quest'ultimo verso alludeva notoriamente a Pierre d'Amiens ovvero Pietro l'Eremita che si era fatto banditore della crociata. Ma da quando nel 1846 venne eletto papa Mastai Ferretti, che assunse il nome di Pio IX ed esordì con una amnistia per i reati politici, con una relativa libertà di stampa o, se si preferisce, con una più blanda censura preventiva ed altre iniziative giudicate, troppo frettolosamente forse, come aperture liberali, il popolo prese a identificare il *pio* verdiano in Pio IX. Era un altro spiraglio liberale e patriottico.

Ma torniamo ai due cori (i cui testi il lettore curioso troverà per intero nell'appendice) per dire che non sono dei veri cori patriottici. Non cantano infatti le gesta di un popolo che lotta per la libertà e l'indipendenza della propria terra, non si incita a combattere contro un nemico straniero e oppressore. Sono piuttosto presenti valori mistici, religiosi. Quello del *Nabucco* in particolare che è quasi una parafrasi del

salmo biblico n. 137. In entrambi i cori il *pathos*, che in greco significa non solo "emozione" ma anche "sofferenza", è dato dalla nostalgia per il paese natio, per la patria lontana. Gli ebrei del *Nabucco*, schiavi in Babilonia, ricordano "*l'aure dolci del suolo natal*" ... le rive del Giordano ... le torri atterrate di Sion e invocano "*O mia patria sì bella e perduta*". Ne *I Lombardi*, la terza strofa ci ripropone gli stessi accenti nostalgici dei guerrieri crociati "*O fresc'aure volanti sui vaghi // ruscelletti dei prati lombardi // fonti eterne! Purissimi laghi // o vigneti indorati dal sol*". I tempi musicali sono lenti, malinconici, spesso profondamente tristi.

Non si odono squilli di trombe di guerra né cozzar di spade, ma un lamento struggente di chi vorrebbe solo tornare al paese natio. Temistocle Solera era un modesto scrittore di libretti, nel senso che le sue trame erano complicate e a volte addirittura stravaganti, ma era buon poeta e psicologo, sapeva per chi scriveva e Verdi lo aveva perfettamente capito e dette ai suoi versi le note adatte per dare valore al messaggio. Negli anni '40 e '50 le due opere presero il volo prima di tutto negli ambienti degli esuli, degli emigrati e dei proscritti; tutta gente che aveva dovuto abbandonare la casa perché perseguitata. La maggior parte erano appunto lombardi, poi veneti e toscani che si erano rifugiati in Piemonte e Liguria. Furono questi

fuggiaschi che crearono la leggenda Verdi e ne contagiarono, poco a poco, l'Italia tutta.

Gli anni '40 sono anni di prese di coscienza: i moti rivoluzionari isolati, non coordinati strategicamente sono insufficienti a liberare l'Italia dallo straniero. E' necessario un preciso impegno comune non poggiato solo sugli ideali, ma sostenuto anche da validi mezzi politici e militari. Anche il melodramma si adegua e questa volta Verdi scrive due cori più guerrieri e aggressivi. Nel 1844 il noto *"Si ridesti il Leon di Castiglia"* dell'Ernani e nel 1847 nel Macbeth *"La patria tradita // pian-gendo n'invita. // Fratelli, gli oppressi // corriamo a salvar."*

Gli eventi precipitano: la prima guerra d'indipendenza è alle porte, il 18 marzo 1848 insorge Milano e le truppe austriache abbandonano la città dopo 5 giorni di lotta. Lo stesso 23 marzo il re Carlo Alberto di Savoia varca il Ticino con l'esercito e invade la Lombardia. Verdi è a Parigi ma parte subito per Milano e, il 21 aprile, scrive a Francesco Maria Piave, suo amico e librettista:

"... come avrei fatto a restare a Parigi dal momento che a Milano era scoppiata la rivoluzione, purtroppo sono arrivato tardi e ho potuto vedere solo le straordinarie barricate ... onore a questi eroi, a tutta l'Italia ormai veramente grande."

L'illusione dura poco: ai primi suc-

cessi seguono una dura sconfitta a Custoza (25 aprile) e l'armistizio poi la ripresa delle ostilità nel 1849 e dopo soli tre giorni la definitiva sconfitta di Novara (23 marzo) e Carlo Alberto abdica in favore del figlio Vittorio Emanuele II.

Verdi nel frattempo era ripartito per Parigi e il 22 luglio 1848 scriveva al Piave: *"...s'io ti proponessi di farmi un libretto lo faresti tu? Il soggetto dovrebbe essere italiano e libero e se non trovi meglio ti propongo Ferruccio, personaggio gigantesco, uno dei più grandi martiri della libertà italiana. L'assedio di Firenze" di Guerrazzi ti potrebbe somministrare delle grandi scene, ma vorrei che stessi attaccato alla storia."*

Gli eventi imposero dei cambiamenti di programma; il Piave non era disponibile e ancora una volta Salvatore Cammarano preparò per il maestro un libretto: *La Battaglia di Legnano*. Anche qui abbiamo il solito intreccio amoroso, ma questa volta imperniato e condizionato dagli eventi politici della lotta della Lega Lombarda contro l'invasione germanica dell'Imperatore Federico Barbarossa. Cammarano scrisse una vicenda semplice e lineare che riassumo brevemente.

Arrigo arriva a Milano per combattere contro gli invasori tedeschi e scopre che una sua antica fiamma, Lida, ha sposato il suo amico Rolando. Entram-

bi si uniscono alla lotta, ma quando Rolando viene informato dell'amore tra i due, credendo la moglie infedele, si vendica rinchiudendo Arrigo in una stanza del palazzo per impedirgli di partecipare alla battaglia e disonorarlo così di fronte ai milanesi. Arrigo riesce a fuggire, combatte ed è ferito gravemente, ma prima di morire rassicura l'amico sulla fedeltà della moglie e l'opera si conclude con un coro finale inneggiante all'unità d'Italia: "*Dall'Alpe a Cariddi ...*".

Poiché il 30 novembre 1848 era scoppiata la rivoluzione a Roma, Pio IX era fuggito a Gaeta sotto la protezione dei Borboni di Napoli e la proclamata Repubblica Romana aveva dichiarato la fine del potere temporale dei papi, si pensò bene di dare l'opera a Roma e la sera del 27 gennaio del 1849 fu uno strepitoso successo.

La Battaglia di Legnano è, come il *Guglielmo Tell*, una vera opera patriottica dove anche i duetti degli amanti sono intrisi d'amor di patria. Ma, come nelle tragedie greche, è il coro che esprime i sentimenti dell'autore. E di cori nell'opera ve ne sono molti; ne cito solo due (i cui testi completi il lettore troverà in appendice) quello che apre il primo atto: "*Viva Italia, un sacro patto // tutti stringe i figli suoi*." E quello del terzo atto che ricorda molto il giuramento del Tell: "*Giuriam, d'Italia por fine ai danni, // cacciando altr'Alpe i suoi tiranni*." In nessun melodramma

si era mai sentito prima cantare "*Viva Italia*". Lo fece Verdi.

Seguono anni densi che gli storici hanno definito *decennio di preparazione* alla seconda guerra per l'indipendenza. In questo periodo Verdi supera la quarantina: compone di meno, ma affina lo stile e segue di più la politica italiana. Non scriverà più cori patriottici, ma nel *Trovatore* (Roma 19 gennaio 1853) sfrutta l'occasione per mettere sulle labbra del tenore, che vede la madre trascinata al rogo, la celebre cabaletta "*Di quella pira l'orrendo foco...*" che nella seconda strofa abilmente scritta dal librettista Cammarano esplode in: "... *t'era già figlio prima d'amarti // né può frenarmi il tuo martir. // Madre infelice, corro a salvarti // o teco almeno corro a Morir. // All'armi, all'armi!*" E' chiaro che la *Madre* è l'Italia e il tutto vuole essere una allusione alle aspirazioni di unità e indipendenza degli italiani.

Gli eventi però lo deluderanno: la guerra, combattuta con la Francia e con la promessa di ricongiungere al Piemonte la Lombardia e il Veneto, dopo le vittoriose battaglie di San Martino e Solferino, viene interrotta dall'Imperatore dei francesi per motivi che ora non è il caso esporre, abbandonando Venezia ancora provincia dell'Impero austro-ungarico. Verdi, sconsolato, scriveva così il 14 luglio

1859 alla sua grande amica Contessa Maffei.

"Cara Clarina,

Invece di cantare un inno di gioia parrebbero più conveniente oggi, di innalzare un lamento sulle eterne sventure sul nostro paese. Unitamente alla vostra lettera ho ricevuto un Bullettino del 12 che dice: ... "L'imperatore all'Imperatrice ... la pace è fatta ... La Venezia rimane all'Austria!!

E dove è dunque la tanto sospirata e promessa indipendenza d'Italia? Cosa significa il proclama di Milano? O che la Venezia non è l'Italia? Dopo tanta vittoria quale risultato! Quanto sangue per nulla! Quanta povera gioventù delusa! E Garibaldi che ha perfino fatto il sacrificio delle sue antiche e costanti opinioni in favore di un re senza ottenere lo scopo desiderato. C'è da diventar matti! "

Ma l'anno dopo la notizia della partenza di Garibaldi da Quarto con i suoi Mille lo elettrizzò e così scriveva il 27 maggio 1860 ad Angelo Mariani, celebre direttore d'orchestra di quegli anni, *"Evviva dunque Garibaldi, per Dio, è un uomo veramente da inginocchiarsi davanti! Sin che resti a Genova dammi frequenti notizie delle cose di Sicilia che mi interessano assai. E perché questo scrivere non ti sia di molto peso, alla sera prima di coricarti scrivi sopra un pezzettino di carta le notizie che saprai, getta la lettera in buca ed Amen."*

E ancora allo stesso il 2 ottobre 1860

"...ma dimmi di altra musica, la quale (domando scusa a tutti voi altri figli di Apollo) mi interessa assai più. Che, scusate, scusate! Come vanno le crome e biscrome di Cialdini, Persano, Garibaldi ecc., ecc.? Tu mi avevi promesso di scrivermene e, testaccia, l'hai dimenticato. Quelli son maestri! E che Opere! E che Finali! A colpi di cannone! ..."

Sappiamo come si concluse la spedizione garibaldina con lo storico incontro di Teano che saldava il Nord con il Sud e permetteva di proclamare il 17 marzo 1861 la nascita del Regno d'Italia. Verdi dovette cedere alle molte pressioni che lo volevano deputato. Fu eletto nel collegio di Borgo San Donnino e partecipò alla prima seduta del nuovo Regno. Ma aveva lottato fino all'ultimo per evitare tale investitura. Nel mese di gennaio del '61 così scriveva ad Angelo Mariani:

"Non ti sorprendere se mi vedi a Torino! Sai perché sono qui? Per non essere deputato. Altri brigano per esserlo, io faccio tutto il possibile per non esserlo, ma zitto su questo. Ho visto stamattina alle 7 Cavour... ." E qualche giorno dopo scriveva ancora al medesimo:

"Sono stato a Torino come avrai saputo dall'altra mia, e forse ho fatto un viaggio inutilmente. Forse sarò deputato (che il Cel nol voglia) che sarebbe per me una disgrazia, ma non per molto, perché tra pochi mesi darò la mia brava dimissione, e ciò dissi a Cavour ... Ho

bisogno di sapere da te al più presto qual è il giorno dell'apertura del Parlamento. Informatene con sicurezza e scrivemene."

Verdi non si riteneva portato per la politica, ma capiva che non poteva sottrarsi a quella che egli sentiva come una imposizione, ma che gli altri giudicavano essere un suo dovere: colui che aveva contribuito come nessun altro ad infiammare gli animi con le sue note, doveva sedere in Parlamento. Questi suoi sentimenti sono bene espressi in una lettera dell'8 febbraio 1865 indirizzata al librettista e amico Piave e nella quale narra anche del suo incontro con il conte di Cavour:

"...Tu mi domandi notizie e documenti sulla mia vita pubblica? La mia vita pubblica non esiste. Son deputato è vero, ma fu per sbaglio. (omissis) Mi decisi andare a Torino; mi presentai a Lui in una giornata di dicembre a 6 ore del mattino, con 12 o 14 gradi di freddo. Aveva preparato il mio spice (sic) che mi pareva un capo d'opera, e glielo spiatellai là tutto disteso. Egli mi ascoltava attentamente e quando gli descrissi la mia inattitudine ad essere deputato e i miei impeti d'impazienza a' lunghi discorsi che bisogna talvolta inghiottire alla camera, lo feci in un modo così bizzarro che egli diede in un gran scoppio di risa. Bene, dissi fra mè, sono riuscito. Allora egli cominciò a ribattere una per una tutte le mie ragioni, e ne aggiunse alcune che mi fecero un certo senso. Io soggiunsi: "Ebbene, sig. Conte, accetto;

ma alla condizione che dopo qualche mese io darò la mia dimissione." "Sia - rispose - ma me ne farete prima cenno." Fui deputato, e nei primi tempi frequentai la Camera. Venne la seduta solenne in cui si proclamò Roma, capitale d'Italia. Dato il mio voto mi avvicinai al Conte e gli dissi: "Ora mi pare tempo di dare un addio a questi banchi." "No - soggiunse - aspettate finchè andremo a Roma". "Ci andremo?" - "Sì". - "Quando?" - "Oh quando, quando! Intanto me ne vado in campagna." - "Addio, state bene, addio." Fur l'ultime sue parole per me. Poche settimane dopo moriva! (omissis) Stetti lontano dalla camera per due anni e più, dopo vi sono andato rarissime volte. Più volte volli dare le mie dimissioni, ma io sono ancora deputato contro ogni mio desiderio ..."

Il dolore che provò alla notizia della improvvisa scomparsa del grande statista ben traspare nella lettera che scrisse a caldo al conte Arrivabene la sera del 7 giugno 1861:

"Al momento di partire sento la terribile notizia che mi uccide! Non ho coraggio di venire a Torino; Né potrei assistere ai funerali di quell'uomo ...

Quale sventura! Quale abisso di guai!

Addio, addio!"

Verdi avrebbe dovuto piegarsi ancora alla politica quando nel 1874 il Re lo nominò Senatore. Con l'andar degli anni il suo scarso entusiasmo per la politica si affievolì ancor più:

sfiducia, delusione, serpeggiano spesso nel suo epistolario. Valga per tutte la lettera che scrisse alla sua vecchia amica, la contessa Maffei, alla notizia della disfatta della Francia nella guerra franco-prussiana del 1870:

Cara amica,

questo disastro della Francia, come a voi, mette pure a me la desolazione in cuore. E' vero che la blague, l'imperitinenza, la presunzione nei francesi era, ed è malgrado tutte le loro miserie insopportabile: ma infine la Francia ha dato la libertà e la civiltà al mondo moderno. E se essa cade non ci illudiamo, cadranno tutte le nostre libertà e la nostra civiltà (omissis) E noi? Io avrei amato una politica più generosa, e che si pagasse un debito di riconoscenza. Centomila dei nostri potevano salvare forse la Francia e noi. In ogni modo avrei preferito una pace vinta coi francesi, a questa inerzia che ci farà disprezzare un giorno. La guerra europea, non la eviteremo, e noi saremo divorati. Non sarà domani, ma sarà. Un pretesto è subito trovato: forse Roma Il Mediterraneo ... e poi non vi è l'Adriatico che essi hanno già proclamato un mare germanico?

L'affare di Roma è un gran fatto, ma mi lascia freddo, forse perché sento che potrebbe essere cagione di guai, tanto all'estero come all'interno: perché non posso conciliare Parlamento e Collegio dei cardinali, libertà di stampa e Inquisizione, Codice Civile e Sillabo: e perché

mi spaventa vedere che il nostro governo va all'azzardo e spera... nel tempo. (omissis)

Perdonate la tiritera. E' uno sfogo. Vedo molto nero eppure non v'ho detto la metà del male che penso e temo. Addio

Sorprendono due cose in questa lettera: certe premonizioni. La questione di Roma, fonte di problemi, e le parole "la guerra europea non la eviteremo". Non si sentiva tagliato per la politica, ma aveva un fine intuito: 45 anni dopo la guerra divorava quasi tutta l'Europa e per risolvere la questione di Roma dovevano passare quasi 60 anni.

Mary Jane Phillips Matz ha pubblicato nel 1993 una pregevole biografia del musicista, per la Oxford University Press: *Verdi, a biography*; in essa, con distacco tutto britannico, ritiene che Verdi non ebbe fra i suoi amici dei veri rivoluzionari, ma solo dei sinceri patrioti che aspiravano unicamente all'indipendenza dall'Austria e all'unità della penisola. In gioventù ebbe idee repubblicane e moderatamente mazziniane, ma il problema istituzionale lo interessò poco, infatti nell'età matura accettò l'unificazione sotto la corona dei Savoia. Con l'avanzare dell'età inoltre, non disdegnò di frequentare la borghesia e anche alcuni esponenti della nobiltà. Diciamolo onestamente: salvo qualche esagerazione, è vero. Ma non lo trovo poi così disdicevole.

Rimane per me sempre valido il giudizio che il poeta Fogazzaro esprime nella sua commemorazione al Senato del Regno:

“Le onde della sua musica
appassionata, che il nemico
non riuscì ad arginare sono corse
libere dall’Alpe al mare,
infiammando i nostri cuori e
incarnando l’idea di nazione.”

Non mi sembra poco.

La corrispondenza citata è tratta dal *Copialettere* del maestro, pubblicato nel 1913 a cura di Gaetano Cesari e Alessandro Luzio.

APPENDICE

Testi dei cori verdiani citati

NABUCCO

Va', pensiero, sull'ali dorate:
Va', ti posa sui clivi, sui colli,
Ove olezzano libere e molli
L'aure dolci del suolo natal!
Del Giordano le rive saluta,
Di Sionne le mura atterrate...
Oh mia patria sì bella e perduta!
Oh membranza sì cara e fatal!

Arpa d'or dei fatidici vati,
perché muta dal salice pendi?
Le memorie nel petto raccendi
Ci favella del tempo che fu!
O simile di Solima ai fati
Traggi un suono di crudo lamento
O c'ispiri il Signore un concerto
Che ne infonda al patire virtù.

I LOMBARDI ALLA PRIMA CROCIATA

O Signore dal tetto natio
Ci chiamasti con santa promessa,
Noi siam corsi all'invito d'un pio,
Giubilando per l'aspro sentier.
Ma la fronte avvilita e dimessa
hanno i servi già baldi e valenti!
Deh! Non far che ludibrio alle genti
Siano, Cristo, i tuoi fidi guerrier!

O fresch'aure volanti sui vaghi
Ruscelletti dei laghi lombardi!
Fonti eterne, purissimi laghi!
O vigneti indorati dal sol!
Dono infausto, crudele è la mente
Che vi pinga sì veri agli sguardi.
Ed al labbro più dura e cocente
Fa la sabbia d'un arido suol!

LA BATTAGLIA DI LEGNANO, APERTURA DEI I ATTO

Viva Italia! Un sacro patto
Tutti stringe i figli suoi
Esso alfin di tanti ha fatto
Un sol popolo d'eroi!
Le bandiere in campo spiega,
O lombarda invitta Lega,
E discorra un gel per l'ossa
Al feroce Barbarossa.
Viva Italia! Forte ed una
Colla spada e col pensier
Questo suol che a noi fu cuna,
Tomba sia dello stranier!

IL GIURAMENTO

Giuriam d'Italia por fine ai danni,
Cacciar oltr'Alpe i suoi tiranni.
Pria che ritrarci, pria ch'esser vinti
Cader giuriamo sul campo estinti.
Se alcun fra noi, codardo in guerra,
Mostrarsi al voto potrà rubello,
Al mancatore nieghi la terra
Vivo un asilo, spento un avello;
Siccome gli uomini, Dio l'abbandoni,
Quando l'estremo suo dì verrà:
Il vil suo nome infamia suoni
Ad ogni gente, ad ogni età.

VERDI EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Giampaolo Colella

Quizás no sea casualidad que, dos años después de las solemnes celebraciones del sesquicentenario de la proclamación del Reino de Italia, recordemos con emoción el bicentenario del nacimiento de Giuseppe Verdi, al cual muchos consideran el padre del melodrama patriótico

Pero a este propósito cabe aclarar algo muy importante: es impropio hablar de un melodrama patriótico, puesto que la censura de muchos países de la época, en especial la de varios estados de la península italiana, no habrían permitido que se representaran óperas revolucionarias. Palabras como *patria*, *independencia*, *libertad*, *revolución*, *tiranos* y *tiranía*, *esclavitud*,

conjura, *exilio* y *exilados* no estaban admitidas y debían cambiarse por otras expresiones inocentes, a menudo ridículas. Conocemos tan solo una obra que podemos definir patriótica: el *Guglielmo Tell* de Rossini, que se estrenó en París en 1829. Incluso cuando se representó en Italia la censura no tuvo objeciones. No hay que sorprenderse: los suizos no luchaban contra una potencia invasora, no se sublevaban contra ningún rey o emperador, la suya era una lucha por la unificación de los Cantones Helvéticos: un simple problema casero. Lo que hubo, esto sí fue un uso patriótico de la letra de las óperas. Se cambiaron palabras o frases de los textos para adaptarlos a

la efervescencia política del momento. Esta adaptación no tiene padre, es anónima, le correspondió al pueblo. Se da por sentado que el primer melodrama que se prestó a esa operación fue el Ferdinando Cortez de Gaspare Spontini, que se estrenó en París en 1809 cuando imperaba Napoleón I. La ópera trata obviamente de la conquista española de México y, en el primer acto, un coro incita a los *mejicanos* a sublevarse contra los tiranos y juran que los *hispanos* deberán sucumbir. En los años '20 y '30 del siglo XIX durante las primeras sublevaciones populares, en Italia se cambiaban las palabras: mejicanos por italianos e hispanos por austríacos. Fueron muchas las piezas del *teatro in música*, como solía llamarse en aquellos tiempos el melodrama, que fueron sometidas a este "maquillaje" y esta operación se incrementó en los años '40. Pero hubo que esperar el año 1844 para que sucediera algo nuevo. Fue cuando dos marinos venecianos, Attilio y Emilio Bandiera -súbditos austríacos a su pesar- afiliados secretamente a la *Giovine Italia* de Giuseppe Mazzini, desertaron de la Armada Imperial para desembarcar con unos compañeros en Calabria, con el propósito de sublevar a la población contra los Borbones. La intentona fracasó, fueron capturados, juzgados y siete de ellos, entre los cuales los hermanos Bandiera, condenados a muerte. Se dijo siempre que, marchando hacia el paredón, cantaran

un coro de Saverio Mercadante, en su época apreciado compositor. El coro pertenece a la ópera "*Donna Caritea*", hoy olvidada, y los versos son realmente sugestivos: "*Quién muere por la patria, ha vivido mucho // el laurel nunca muere // antes que languidecer bajo los tiranos // es mejor morir en la flor de la vida.*" El episodio fue uno de los tantos de ese atormentado período, pero el hecho de que un gesto revolucionario fuera acompasado por las notas del coro de Mercadante le dio una proyección enorme. A partir de ese momento arias y coros de ópera, debidamente modificados por el pueblo, fueron canturreados con entusiasmo, pero con la debida discreción, lejos de los oídos indiscretos de la Policía y se transformaron en verdaderos himnos patrióticos.

Verdi se formó musical y políticamente en ese clima; en 1844 ya había escrito tres óperas importantes que lo designaron ante la crítica y el gran público como el futuro sucesor de Rossini: *Nabucco* (1842), *I Lombardi alla Prima Crociata* (1843) y *Ernani* (1844). Pero los famosos coros de *Nabucco* e de *I Lombardi* no pueden definirse exactamente coros patrióticos. En el primero los Hebreos esclavizados en Babilonia no se sublevaron para reconquistar la libertad: ellos añoran la patria lejana "*Oh patria tan hermosa y perdida ... oh añoranza tan querida y fatal!*". Algo parecido ocurre con los

lombardos bajo los muros de Jerusalén que no claman por luchar contra los musulmanes: ellos también recuerdan con nostalgia su terruño: "*Oh frescas brisas sobre los hermosos //arroyos de las praderas lombardas // fuentes perennes, lagos purísimos ...*" Los primeros coros de Verdi hicieron mella en una particular categoría de patriotas: los exilados y desterrados. Eran en su mayoría lombardos, vénetos, toscanos, emilianos. Habían debido abandonar sus hogares para refugiarse en Piamonte y algunos en Francia. El mensaje no es sólo político sino principalmente humano. El resto lo hicieron la música de Verdi y los versos de sus libretistas. Pero finalmente, en 1849 Verdi escribirá también una ópera, esta vez sí, realmente patriótica: "*La Battaglia di Legnano*", famoso combate en el cual los lombardos derrotaron al emperador alemán Federico Barbarossa. En ella no hay alusiones, todo es directo; hasta la infaltable intriga amorosa se conjuga con lo político y por primera vez en un teatro se oyó el coro cantar: "*Viva Italia, un pacto sagrado // une a todos sus hijos!*" Y como si fuera poco, la ópera se estrenó en Roma en la cual, tras la huida a Gaeta de Pio IX, había sido proclamada la *República Romana* con la consiguiente caída del poder temporal del papado.

A partir de ese histórico evento, la música de Verdi, afirmándose cada vez más por sus indiscutibles valores

musicales, transformó sus famosos coros en himnos de libertad y al nombre del compositor se asoció el anhelo de una patria unida. Quien escribía en las paredes de las ciudades Viva Verdi! Expresaba crípticamente Viva V(ittorio) E(manuele) R(ey) D(e) I(talia).

En una famosa carta fechada 19 de octubre de 1879, dirigida al editor Giulio Ricordi, que a su vez debía transmitirla al musicólogo Arthur Pougin, que escribía una biografía del maestro, Verdi, narra como nació el *Nabucco* y especialmente su famoso coro "*Va', pensiero*". Verdi, tras la pérdida de sus dos hijitos y de su primera esposa, amén del fracaso de su segunda ópera, había decidido no componer más; el empresario Merelli lo forzó a leer un libreto y "...*volví a casa y con gesto casi violento tiré el manuscrito sobre la mesa, el envoltorio al caer quedó abierto; sin saber como, mis ojos se clavaron en la página que tenía delante y leo este verso -Va', pensiero, sull'ali dorate...- Leo los versos que siguen y me producen una fuerte emoción ...*" Esta carta y en especial esta descripción un tanto teatral quizás (pero Verdi era un gran hombre de teatro) suscitó malévolas interpretaciones, sin ningún respeto por un compositor apesadumbrado por la pérdida de toda su familia y por el fracaso profesional. Se insinuó que el maestro quiso forjar su propia leyenda. El destino o la Providencia habían hecho que el libreto se abriera en el

punto justo que debía devolverle la inspiración para componer. Mezquino recurso de críticos mediocres. La fecha de la carta los desmiente: en esa época Giuseppe Verdi era ya, desde años, una leyenda viviente. A su pesar, había incursionado también en la política: diputado en 1861, senador en 1874, admirador sin reservas de Cavour y de Garibaldi, estuvo entre los diputados que votaron el decreto con el cual se

proclamaba la ciudad de Roma cual capital del recién nacido Reino de Italia.

El 27 de enero de 1901 el maestro fallecía. En el Senado el poeta Antonio Fogazzaro concluyó su elogio fúnebre con estas certeras palabras: *"Verdi fue nuestro gran unificador; el oleaje de su música apasionada, que el enemigo no pudo contener, corrió libre desde los Alpes al mar, inflamando nuestros corazones y dando cuerpo a la idea de nación."*



BRUCIAMO GARIBALDI!

Michele Marziani

lo vivo in Italia. Molti dei toponimi, dei nomi, dei personaggi, che appaiono in queste righe probabilmente saranno poco più che un suono in Uruguay. È il rischio di essere eroe di due mondi distanti, come è stato, appunto, Giuseppe Garibaldi. Un rischio che ci piace correre: mescolare ricordi di luoghi e di nomi italiani per viaggiare lungo il filo della memoria. Della rievocazione. Semplicemente del sentimento.

Appoggiata sopra la fila di taccuini ricolmi di appunti che sta in fondo alla mia scrivania c'è la rivista *Garibaldi*, questa rivista, arrivata da Montevideo, con il ritratto dell'eroe dei due mondi e la scritta "27 años teniendo como norte la libertad". Parto da lì, traducendo a braccio, fermandomi sulla parola libertà. Mi chiedo cosa sia oggi in Occidente la libertà. Giro con lo sguardo tra la libreria e il mare, alla ricerca di una risposta.

A destra del computer scorgo il passaporto, il mio, l'occasione del viaggio. Così la scrivania diventa teatro del ricordo.

Appoggio come una reliquia la baionetta che l'anziana signorina Argia usava per smuovere la terra nei vasi di gerani. È arrivata a San Leo, rocca sulle colline di Romagna, durante la ritirata di Garibaldi dopo la capitola-

zione della Repubblica Romana. Oggi quella baionetta appartiene a mio figlio quindicenne. La storia passa di mano in mano.

Il sindaco di Mondaino, altro piccolo castello romagnolo, mostra una teca alle sue spalle: la camicia rossa di Cesare Amadei, uno dei garibaldini partiti dal paesello per seguire il Generale.

Metto a posto un altro pezzo di memoria. Ricordo il fumetto di quand'ero bambino: Garibaldi a bordo di un piccolo veliero a combattere contro i brasiliani. Già, velista e marinaio, comandante e navigante.

"A Torino dicono che sei un bandito e che stai andando alla deriva su un battello a difendere il confine uruguayano con un esercito che parla in italiano", canta oggi Fiorella Mannoia in una bella canzone scritta da Massimo Bubola. Altro mondo rispetto all'*Inno di Garibaldi* di Luigi Mecantini con musiche di Alessio Olivieri.

A spasso per Rimini, una delle città nelle quali vivo, si giunge a un incrocio di strade sovrastato da una lapide commemorativa che dice che lì, proprio lì, esattamente come in Aspromonte, a Monterotondo e a Mentana, Giuseppe Garibaldi avrebbe detto «O Roma o morte». A chi si occupa di raccontare storie e non di indagare sulla storia,

viene il dubbio che in ogni città ci sia una lapide simile, ma al tempo stesso riempie d'orgoglio pensare che sia stato lanciato in quel luogo lo storico grido.

Allora la mente ritorna all'infanzia in un'Italia che stava diventando ricca senza essere abituata e la memoria racconta che Garibaldi era il mito, era il Paese. Qualche compagno di scuola che amava vantarsi più degli altri raccontava di un nonno vecchissimo che aveva combattuto cent'anni prima con Garibaldi. «Ma quanti anni ha tuo nonno? Centotrenta?» E tutti a ridere. Ma poi lui portava le prove, la baionetta, il cappello, la casacca, la tromba. Allora tutti sull'attenti a chiedere perdono, salvo poi imparare che non era il nonno, ovviamente, ma il bisnonno, se non il trisavolo, il garibaldino in questione.

Quando a casa venivano ospiti non mancava la bottiglia di Marsala da offrire. E noi bambini a chiederci come avesse fatto il Generale a sbarcare in una bottiglia di vino.

Ci sono stato da adulto a Marsala. E ho visto i nomi dei produttori di vino, prima dei Florio c'erano gli inglesi Whitaker, che sostennero Garibaldi. D'altra parte gli inglesi hanno sempre amato l'eroe dei due mondi. Lo storico britannico Denis Mack Smith dice che è perché nella storia dell'Inghilterra non c'è mai stato nessuno come Garibaldi. Stoffa e temerarietà. Capacità unica di prendere iniziativa.

Un altro storico, questa volta italiano, Arrigo Petacco, dice che l'Italia si è unita per sbaglio, perché l'ha fatto Garibaldi senza che nessuno gliel'avesse chiesto. Perché i Borboni si sono fatti sconfiggere quando tutti pensavano fosse impossibile. Anzi, facendo imbestialire Camillo Benso di Cavour, il primo ministro di casa Savoia che per impedire la spedizione dei Mille avrebbe voluto usare i carabinieri. Non l'ha fatto. Garibaldi e le camice rosse sono partite da Quarto che è alle porte di Genova. Ci sono stato, a Quarto, la prima volta nel 2001. Era in corso l'incontro dei potenti della terra, il G8. Lì i carabinieri li hanno usati, aizzati sulla folla. C'è rimasto morto un ragazzo.

I detrattori di Garibaldi dicono fosse un violento, un profittatore, uno a cui piaceva solo menare le mani. Ma a noi piace invece pensare che Garibaldi e le sue camice rosse sapessero sempre da che parte stare. E quella parte era la parte del popolo, della gente, della libertà e del desiderio di una vita migliore. Ecco, così li ho sempre immaginati i garibaldini: combattenti per una vita più degna, prima ancora che per un paese, uno stato, una bandiera.

Guardo Quarto invasa dai lacrimogeni quel giorno del 2001. E so da che parte stare. Come l'avrebbe saputo Garibaldi. Anzi, penso di saperlo proprio perché Garibaldi è stato l'eroe dei bambini della mia generazione. Perché a scuola potevano anche insegnarci

la storia d'Italia e cercare di rendere eroico il Risorgimento: ma i Savoia e Cavour non è che ne uscissero proprio da far sognare un ragazzo. E pure Cattaneo e Mazzini, molto più interessanti, non avevano il fuoco e il coraggio di Garibaldi.

Nell'Italia contemporanea, quella del benessere, quella che si è dimenticata di essere stata povera e contadina, si è cominciato a sputare fango su Garibaldi, un venduto ai Savoia, uno con le idee poco chiare, facile da manipolare. Ma noi siamo cresciuti con la leggenda senza che nessuno ce la raccontasse. L'abbiamo capita guardando le strade d'Appennino della ritirata dalla Repubblica Romana, l'abbiamo compreso perché il Paese che abbiamo non assomiglia a quello che lui e i suoi avrebbero voluto.

Garibaldi era uomo di mare. Il mare in Italia se lo sono dimenticati. Paese senza porti e senza navi. Lo penso passeggiando per Anita che oggi è il nome di un paese della Bassa Ferrarese, chiamato così in onore di Anita Garibaldi che lì è morta. Non ci sono più le paludi, ma si respira la fatica, il sudore, la paura e la tristezza di una delle avventure garibaldine finite male. Ecco, se c'è un merito, una qualità garibaldina, credo sia la caparbietà. Il rialzarsi sempre. Il credere fino in fondo in quello che si sta facendo: «Qui si fa l'Italia o si muore». Senza vie di mezzo, senza paura, perché la vita è una e va

spesa in quello in cui si crede. Tutta propaganda, si sente dire. Garibaldi è un personaggio storico controverso. Probabile, ma non per la storia del cuore, quello sa sempre da che parte battere. Erano intitolate a Garibaldi le brigate partigiane che liberavano l'Italia. Non tutte. Quelle che speravano più di altre in un paese migliore, una volta liberato dai nazisti e dai fascisti. Ho un libro che è un segno di quel Novecento: *Vi scrivo da un carcere in Grecia*, sono le poesie di Alexandros Panagulis, oppositore della dittatura dei colonnelli. Ce l'ho con la firma dello stesso Panagulis, della giornalista Oriana Fallaci che a Panagulis era legata sentimentalmente e di Cino Moscatelli, comandante delle Brigate Garibaldi in Valsesia alla fine della Seconda Guerra Mondiale. Garibaldi, anche lì, in nome della libertà, all'ombra del Monte Rosa, una delle montagne più belle delle Alpi.

Tutto questo per dire cosa? Per raccontare frammenti di un uomo, di un personaggio storico come Giuseppe Garibaldi che non solo ha segnato la nostra storia di bambini italiani degli anni Sessanta, ma anche le nostre vite. Una sorta di Che Guevara ante litteram, da questa parte dell'oceano, capace di far battere il cuore, sempre nella direzione dei popoli alla ricerca di un riscatto.

Poi c'è il nodo di Caprera. Dell'isola dove Garibaldi ha finito la vita. C'è il

desiderio inascoltato di essere cremato, anzi no, di essere bruciato. Non è stato fatto: all'uomo che ha fatto l'Italia l'Italia ha negato l'ultima volontà.

Per questo mi piacerebbe lanciare una piccola campagna, in tono som-

messo, perché all'eroe dei due mondi, santo o cialtrone che fosse, si desse la fine che desiderava. Ci vuole così poco a riaprire una tomba e arderne i resti. Bruciamo Garibaldi!

¡QUEMAMOS A GARIBALDI!

Michele Marziani

Yo vivo en Italia. Muchos de los topónimos, de los nombres, de los personajes que aparecen en estas líneas probablemente serán poco más que un sonido en Uruguay. Es el riesgo de ser héroe de dos mundos distantes, como ha sido, precisamente José Garibaldi. Un riesgo que nos gusta correr: mezclar recuerdos de lugares y de nombres italianos para viajar a lo largo del hilo de la memoria. De la reevocación. Simplemente del sentimiento.

Apoyada en las libretas colmadas de apuntes en un extremo de mi escritorio, está la revista *Garibaldi*, esta revista, llegada de Montevideo, con el retrato del héroe de los dos mundos y la inscripción "27 años teniendo como norte la libertad".

Parto de allí, traduciendo libremente, deteniéndome sobre la palabra libertad. Me pregunto qué es hoy, en Occidente la libertad. Giro con la mirada entre la biblioteca y el mar, buscando una respuesta.

A la derecha de la computadora veo el pasaporte, el mío, la ocasión del viaje. Así el escritorio se vuelve teatro del recuerdo. Apoyo como una reliquia la bayoneta que la anciana señorita Argia usaba para remover la tierra en las macetas de geranios. Ha llegado a San Leo, en las colinas de Romaña, durante la retirada de Garibaldi después de la capitulación de la República Romana. Hoy aquella bayoneta pertenece a mi hijo de quince años. La historia pasa de mano en mano.

El alcalde de Mondaino, otro pequeño castillo de Romaña, muestra una vitrina a sus espaldas: la camisa roja de César Amadei, uno de los garibaldinos que partió del pueblito para seguir al General. Pongo en su lugar otro trozo de memoria. Recuerdo la historieta de cuando yo era niño; Garibaldi a bordo de un pequeño velero combatiendo contra los brasileños. Ciertamente, velista y marinero, comandante y navegante. "En Turín dicen que eres un bandido y que vas

a la deriva en un bote para defender la frontera uruguaya con un ejército que habla en italiano”, canta hoy Fiorella Mannoia en una hermosa canción escrita por Máximo Bubola. Otro mundo con respecto al *Himno a Garibaldi* de Luis Mercantini con música de Alessio Olivieri. De paseo por Rímini, una de las ciudades en las cuales vivo, se llega a un cruce de calles coronado por una lápida conmemorativa que dice que allí, precisamente allí, exactamente como en Aspromonte, en Monterotondo y en Mentana, José Garibaldi habría dicho “O Roma o muerte”. A quien se ocupa de contar historias y no de indagar sobre la historia, le surge la duda de que en cada ciudad haya una lápida semejante, pero al mismo tiempo llena de orgullo pensar que en aquel lugar haya sido lanzado el histórico grito.

Entonces la mente regresa a la infancia en una Italia que se estaba haciendo rica sin estar acostumbrada y la memoria cuenta que Garibaldi era el mito, era el País. Algún compañero de escuela al que le gustaba jactarse más que a los otros, contaba de un abuelo muy viejo que había combatido cien años antes con Garibaldi. “Pero, ¿cuántos años tiene tu abuelo? ¿Ciento treinta?”. Y todos se reían. Pero después él traía las pruebas, la bayoneta, el sombrero, la casaca, el clarín. Entonces todos nos cuadrábamos pidiendo perdón, para después darnos cuenta de que, obviamente no era el abuelo, sino el bisabuelo, o el tatarabuelo, el

garibaldino en cuestión.

Cuando venían visitas, en casa no faltaba la botella de Marsala para convidar. Y nosotros, los niños nos preguntábamos cómo había hecho el general para desembarcar en una botella de vino.

De adulto he visitado Marsala. Y he visto los nombres de los productores de vino, antes que los Florio estaban los ingleses Whitaker, que apoyaron a Garibaldi. Por otra parte los ingleses siempre amaron al héroe de dos mundos. El historiador británico Denis Mack Smith dice que es porque en la historia de Inglaterra no ha habido nunca ninguno como Garibaldi. Ingenio y audacia. Capacidad única de tener iniciativas. Otro historiador, esta vez italiano Arrigo Petacco, dice que Italia se unió por error, porque lo hizo Garibaldi sin que nadie se lo hubiera pedido. Porque los Borbones se hicieron derrotar cuando todos pensaban que era imposible. Más bien haciendo enojar a Camilo Benso de Cavour, el primer ministro de Casa Saboya que para impedir la expedición de los Mil hubiera querido usar a la policía. No lo hizo. Garibaldi y las camisas rojas partieron desde Quarto que está a las puertas de Génova. He estado por primera vez en Quarto, en 2001. Estaba en curso el encuentro de los poderosos de la tierra, el G8. Allí a la policía la usaron, azuzándola contra la multitud. Resultó muerto un muchacho.

Los detractores de Garibaldi dicen que era un violento, un aprovechador, uno a quien le gustaba pegar. En cambio, a nosotros nos gusta pensar que Garibaldi y sus camisas rojas sabían siempre de qué parte estar. Y aquella parte era la parte del pueblo, de la gente, de la libertad y del deseo de una vida mejor. Así he imaginado siempre a los garibaldinos: combatientes por una vida más digna, aun antes que por un país, un estado, una bandera.

Miro a Quarto invadida por los gases lacrimógenos aquel día de 2001. Y sé de qué parte estar. Como lo hubiera sabido Garibaldi. Más bien, pienso que lo sé precisamente porque Garibaldi ha sido el héroe de los niños de mi generación. Porque en la escuela podían enseñarnos la historia de Italia y tratar de hacer heroico el Risorgimento; pero los Saboya y Cavour no es que salieran bien parados como para hacer soñar a un muchacho. Y también Cattaneo y Mazzini, mucho más interesantes, no tenían el fuego y el valor de Garibaldi.

En la Italia contemporánea, la del bienestar, la que se ha olvidado de haber sido pobre y campesina, se ha comenzado a enfangar a Garibaldi., un vendido a los Saboya, uno con las ideas poco claras, fácil de manipular. Pero nosotros hemos crecido con la leyenda sin que nadie nos la contara. La hemos comprendido mirando los caminos de los Apeninos de la retirada de la República Romana, lo hemos

comprendido porque el País que tenemos no se parece a aquel que él y los suyos habrían querido.

Garibaldi era hombre de mar. Del mar, en Italia, se han olvidado. País sin puertos y sin naves. Pienso en ello mientras paseo por Anita que hoy es el nombre de un pueblo de la llanura de Ferrara, llamada así en honor de Anita Garibaldi quien murió allí. No están más los pantanos, pero se respira el esfuerzo, el sudor, el miedo y la tristeza de una de las aventuras garibaldinas que terminó mal. Y bien, si hay un mérito, una cualidad garibaldina, creo que es la obstinación. El recuperarse siempre. Creer hasta el fondo en lo que se está haciendo: "Aquí se hace Italia o se muere". Sin caminos del medio, sin miedo, porque la vida es una y debe gastarse en lo que se cree. Todo propaganda, se oye decir. Garibaldi es un personaje histórico controvertido. Probablemente, pero no para la historia del corazón, el que siempre sabe de qué lado latir.

Eran denominadas Garibaldi las brigadas partisanas que liberaban a Italia. No todas. Aquéllas eran las que esperaban más que otras en un país mejor, una vez liberado de los nazistas y de los fascistas. Tengo un libro que es un símbolo de aquel Novecientos: *Les escribo desde una cárcel en Grecia*, son las poesías de Alexandros Panagulis, opositor de la dictadura de los coroneles. Lo tengo con la firma del mismo Pa-

nagulis, de la periodista Oriana Fallaci quien estaba ligada sentimentalmente a Panagulis y de Cino Moscatelli, comandante de las brigadas Garibaldi en Valsesia a fines de la Segunda Guerra Mundial. Garibaldi también allí, en nombre de la libertad, a la sombra del Monte Rosa, una de las montañas más bellas de Los Alpes.

¿Todo esto para decir qué? Para contar fragmentos de un hombre, de un personaje histórico como José Garibaldi que no sólo ha marcado nuestra historia de niños italianos de los años Sesenta, sino también nuestras vidas. Una especie de Che Guevara ante litteram, de esta parte del océano, capaz de hacer latir el corazón, siempre en la

dirección de los pueblos en busca de su redención.

Después está el nudo de Caprera. De la isla donde Garibaldi terminó su vida. Está el deseo no escuchado de ser cremado, es decir, no, de ser quemado. No se ha hecho: al hombre que ha hecho Italia, Italia le ha negado su última voluntad.

Por esto me gustaría lanzar una pequeña campaña, en voz baja, para que al héroe de dos mundos, santo o granuja que fuera, se le diera el final que quería. Se necesita tan poco para reabrir una tumba y quemar sus restos.

¡Quememos a Garibaldi!.

GARIBALDI E I CONTADINI: "BUONI AMICI DEI CAMPI, NOBILISSIMA CLASSE DEL LAVORO AGRICOLO"

Stefania Magliani



Garibaldi, anche se ci auguriamo che sia ormai inutile ripeterlo, è stato per lunghissimo tempo considerato prevalentemente un uomo d'azione, senza una formazione culturale e senza un proprio disegno politico. Soltanto a partire dal 1982, anno delle celebrazioni per il centenario della morte, si è imposta una rilettura dell'opera e degli scritti del Nizzardo, che ne ha determinato una rivalutazione del pensiero in numerosi campi. Tuttavia rimangono ancora aspetti inesplorati o equivocati

e manca un lavoro d'insieme che tracci una biografia politica dell'eroe.

A riguardare le migliaia di pagine che Garibaldi ci ha lasciato, in forma di lettere, discorsi, decreti, memorie e romanzi, ci accorgiamo come avesse ben chiaro il "mestiere" di politico, fatto di un approccio di sistema di fronte ai problemi del presente, sostanziato da una visione prospettica che rendesse ogni azione funzionale al più generale, e superiore, obiettivo sul futuro assetto dell'Italia, dell'Europa e dell'umanità.

Un nodo politico fondamentale fu per lui quello della questione contadina, o meglio quello del ruolo e dell'emancipazione dei contadini. Non è qui il caso di entrare nel vivace e articolato dibattito storiografico sul rapporto tra Risorgimento e contadini che ha origine dalla "rivoluzione mancata" di gramsciana memoria.¹ D'altra parte le posizioni rimangono decisamente antitetiche: da una parte troviamo la definizione di un Risorgimento d'élite colpevole di aver mancato l'occasione storica di coinvolgere i contadini, mentre dall'altra abbiamo la convinzione che non vi fossero neppure gli strumenti per creare una tale occasione. In tale dibattito il pensiero di Garibaldi

rimane sullo sfondo, se non addirittura assente; alcuni spunti interessanti li troviamo nelle pagine di Romano Ugolini, il quale, non a caso, è stato il primo a ricostruire il periodo della formazione intellettuale e politica del Nizzardo, restituendogli autonomia e dignità.²

Garibaldi, dopo una prima formazione assimilabile a quella consueta dei fanciulli borghesi del tempo, aveva conosciuto, professionalmente, le grandi distese del mare, culturalmente, il mito della Roma antica e, politicamente, l'interpretazione universalistica e umanitaria della Giovine Europa. Tale visione del mondo si sarebbe poi sostanziata attraverso l'esperienza e la conoscenza dei problemi contingenti, alla soluzione dei quali lavorò con abnegazione e convinzione politica per tutta la vita, sempre ispirato dal grande disegno finale del superamento dei contrasti nazionali e internazionali verso un concetto di umanità e fratellanza.

Il problema di una specifica questione contadina non si pose a Garibaldi durante il periodo latino-americano perché si trattava di Paesi, come scrive Ugolini, "dove tutta l'economia si basava sulla campagna e dove le città erano solo i luoghi nati in funzione di scambio e di commercio dei prodotti agricoli o di allevamento".³ Si era quindi abituato a vedere i contadini impegnati per la libertà dei propri territori, attivi nella rivoluzione sia sui campi di battaglia che per la logistica e il sosten-

tamento dei combattenti. Ma ciò rese ancor più evidente il problema già al suo ritorno in Italia nel 1848. Ancora nella redazione definitiva del 1872 delle sue *Memorie*, ricordava che dopo l'armistizio del 1848, con l'esercito "sbandato, non vinto", nei Ducati e in Toscana la reazione armava i contadini "che si armeranno sempre contro libero reggimento, fomentati dai preti, spie e fautori dello straniero".⁴

Quando Garibaldi arrivò a Roma, dopo l'uccisione di Pellegrino Rossi e la fuga di Pio IX, la sua prima preoccupazione fu quella dell'arruolamento; aveva già sperimentato, durante la guerra, e ancor di più dopo l'armistizio, la difficoltà di mantenere operativi i suoi uomini, quasi mendicando aiuti presso le autorità locali; mancavano armi, munizioni e vestiario, ma scarseggiava anche il cibo. Il 15 dicembre scrisse a Carlo Notari, spedizioniere di Livorno e vicino alla causa italiana: "Per l'arruolamento di nuova gente, io lo desidero più oggi che mai; ... e poi abbiamo tanto bisogno di contadini per tutte le cose, che se potessimo aver un esercito che non costasse denaro, sarebbe la più bella faccenda [*sic*] del mondo".⁵ Riteneva quindi i contadini assolutamente strategici, non soltanto come militari effettivi, ma come sostegno materiale e logistico negli spostamenti delle truppe. Non fu così, ma anzi, in alcuni casi, dovette temerli come possibili spie del nemico,⁶ e non ebbe da loro particolari aiuti materiali

se dobbiamo constatare che durante tutte le operazioni al servizio della Repubblica romana dovette rivolgersi costantemente al Governo per la mancanza di rifornimenti, anche di prima necessità, che stremavano gli uomini più degli scontri armati.

Anche durante la ritirata da Roma dovette rimpiangere l'abnegazione dei popoli latino-americani con i quali aveva combattuto, capaci di sopportare qualsiasi sacrificio pur di non "piegar il ginocchio davanti alle prepotenze d'un despota o d'uno straniero".⁷ Ma tali rimpianti, espressi nelle *Memorie*, non erano riguardo ai compagni d'armi rientrati con lui dall'America o a quelli italiani che si erano posti al suo fianco, per i quali ebbe sempre parole di elogio, di stima e di riconoscenza; lamentava ancora l'assenza dei contadini: "I preti, poi, padroni dei contadini e gente tutta della campagna, la più pratica ed idonea per transitare di notte tempo, informavano minutamente i nostri nemici d'ogni cosa nostra, della situazione occupata e d'ogni impreso movimento nostro".⁸ Ma, ricordava con orgoglio, il nemico "immensamente superiore di forze", sostenuto da preti e contadini era incapace "di attaccare e sconfiggere la piccola nostra colonna [*sic*]"⁹ E l'orgoglio diventava rammarico pensando a: "quanto noi avremmo potuto operare in vantaggio del nostro paese, se in luogo d'aver, come sempre, i preti, e quindi i contadini nemici della causa

nazionale, li avessimo avuti favorevoli e suscitanti il patriottismo generale contro stranieri dominatori e ladri".¹⁰ In realtà qualche contadino lo aiutò nel lungo viaggio tra l'Adriatico e il Tirreno, e certo non omise di ricordarlo.¹¹

Nel 1854, al ritorno dal secondo esilio, precisò la sua posizione nella nota lettera a Mazzini, scritta a Londra il 26 aprile. Il motivo per cui non riteneva fosse possibile "fare da noi" era l'impossibilità di avere il sostegno delle masse, soprattutto "non avendo con noi massime i contadini".¹² Non era una opinione ma la ferma convinzione di chi aveva sperimentato l'importanza logistica e operativa dei contadini nelle imprese latino-americane e il peso della loro assenza, e a volte della loro opposizione nel 1848 e nel 1849.

Il 20 gennaio 1860 scrisse ai pistoiesi, ormai convinto della "Redenzione del popolo italiano": "E' commovente! è veramente bello vedere accanto alle delicate sembianze del patrizio, collocarsi il membruto bracciante della città, il robusto figlio delle campagne colle mani incallite dal lavoro, ambi impugnando un moschetto per la liberazione della patria".¹³ Consapevole dell'importanza della presenza dei contadini in battaglia, ma soprattutto della loro adesione alla causa nazionale, pensava già alla loro emancipazione, e chiuse la lettera con la seguente esortazione: "Libera l'Italia, sgombra dai mercenari che l'opprimono come potrà

il patrizio, il potente, non ricordarsi del contadino, che divise con lui glorie e fatiche nelle patrie pugne e non cercare di migliorare la condizione del povero, ma valoroso suo compagno d'armi?".¹⁴

Nell'ordine del giorno pubblicato a Messina il 30 luglio 1860, con la Sicilia ormai liberata, ma non con l'aiuto dei contadini, aveva però chiara la loro posizione e capiva anche la loro ostilità che nasceva al timore di vedere, come già successo in precedenza, i loro campi, i loro raccolti, distrutti dal passaggio delle truppe e dalle battaglie; raccomandava quindi ai suoi compagni "il religioso rispetto alle altrui proprietà" e, aggiunse: "non dubito che i soldati della libertà e della vittoria preferiranno all'esecrazione dei poveri figli delle campagne, l'amore e la gratitudine di tutti".¹⁵ Il 6 agosto tornò sui valori del rispetto e della concordia, dell'unione tra gli abitanti del nord e del sud dell'Italia e anche del "Rispetto alle proprietà, massime dei poveri contadini, che tanto sudarono per raccogliere lo scarso alimento della loro famiglia";¹⁶ intendendo per proprietà i pochi beni necessari alla sopravvivenza.

Il 10 marzo 1862, in risposta alla richiesta di un suo interessamento verso un'associazione rivolta al sostegno delle classi artigiane, scrisse "scopo principalissimo dell'associazione dev'essere il benessere dell'operaio e del contadino", ai quali, diceva, bisognava dare almeno l'indipendenza e la libertà:

"Dobbiamo quindi pensare, lo ripeto, al povero operaio, al contadino".¹⁷

Garibaldi stava già pensando ad una nuova operazione per liberare il Veneto e il Lazio; ai primi di maggio era a Trescore, nel bergamasco, circondato dai quadri dei suoi fedelissimi con la motivazione ufficiale di celebrare il secondo anniversario della partenza da Quarto e di promuovere i tiri a segno nazionali, ma con l'idea di preparare l'invasione del Trentino, in una nuova guerra contro l'Austria anche con l'aiuto delle popolazioni balcaniche e di aprire la strada verso Roma. E non fu un caso che in quei giorni si rivolgesse direttamente ai contadini: li voleva dalla sua parte per la battaglia e per la logistica. La lettera, datata 3 maggio, è la più interessante per comprendere la sua posizione sull'argomento: l'importanza fondamentale che dà al supporto dei contadini ma anche la consapevolezza di quanto fossero diffidenti e ostili e la necessità, quindi, di dichiarare apertamente la sua vicinanza e di far loro prendere coscienza del potenziale che avevano per la loro stessa emancipazione: "Voi mi foste sempre nel cuore come persone dilette. Voi mi foste sempre nel pensiero come rappresentanti del nerbo delle forze nazionali; come parte eletta del popolo ingiustamente creduta all'ultimo grado sociale, mentre la società deve a voi tutto il suo ben essere. Ve lo ripeto; non mai vi ho

dimenticati; non mai negletti; memore che vi furono giorni gloriosissimi per l'Italia, quando gli eroi di Roma alternavano gli esercizi della spada e della sapienza politica, passando dal solco del loro aratro al seggio della eminentissima fra le magistrature e ai campi di battaglia, ove facevano scendere sfolgorante il raggio della vittoria sulle temute aquile romane. E voi credo non degeneri da quei grandi antichi nostri. Però spero moltissimo da voi per la completa redenzione di questa Italia nostra. Associatevi, miei buoni amici dei campi, nobilissima classe del lavoro agricolo; stringetevi in fraterni manipoli, come dite voi; intendetevi, e la scintilla dell'intelligenza vostra, sprigionata dalla istruzione in tutta la sua primitiva potenza, dalle anime vostre manderà luce nuova e benefica sul mondo e sulla patria".¹⁸ L'occasione era ancora l'esercizio con la carabina, la pratica del tiro a segno, l'impegno per la lotta armata che vedeva imminente, ma era anche l'espressione del suo grande disegno umanitario di cui vedeva la radice nel mito della Roma classica che lo aveva ispirato fin dal 1825 quando ne scoprì le imponenti vestigia nel noto viaggio con il padre.

Il 18 dicembre dello stesso anno, nel ringraziare i contadini di Castiglione dello Stiviere, affermava: "conosco il vostro affetto per me, il vostro amore per la patria. Io so che, quando occorresse, i contadini lombardi saprebbero mo-

strare come si difende la casa, la patria, la libertà".¹⁹ Più che una convinzione era una esortazione, soprattutto verso chi, nel riferirsi a lui, poteva essere strappato dalle spire della reazione. La stessa esortazione e la stessa speranza espresse anche negli anni successivi; il 29 agosto 1864 si rivolse ai contadini con parole vibranti che ci fanno comprendere quanto gli pesava non averli dalla sua parte: "A voi, contadini, parte forte della famiglia italiana una parola mia. Io vorrei poterla dotare di quanto sente il mio cuore di simpatia per voi e di persuasione nel gran concetto d'unificazione patria, che siete chiamati ad adempiere". E concludeva con quella che ritengo rappresenti la sintesi della sua aspirazione: "Il giorno in cui i contadini saranno educati nel vero, i tiranni e gli schiavi saranno impossibili sulla terra".²⁰

La speranza riposta nei contadini fu vana e lo era ancora nel 1866. Il 20 agosto 1866, quando ancora bruciava il forzato ritiro dal Trentino e il poco nobile armistizio con l'Austria, rivolgendosi ai volontari pronunciò parole pesanti anche verso i contadini: "Il prete è Austriaco, mi diranno e ciò spiega le spie di cui abbonda lo straniero, il canchero nel cuore dell'Italia in Roma, il Brigantaggio rin vigorito in ragione dell'abbassamento della causa Nazionale. L'odio alla stessa causa è nutrito dalla generalità dei contadini. Ne volete una prova? cercate un con-

tadino nei Volontari Italiani e non lo troverete. Essi vanno solo per obbligo di Leva nell'Esercito, ma nei Volontari non uno! E nei Volontari quella classe forte, laboriosa, sobria sarebbe preziosa! ma il prete non ve la vuole perché coi volontari s'istruirebbe il contadino, imparerebbe a maledire gl'istrumenti dell'oscurantismo che lo mantengono in una cloaca d'ignoranza e di miserie. Il contadino quindi non serve volontariamente l'Italia. Per lui l'Italia una, libera, rigenerata è nemica del Prete, dunque di Dio ed i Governi che si succedono mantengono questa maledizione del Genere Umano".²¹ La posizione di Garibaldi rimaneva quindi coerente anche a distanza di anni: riconoscimento del grande potenziale dei contadini, ma grande rammarico per il loro mantenimento nel pieno oscurantismo, per colpa dei "preti" che li tenevano nell'ignoranza e fomentavano in loro la reazione, ma anche dei nuovi Governi italiani che nulla facevano per liberarli da tali condizioni.

Al Parlamento, e quindi all'Esecutivo, si rivolse direttamente il 22 aprile 1867²² per porre l'attenzione sulle condizioni della Sardegna, ridotta ad un deserto, con le popolazioni che "languivano nella miseria, ed il Governo non fa nulla per sollevarla". Dava numerosi suggerimenti, dalla costruzione di ferrovie alla bonifica dei terreni, per poi tornare ad attaccare il Governo proprio sul problema dei contadini: "Il Governo

strappò dalla Sardegna le imposte, forse più che nelle ricche regioni, un esorbitante contingente di militi, mancanti all'agricoltura. E quando dico esorbitante credo non esagerare, poiché lontano dal Continente, potendo con difficoltà procurarsi degli strumenti agrarii perfezionati, il contadino sardo è rimasto in un quasi primitivo sistema di coltura che fa necessario un maggior numero di braccia per ricavare lo stesso prodotto del Continente".²³

Un discorso essenzialmente politico lo troviamo anche in uno scritto del 24 maggio successivo che prende le mosse da una sua visita all'Istituto agrario di Castelletti,²⁴ nei pressi di Firenze. Il primo punto è quello dell'istruzione che avrebbe potuto portare "questa nuova generazione" a "crescere non più curva dai baciamani e dalle genuflessioni, non più macilente dall'ammorbata atmosfera della bottega pretina, allevata all'ipocrisia ed alla menzogna; ma vispa, diritta, come io vedo questi magnifici alunni, con aspetto marziale che consola e promette alla patria italiana, cittadini laboriosi, robusti ed istruiti da non temer paragone sulla terra!".²⁵ Pensava ad una educazione su un piano generale, per liberare i contadini dall'ignoranza e dalla sottomissione, ma anche, su un piano più scientifico, ad una specifica istruzione agraria per un migliore sfruttamento del suolo, per l'impianto di nuove colture, per il recupero delle terre incolte, e in questo vedeva il principale

canale per il progresso e la ricchezza del Paese. Non dimentichiamo che al tempo in cui era dittatore in Sicilia, con decreto del 4 luglio 1860, incorporò la cattedra di Economia, Commercio ed Agricoltura dell'Università di Catania, creando un più mirato insegnamento di Agricoltura.²⁶

Nelle sue riflessioni del maggio 1867 dimostrava di conoscere bene le condizioni dei singoli territori, e dava suggerimenti per il meridione, dove si trovavano terre abbandonate, soggette alla siccità, ricoperte di sterpi, quando in passato la Sicilia era addirittura il granaio d'Italia. La responsabilità era dei Governi preunitari ma anche di quelli italiani che impoverivano quelle aree "con miserabili tasse e colle coscrizioni della gioventù più robusta".²⁷ Non dimenticò poi la campagna romana, ancora nelle mani dello Stato pontificio: "ammorbata dalla negromanzia, ove un dì signoreggiava la robusta maestosa razza dei padroni del mondo, oggi è coperta di paludi pestifere. Ove un eminentissimo od un monsignore possiede tanto spazio di terreno da nutrire migliaia di cittadini; invece vi pascolano pochi bufali, nemici della specie umana quanto i loro padroni".²⁸ Auspicava il moltiplicarsi degli Istituti agrari; "l'accrescere alquanto la mercede del contadino, acciò possa aggiungere qualche cosa di più, ai suoi quaranta centesimi di polenta"; l'istruzione di tutte le classi più povere; esortava "i

ricchi proprietari" e il Governo a prendere provvedimenti al più presto, nel loro stesso interesse. Partiva, a suo avviso, proprio dal riscatto dei contadini, la via del progresso italiano: un popolo istruito, forte dei suoi principi e delle sue tradizioni, libero dall'oscurantismo, attivo nel lavoro, un Paese più ricco nello sviluppo di tutte le potenzialità dell'agricoltura, con meno emigrazione, meno indigenza, e più turismo. Due aspetti appaiono di particolare interesse; il primo è quello del legame tra emigrazione e sviluppo agricolo; gli era chiaro che un incentivo verso nuove e più intensive colture con il contributo finanziario dello Stato, che avrebbe dovuto occuparsi anche dei diritti e dell'istruzione dei contadini, avrebbe posto le condizioni per arginare un fenomeno di depauperamento demografico ed economico. Come scrive Curatulo: "Oppositore tenace dell'emigrazione dei nostri contadini in terre straniere, Garibaldi voleva che le loro braccia fossero rimaste in patria per arare e bonificare i due quinti del territorio italiano incolto e paludoso e che l'Italia fosse riuscita a produrre tanto grano da bastare alla sua popolazione senza ricorrere ai mercati stranieri".²⁹ Il secondo aspetto è quello del turismo, che Garibaldi vedeva già come un volano dell'economia nazionale, ed è interessante notare che ponesse come principale elemento di attrazione non tanto le bellezze artistiche, ma quelle legate ad una campagna florida e ben

coltivata. La conseguenza logica era un'economia più prospera, l'abbattimento dell'indigenza e quindi la possibilità di presentarsi come un Paese accogliente, senza turbamenti sociali, senza mendicanti. Era nel complesso un disegno molto avanzato, una ricetta che ci sembra ancora valida di fronte alle crisi attuali, un approccio concreto ai problemi contingenti, espressione di un pensiero politico maturo. Ma a Garibaldi non si riconosceva allora - e molto poco ancora oggi - un'autorevolezza politica, e dovette continuare a insistere, senza successo, sullo stesso argomento anche negli ultimi anni.

Nelle *Memorie* ritornò molte volte sulla questione contadina, un problema per lui sempre scottante e purtroppo irrisolto. Ricordava la corruzione che aveva ostacolato la sua azione e i suoi obiettivi, partiva dal grande "corrotto" Napoleone III, ma arrivava fino ai contadini: "Si completava [sic] il quadro di corruzione con l'elemento contadino, il più numeroso del nostro esercito, ed il più forte, che il prete mantiene nell'ignoranza e nell'odio della causa nazionale, per cui in Italia come in Francia, si son vedute le famose sbandate di Novara e di Custoza".³⁰ E ancora poche pagine dopo tornava a ricordare "la poca affezione dell'elemento contadino alla causa nazionale".³¹

Il 22 febbraio 1873 scrisse ad Achille Bizzoni:³² "Il contadino, nerbo dell'esercito, non ha patria. La sua patria è sul

cielo, lo ha detto il prete, e se sotto gli Austriaci egli può sperare una svanzica di più, va cogli Austriaci Pensate ai contadini dunque, e prima di tutto bisogna trovare il modo di migliorare la loro materiale condizione".³³ L'Unità italiana era ancora fragile e incompiuta, minacciata all'interno e dall'esterno, e l'asse portante per la sicurezza e lo sviluppo della Nazione rimaneva il mondo contadino.

Il 14 novembre 1876 si rivolse ad un altro giornalista, il democratico Ferdinando Dobelli, allora direttore de *La Capitale*, al quale inviò un suo scritto, rivolto al Parlamento, perché venisse pubblicato dal giornale. Depretis era al Governo da pochi mesi e Garibaldi era già deluso dal nuovo corso storico; riproponeva i temi che gli stavano più a cuore: la difesa del Paese e l'arretratezza dei contadini, ancora vittime della "magagna prete". Ricordava le battaglie più dolorose, Novara e Custoza, alle quali non aveva partecipato, ma sapeva da "fonte sicura" che le sconfitte erano state determinate anche dallo "sbandarsi" dei contadini che erano nell'esercito: "perché i contadini sono nemici od indifferenti alla dignità nazionale, al Governo stabilito, avversione in loro suscitata dal prete".³⁴ Ma aggiungeva anche: "Che a tale avversione abbia contribuito non poco l'amabilità dei Governi passati (sperando miglior contegno nel presente) che nulla mai

fecero per rimediare a sì grave sciagura".³⁵ E come conseguenza tornò anche sul problema dell'emigrazione: "Il poco affetto che portano i contadini al sistema presente, e la miseria a cui sono dannati dallo stesso, porta pure per conseguenza la propensione ad emigrare, altro male non indifferente in un paese che non è capace di produrre grano sufficiente per alimentare le sue popolazioni".³⁶ Auspicava, ironicamente ma non troppo, che un giorno si potessero vedere anche i preti "con una vanga in spalla" occuparsi dei lavori della campagna che loro stessi avevano contribuito a trasformare in "un cimitero", con grandi benefici sia economici che morali.

Gli stessi argomenti li ritroviamo un anno dopo, in uno scritto ai suoi elettori del Collegio di Roma I, consegnato, per la pubblicazione, ancora all'amico Dobelli. Considerava il Governo incapace di provvedere ai reali bisogni del Paese, impegnato soltanto in questioni di poca importanza; il punto cardine era per lui lo sviluppo economico che passava per il binomio esercito-contadini. Riteneva troppo alte le spese militari per un esercito permanente inadeguato e demotivato e che, soprattutto, teneva migliaia di contadini lontani dalla terra; contadini che per la loro dipendenza dalla chiesa sarebbero stati anche inaffidabili semmai si fosse tornati a combattere per la difesa della patria. Quello che

vedeva era: "un esercito permanente, che non solo rovina l'erario, ma influisce al deterioramento della razza, mantenendo la miglior gioventù nelle caserme, e privando i campi dei più robusti coltivatori: ciocché fa l'Italia dipendente dallo straniero per il pane, ed i principali articoli necessari all'esistenza".³⁷ E sui contadini ripeteva quanto aveva già detto tante volte: "I contadini sono incontestabilmente il nerbo più forte del nostro esercito, sia per il numero, come per la sobrietà e forza fisica, massime per le marcie [*sic*]. Ma il contadino fu educato dal prete e non sa di patria, d'Italia, di onore della bandiera, ma di paradiso ed odio per chi lo carica d'imposte".³⁸

Non dimenticò i contadini e le campagne neppure nel *Manlio*, l'ultimo romanzo, rimasto senza una revisione finale e pubblicato per la prima volta nel 1982, sulla spinta delle celebrazioni per il centenario della morte.³⁹ Più volte Garibaldi accenna alle floride campagne di Montevideo come ai terreni incolti italiani, e nel descrivere l'arrivo di Manlio in Sardegna non perde l'occasione per ribadire la sua posizione sui contadini: "Come la Sardegna, metà della superficie dell'Italia è incolta ed i miserabili nostri contadini, schiacciati e rovinati dalle tasse, emigrano in terre lontane ove spesso non trovano altro che la miseria e la morte".⁴⁰ Ma sui contadini si era soffermato anche precedentemente nel romanzo *Clelia*;

parlando di quanti si erano fatti briganti aveva scritto: "Fatalmente quei poveri ma coraggiosi contadini sono stati sempre coi preti e da loro forviati. Per questo li vediamo armati contro l'unità nazionale. E quanto tempo ci vorrà ancora per portarli sulla buona via?"⁴¹

Garibaldi militare e agricoltore poteva parlare con piena cognizione di causa dei contadini, potenzialmente "bravi coltivatori ed intrepidi soldati!"⁴² Li aveva sperimentati nella lotta armata, al suo fianco in America Latina e assenti o contrari in Italia, e poteva dire con ragione quanto fossero determinanti per la difesa di un Paese. Conosceva però anche l'importanza "dell'arte agraria, le di cui pochissime elementari nozioni, da me profano, divorate negli scritti, e nei consigli dei nostri sommi maestri, mi convincono sempre più della prosperità di cui è suscettibile la terra italiana".⁴³ Era modesto, come sempre, nel definirsi un profano in agricoltura poiché la sua "azienda" di Caprera, con vigneti, frutteti, allevamenti, e colture di vario genere ci testimonia l'amore per la terra ma anche le tante conoscenze scientifiche acquisite;⁴⁴ e anche in questo cercò di essere educatore attraverso l'esempio.

Dai contadini, dunque, derivava la completa rigenerazione della patria, e se ebbe parole di aspra critica nei loro confronti è perché sentiva il peso della loro mancanza alla rivoluzione italiana,

e di questo rimproverò i Governi fino alla fine della sua vita. Ci sembra quindi decisamente inappropriato il giudizio che Gramsci ci ha lasciato su Garibaldi: "scarsità di capacità politica ... non sistematicità delle sue opinioni";⁴⁵ frutto di luoghi comuni e della mancanza di una conoscenza diretta dei suoi scritti: sulla questione contadina erano essenzialmente dalla stessa parte.

Abbiamo lasciato volutamente fuori dal nostro discorso il noto episodio di Bronte dell'agosto 1860, spesso citato per denunciare il totale disinteresse, se non l'avversione, di Garibaldi verso i contadini; non entriamo nella polemica delle ragioni e dei torti, ma ci sentiamo di dire, anche alla luce delle testimonianze fin qui riportate, che non si trattò, né per Garibaldi, né per Bixio, di una operazione contro i contadini ma contro i nemici dell'Unità e dell'Umanità contro i quali, a prescindere dalla classe sociale a cui appartenevano, il generale combatté sempre con le armi e con le parole, e tra i quali, come spesso ebbe modo di ripetere, con grande rammarico, appartenevano anche molti contadini, non per loro volontà ma come strumento di volontà altrui.

D'altra parte la stessa posizione la ebbe anche nei confronti dei contadini di altri Paesi; un caso emblematico può essere quello verso il popolo russo;⁴⁶ nei primi anni Sessanta arrivò ad avere parole di apprezzamento per Ales-

sandro II che aveva avviato la riforma agraria; ma condannò aspramente i contadini che in nome di quello stesso zar attaccavano i fratelli polacchi.

I pochi esempi qui riportati, e che meriterebbero un maggiore approfondimento, ci sembrano comunque sufficienti ad affermare che Garibaldi lottò sempre per l'emancipazione dei contadini, e li considerò sempre, fuori dal giogo della reazione, "buoni amici dei campi, nobilissima classe del lavoro agricolo". Era una "classe" alla quale egli stesso si fregiò di appartenere, come ci testimonia il Censimento del 1871, nel quale si registrò: "Giuseppe Garibaldi, agricoltore". Ne scrisse in tantissime occasioni, li esortò sempre ad abbracciare la causa della libertà e dell'indipendenza, sensibilizzò i Governi alla loro condizione, stimolò i privati a garantirne l'istruzione, ne riconobbe le grandi potenzialità, e non si arrese mai anche se vedeva che in Italia il suo "mito" non riusciva a fare breccia nella nebbia dei secoli di oscurantismo che teneva i contadini lontani dalla possibile emancipazione: colpevole il "prete" e altrettanto colpevole lo "Stato" che egli aveva non poco contribuito a far nascere.

Non mancarono, però, attestati di stima e di affetto dei contadini verso di lui, soprattutto dopo la sua morte, quando il mito si diffuse capillarmente in tutti i Continenti, e ne sono espressione le tante testimonianze di effigi di Garibaldi in camicia rossa presenti

nelle case contadine italiane, polacche, russe ecc. L'eroe diventò progressivamente icona e nume tutelare di tutti gli oppressi, "santo protettore" dei contadini del mondo, di quei "cafoni" che, parafrasando Ignazio Silone, erano "socialisti senza partito e cristiani senza chiesa".

Note

- 1 Si rimanda ad alcuni lavori classici quali EMILIO SERENI, *Il capitalismo nelle campagne (1860-1900)*, Torino, Einaudi, 1947; ROSARIO ROMEO, *Risorgimento e capitalismo*, Bari, Laterza, 1959.
- 2 Tra i suoi tanti lavori sull'argomento segnaliamo ROMANO UGOLINI, *Garibaldi. Genesi di un mito*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1982; ID., *La formazione culturale di Garibaldi*, in *Garibaldi: cultura e ideali*. Atti del LXIII Congresso di Storia del Risorgimento italiano (Cagliari, 11-15 ottobre 2006), Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 2008, pp. 87-118. Per la questione dei contadini rimandiamo al saggio pubblicato da Ugolini in questa rivista, dal titolo *L'esperienza latino-americana nella formazione politica di Garibaldi*, a. 14 (1999), pp. 58-74.
- 3 R. UGOLINI, *L'esperienza latino-americana nella formazione politica di Garibaldi* cit., p. 68.
- 4 *Le memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872*, a cura della Reale commissione, Bologna, Cappelli editore, 1932, p. 259.
- 5 *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. II, 1848-1849, a cura di Leopoldo Sandri, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 1978, p. 52.
- 6 Tale timore dovette, probabilmente, ispirarlo

- per l'arresto del contadino Emidio Iachetti quando, a marzo del 1849, si trovava a Rieti (ivi, lettera del 21 marzo 1849 al preside di Rieti, Raffaele Feoli, p. 110). Alcuni contadini furono in realtà impegnati per opere di fortificazioni nel territorio di Rieti, e Garibaldi non mancò di raccomandare che avessero in cambio, "giornalmente la mercede per vivere" (ivi, lettera del 12 marzo 1849, a Filippo Rosati, p. 95).
- 7 *Le memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872* cit., p. 299.
 - 8 Ivi, p. 300.
 - 9 *Ibidem*.
 - 10 Ivi, pp. 300-301.
 - 11 Ivi, p. 318.
 - 12 *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. III, 1850-1858, a cura di Giancarlo Giordano, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 1981, p. 62.
 - 13 GIUSEPPE GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. I (1838-1861), Bologna, Cappelli editore, 1934, p. 225.
 - 14 Ivi, p. 226.
 - 15 Ivi, p. 281.
 - 16 Ivi, p. 287.
 - 17 GIUSEPPE GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. II (1862-1867), Bologna, Cappelli editore, 1935, pp. 26-27.
 - 18 Ivi, p. 70.
 - 19 *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. VII, 1862, a cura di Sergio La Salvia, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 1986, p. 260.
 - 20 Alla Società del Tiro a segno di Canzo, Caprera, 29 agosto 1864, in *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. IX, (1864), a cura di Giuseppe Monsagrati, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 1992, p. 134.
 - 21 G. GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. II (1862-1867) cit., pp. 336-337.
 - 22 *Epistolario di Giuseppe Garibaldi*, vol. XII (gennaio-dicembre 1867), a cura di Emma Moscati, Roma, Istituto per la storia del Risorgimento italiano, 2006, pp. 58-60.
 - 23 Ivi, p. 60.
 - 24 MAURO RICCI, *Gli orfanelli agricoltori nella tenuta di Castelletti*, Firenze, Tipografia colasanziana, 1860. Sulla visita di Garibaldi all'Istituto si veda GIAMPIERO FOSSI, *Garibaldi a Signa fra storia e tradizione*, in COSIMO CECCUTI-GIAMPIERO FOSSI, *Garibaldi a Signa fra mito e storia*, Signa, Masso delle Fate, 2008, pp. 23-40.
 - 25 G. GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. II (1862-1867) cit., p. 389.
 - 26 Si veda la *Raccolta degli Atti del Governo dittatoriale e prodittatoriale in Sicilia (1860)*, Palermo, Stabilimento tipografico di Francesco Lao, 1861, pp. 102-103.
 - 27 G. GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. II (1862-1867) cit., p. 389.
 - 28 Ivi, p. 390.
 - 29 GIACOMO EMILIO CURATULO, *Garibaldi agricoltore*, Roma, Stock, 1930, p. 12.
 - 30 *Le memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872* cit., p. 501.
 - 31 Ivi, p. 508.
 - 32 Sul noto giornalista, ispiratore del *Gazzettino rosa*, vicino a Garibaldi e suo compagno d'armi in Trentino, a Mentana e in Francia, si veda RAFFAELE COLAPIETRA, *Bizzoni Achille*, in *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol.

- 10, Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, 1968, *ad vocem*.
- 33 LETTERIO BRIGUGLIO, *Garibaldi e il socialismo*, Milano, SugarCo, 1982, pp. 193-194.
- 34 GIUSEPPE GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. III (1868-1882), Bologna, Cappelli editore, 1937, p. 248.
- 35 *Ibidem*.
- 36 *Ibidem*.
- 37 Caprera, 20 novembre 1877, *ivi*, p. 263.
- 38 *Ivi*, p. 264.
- 39 Nel 1982 sono uscite contemporaneamente due edizioni: GIUSEPPE GARIBALDI, *Manlio. Romanzo contemporaneo*, a cura di Maria Grazia Miotto, Napoli, Guida Editori; GIUSEPPE GARIBALDI, *Manlio. Romanzo storico politico contemporaneo*, con introduzione e annotazioni di Anthony P. Campanella, Sarasota, International Institute of Garibaldian Studies.
- 40 G. GARIBALDI, *Manlio. Romanzo contemporaneo*, a cura di Maria Grazia Miotto *cit.*, p. 304.
- 41 GIUSEPPE GARIBALDI, *Clelia. Il governo dei preti. Romanzo storico-politico*, Cagliari, Davide Zedda editore, 2007, p. 48.
- 42 Il 10 giugno 1863 aveva scritto alla Società dei coltivatori di Grazzanisi, in provincia di Caserta, per ringraziarli di un loro "affettuoso indirizzo"; li aveva rassicurati "contate sopra di me" e li aveva elogiati con la dichiarazione riportata (G. GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, a cura della Reale commissione, vol. II (1862-1867) *cit.*, pp. 202-203).
- 43 *Ivi*, p. 389.
- 44 GIUSEPPE GARIBALDI, *Agricoltura*, in *Garibaldi. Vita Pensiero Interpretazioni. Dizionario critico*, a cura di Lauro Rossi, Roma, Gangemi editore, 2008, pp. 14-17.
- 45 ANTONIO GRAMSCI, *Il Risorgimento*, Roma, Editori Riuniti, 1975, p. 232.
- 46 Molti sono i riferimenti al popolo russo che incontriamo negli scritti di Garibaldi; si rimanda per un quadro d'insieme al lavoro di VLADIMIR NEVLER, *La Russia e il Risorgimento*, Catania, Bonanno editore, 1976.

GARIBALDI Y LOS CAMPESINOS: "BUENOS AMIGOS DE LOS CAMPOS, NOBILÍSIMA CLASE DEL TRABAJO AGRÍCOLA"

Stefania Magliani

Garibaldi, aunque esperamos que ya sea inútil repetirlo, durante mucho tiempo ha sido considerado preferentemente un hombre de acción, sin formación cultural y sin un proyecto político propio. Sólo a partir de 1982, año de las celebraciones por el centenario de su muerte, se ha impuesto una relectura de la obra y de los escri-

tos del "Nizardo", que ha determinado una valoración de su pensamiento en numerosos campos. Sin embargo, todavía quedan aspectos inexplorados o equivocados y falta un trabajo de conjunto que trace una biografía política del héroe.

Recorriendo los miles de páginas que Garibaldi nos ha dejado nos da-

mos cuenta que tenía muy claro el "oficio" de político hecho de un acercamiento de sistema a los problemas del presente resumido en una visión global que hiciera todas las acciones funcionales a lo más general constituido y superior, objetivo sobre el futuro orden de Italia, de Europa y de la humanidad.

Para él un nudo político fundamental fue la cuestión campesina, o mejor dicho, el rol y la emancipación de los campesinos. No se trata aquí de entrar en el debate historiográfico sobre la relación entre el Risorgimento y los campesinos que se origina en la "revolución frustrada" de Gramsci. Por otra parte las posiciones permanecen decididamente antitéticas: por un lado encontramos la definición de un Risorgimento de élite culpable de haber desperdiciado la ocasión histórica de implicar a los campesinos; por el otro tenemos la certeza de que no existían ni siquiera los instrumentos para crear dicha ocasión. En tal debate el pensamiento de Garibaldi permanece en el fondo, casi ausente; algunos puntos de arranque interesantes los encontramos en las páginas de Romano Ugolini quien fuera el primero en reconstruir el período de la formación intelectual y política del "Nizardo", restituyéndole autonomía y dignidad.

Garibaldi, después de una formación asimilable a la de los niños burgueses del tiempo, en lo profesional, el

mar, en lo cultural, el mito de Roma antigua y, en lo político, la interpretación universal y humanitaria de la Joven Europa. Esa visión del mundo después se materializaría a través de la experiencia y el conocimiento de los problemas contingentes, en cuya solución trabajó con abnegación y convicción política durante toda su vida, siempre inspirado en el gran objetivo final de la superación de los contrastes nacionales e internacionales hacia un concepto de humanidad y fraternidad. Durante el período latinoamericano Garibaldi no se planteó el problema de la cuestión campesina porque se trataba de países donde la economía se basaba en la campaña y las ciudades eran lugares de intercambio y de comercio de los productos agrícolas o de ganadería. Garibaldi se había acostumbrado a ver a los campesinos empeñados por la libertad de sus territorios, activos en la revolución ya sea en los campos de batalla como en la logística y el sustento de los combatientes.

Pero eso hizo más evidente el problema a su regreso a Italia en 1848.

Cuando Garibaldi llegó a Roma, su primera preocupación fue la del enrolamiento; ya había experimentado la dificultad de mantener operativos a sus hombres, casi mendigando ayuda a las autoridades locales; faltaban armas, municiones y vestimenta pero también escaseaba el alimento.

Consideraba que los campesinos eran absolutamente estratégicos, no sólo como militares efectivos sino como apoyo material y logístico en el desplazamiento de las tropas. No fue así y casi no tuvo de ellos ayudas materiales si consideramos que durante las operaciones al servicio de la República Romana, tuvo que dirigirse constantemente al gobierno por la falta de abastecimientos, aun los de primera necesidad. También durante la retirada de Roma debió añorar la abnegación de los pueblos latinoamericanos con los cuales había combatido, capaces de soportar cualquier sacrificio con tal de no "doblar las rodillas ante las prepotencias de un déspota o de un extranjero". Pero no se lamentaba respecto de los compañeros de armas que volvieron con él de América o de los italianos que se habían puesto de su parte; para quienes tuvo siempre palabras de elogio, de estima y de reconocimiento; otra vez lamentaba la ausencia de los campesinos: "Los curas, dueños de los campesinos y toda la gente del campo, la más idónea para transitar de noche, informaban con detalle a nuestros enemigos de nuestras cosas, de la posición ocupada y de todos nuestros movimientos".

En realidad, algún campesino lo ayudó en el largo viaje entre el Adriático y el Tirreno y ciertamente lo recordó.

En 1854, al regreso del segundo exilio, precisó su posición en la co-

nocida carta a Mazzini, escrita en Londres el 26 de abril. El motivo por el cual consideraba posible "hacerlo por nosotros mismos" era la imposibilidad de tener el apoyo de las masas, sobre todo "no teniendo con nosotros a los campesinos". No era una opinión sino el firme convencimiento de quien había experimentado la importancia logística y operativa de los campesinos en las empresas latinoamericanas y el peso de su ausencia y a veces de su oposición en 1848 y 1849.

Conocedor de la importancia de la presencia de los campesinos en la batalla, pero sobre todo de su adhesión a la causa nacional, pensaba ya en su emancipación.

En el orden del día publicado en Mesina el 30 de julio de 1860, con Sicilia ya liberada, pero no con la ayuda de los campesinos, tenía clara su posición y comprendía también su hostilidad que nacía del temor de ver, como ya había sucedido antes, sus campos, sus cosechas destruidos por el pasaje de las tropas y por las batallas; por lo tanto recomendaba a sus compañeros "el religioso respeto de las propiedades ajenas".

El 6 de agosto volvió sobre los valores del respeto y de la concordia, de la unión entre los habitantes del norte y del sur de Italia y también del "Respeto a las propiedades de los pobres campesinos, que sudaron tanto para recoger el escaso alimento de su familia",



entendiendo por propiedad los pocos bienes necesarios para sobrevivir.

El 10 de marzo de 1862, en respuesta a un pedido de una asociación dirigida al apoyo a las clases artesanas, escribió: "el principal objetivo de la asociación debe ser el bienestar del obrero y del campesino" a quienes, decía era necesario dar por lo menos independencia y libertad.

En el mes de mayo, desde Trescore dirigió una carta a los campesinos: los quería de su parte para la batalla y para la logística. La carta es la más interesante para comprender su posición sobre el tema: la importancia fundamental que da al apoyo de los campesinos pero también el conocimiento de su desconfianza y hostilidad y la necesidad de declarar abiertamente su cercanía y de hacerles tomar conciencia del potencial que tenían para su misma emancipación.

El 29 de agosto de 1864 se dirigió a los campesinos con palabras vibrantes que nos hacen comprender cuánto le pesaba no tenerlos de su lado.

Concluía sus palabras con lo que la autora considera que representa la síntesis de su aspiración: "El día en que los campesinos sean educados en la verdad, los tiranos y los esclavos no existirán más en la tierra".

La esperanza depositada en los campesinos fue vana y lo era todavía en 1866.

La posición de Garibaldi no cambia con el tiempo: reconocimiento del gran potencial de los campesinos, pero gran congoja por su mantenimiento en pleno oscurantismo, por culpa de los "curas" que los tenían en la ignorancia y fomentaban en ellos la reacción, pero también de los nuevos gobiernos italianos que no hacían nada por sacarlos de dichas situaciones.

El 22 de abril de 1867 se dirigió al Parlamento para llamar la atención sobre las condiciones de Cerdeña, con las poblaciones hundidas en la miseria sin la ayuda del gobierno que no hace nada para levantarlas.

Pensaba en la educación en un plano general para librar a los campesinos de la ignorancia y de la sumisión, pero también, en un plano más científico, en una específica instrucción agraria para un mejor aprovechamiento del suelo, para la instalación de nuevas culturas, para la recuperación de las tierras incultas, y en esto veía el canal principal para el progreso y la riqueza del país.

En sus reflexiones de mayo de 1867 demostraba conocer bien las condiciones de cada territorio y daba sugerencias para el Sur de Italia, donde se encontraban tierras abandonadas, expuestas a la sequía, cubiertas de zarzas, cuando en el pasado Sicilia era el granero de Italia.

Deseaba la creación de Institutos agrarios ; más ingresos para el cam-

pesino; la instrucción de las clases más pobres; exhortaba a los "ricos propietarios" y al gobierno a tomar medidas lo más pronto posible, en su propio interés. El progreso italiano partía precisamente del rescate de los campesinos: un pueblo instruido, fuerte de sus principios y de sus tradiciones, libre del oscurantismo, activo en el trabajo, un País más rico en el desarrollo de todas las potencialidades de la agricultura, con menos emigración, menos indigencia y más turismo.

Hay dos aspectos de interés especial: el primero era el de la relación entre emigración y desarrollo agrícola; el segundo es el del turismo.

La consecuencia lógica era una economía más próspera, el abatimiento de la indigencia y por lo tanto la posibilidad de presentarse como un país acogedor, sin disturbios sociales, sin mendigos. En su conjunto era un proyecto muy avanzado, una receta que todavía nos parece válida frente a las crisis actuales, un enfoque concreto a los problemas contingentes, expresión de un pensamiento político maduro.

Pero a Garibaldi no se le reconocía entonces - y muy poco todavía hoy - importancia política y debió seguir insistiendo, sin éxito, en el mismo tema también en sus últimos años.

En sus *Memorias* volvió muchas veces a la cuestión campesina, para

él un problema siempre candente y lamentablemente no resuelto.

En una nota dirigida a sus electores del Collegio Roma I, consideraba que el gobierno era incapaz de proveer a las reales necesidades del país, ocupado solamente en asuntos de poca importancia; el eje para él era el desarrollo económico que pasaba por el binomio ejército-campesinos. Consideraba demasiado altos los gastos militares para un ejército permanente inadecuado y desmotivado y que, sobre todo, mantenía a miles de campesinos lejos de la tierra, campesinos que, por su dependencia de la iglesia serían también poco confiables en caso de que se volviera a combatir por la defensa de la patria.

De los campesinos derivaba la regeneración completa de la patria y, si tuvo palabras de áspera crítica a su respecto es porque sentía el peso de su falta en la revolución italiana, y de esto reprochó a los Gobiernos hasta el fin de su vida. Por lo tanto nos parece decididamente inapropiado el juicio que Gramsci nos ha dejado sobre Garibaldi: "escasez de capacidad política no sistematización de sus opiniones"; fruto de lugares comunes y de la falta de un conocimiento directo de sus escritos: en la cuestión campesina esencialmente estaban del mismo lado.

Expresamente hemos dejado fuera de nuestro discurso el conocido epi-

sodio de Bronte de agosto de 1860, a menudo citado para denunciar el desinterés total; si no la aversión, de Garibaldi hacia los campesinos; no entramos en la polémica de los aciertos y errores, pero queremos decir que, también a la luz de los testimonios aquí expresados, que no se trató, ni para Garibaldi, ni para Bixio, de una operación contra los campesinos sino contra los enemigos de la Unidad y de la Humanidad contra los cuales, prescindiendo de la clase social a la cual pertenecían, el general combatió siempre con las armas y con las palabras, entre los cuales, como repitió muchas veces, con gran pesar, había también muchos campesinos, no por su voluntad sino como instrumento de voluntad ajena.

Por otra parte la misma posición la tuvo con referencia a los campesinos de otros países; un caso emblemático puede ser el que tuvo hacia el pueblo ruso; en los primeros años de la década de los 80 llegó a tener palabras de aprecio para Alejandro II que había comenzado la reforma agraria; pero condenó duramente a los campesinos que en nombre del mismo zar atacaban a los hermanos polacos.

Estos pocos ejemplos nos parecen suficientes para afirmar que Garibaldi luchó siempre por la emancipación

de los campesinos y los consideró siempre, fuera del yugo de la reacción "buenos amigos de los campos, nobilísima clase del trabajo agrícola".

Escribió sobre ellos en muchísimas ocasiones, los exhortó siempre a abrazar la causa de la libertad y de la independencia, sensibilizó a los Gobiernos por su condición, estimuló a los privados a garantizar su instrucción, reconoció sus grandes potencialidades y nunca se rindió aun cuando veía que en Italia su "mito" no lograba hacer mella en la niebla de los siglos de oscurantismo que mantenía a los campesinos lejos de la posible emancipación: tan culpable el "cura" como el "Estado" que él había contribuido a hacer nacer.

No faltaron muestras de estima y afecto de los campesinos hacia él, sobre todo después de su muerte, cuando el "mito" se difundió capilarmente en todos los Continentes, son su expresión las muchas imágenes de Garibaldi en camisa roja presentes en las casas campesinas italianas, polacas, rusas, etc. El héroe se convirtió en ícono y numen tutelar de todos los oprimidos, "santo protector" de los campesinos del mundo, de aquellos "cafoni" que, parafraseando a Ignacio Silone, eran "socialistas sin partido y cristianos sin iglesia".

NAPOLEONE III E L'UNITÀ D'ITALIA

Egone Ratzenberger



Nota introductiva.

El Dr. **Egone Ratzenberger**, activo colaborador de nuestra Revista, en esta ocasión nos habla de Napoleón III y del vínculo que tuvo con el proceso de la Unidad de Italia. Como Emperador de Francia tuvo un protagonismo histórico a nivel mundial a mediados de 1800. Afiliado a la Carbonería en su juventud, su política hacia el Risorgimento italiano tuvo luces y sombras. En 1849 atacó y destruyó la efímera República Romana, defendida por Garibaldi y sus voluntarios de Montevideo. En 1860, en su afán hegemónico, y llevado sutilmente por la fina trama de la diplomacia piemontesa, apoyó a Vittorio Emanuele II en la 2ª Guerra por la Independencia contra Austria. Con la determinante y sangrienta batalla de Solferino consiguió romper la hegemonía austríaca

sobre Italia, a un paso de erigirse como Nación Unida. El dr Egone Ratzenberger fue Embajador de la República Italiana en Montevideo y su período se destacó por un decidido apoyo a la cultura. (A Bona).

Il 2 dicembre scorso sono trascorsi 160 anni da quando il nipote di Napoleone Bonaparte, cioè Luigi Napoleone, da Principe-Presidente della 2a Repubblica Francese, nata con la Rivoluzione del 1848, si fece proclamare Imperatore con un colpo di Stato, ricreando l'Impero Napoleonico. In un contesto di studi garibaldini e sul periodo risorgimentale appare ormai equo cominciare ad illuminare un po' meglio questo personaggio storico, perché senza di lui l'Unità d'Italia, almeno in quel periodo storico, non si sarebbe compiuta. E ciò malgrado i prodigi diplomatici del Cavour, l'unanime consenso delle classi borghesi italiane e le audaci imprese di Garibaldi.

Chi era Luigi Napoleone?

Si trattava del figlio del fratello Luigi che Napoleone aveva nominato nel 1806 re d'Olanda, nonché di Ortensia Beauharnais, figlia dell'Imperatrice Giuseppina, da cui, come noto, Napoleone poi divorziò. Si sospetta con ragione che Napoleone Bonaparte sia stato l'amante di Ortensia e il padre del suo primo figlio (che Luigi prese a suo carico) poi morto bambino. Qualche dubbio si nutre anche sulla legittimità dello stesso Luigi Napoleone, perché, se figlio di re Luigi, sarebbe nato con un certo, non ben spiegabile, anticipo. Sono

queste comunque delle questioni minori a cui si potrebbe oggi forse ovviare con l'esame del DNA, ma è improbabile che vi si consenta da parte francese anche per il timore che ciò possa confermare i sospetti.

Luigi Napoleone nacque a Parigi il 23 aprile 1808, ma dovette lasciare questa città con la madre e il fratello Napoleone Luigi (osservasi la ben poca originalità dei nomi di battesimo) più vecchio di lui di un anno, dopo l'avventura napoleonica dei Cento Giorni. Napoleone Luigi restò col padre che si stabilì a Roma, mentre Ortensia con Luigi Napoleone scelse di abitare nel Cantone svizzero di Turgovia nel castello di Arenenberg. Ma trascorreva i mesi invernali ad Augusta in Baviera, dove si era rifugiato l'ex-vice di Milano, suo fratello, Eugenio di Beauharnais che a suo tempo aveva sposato nel 1806 la figlia del re di Baviera. E che doveva morire prematuramente di ictus nel 1823. Verso la fine degli anni '20 Ortensia pensa di riportare il figlio più vicino al padre Luigi e agli altri Napoleonidi che vivono a Roma. I due sposi sono separati da quasi vent'anni, ma intrattengono un rapporto corretto. Negli ultimi tempi napoleonici Ortensia si era innamorata del conte di Flahaut, figlio adulterino di Talleyrand, dandogli un figlio che come duca di Morny rivestirà un importante ruolo alla corte del fratellastro. I Napoleonidi che vivono in Italia sono la madre di Napoleone, Letizia, lo zio di essa il cardinale Fesch, noto collezionista di quadri, Luigi, Luciano ed i vari loro figli. Lui, Luigi Napoleone, è ora un prestante ventenne, ma non si dedica solo alle amicizie femminili, bensì con il fratello Napoleone Luigi si avvicina a Roma alla Carboneria e anche se non si hanno prove

che vi sia stato affiliato (ma il fratello forse sì) è certo che è stato molto vicino a questo movimento. Forse non comprendendone molto la natura e gli scopi ma nel quadro di una generale simpatia per le posizioni di libertà che esso rappresentava. Il loro momento giunge con i moti del '30-'31, i due fratelli scalpitano per parteciparvi, il padre lo proibisce, la madre li sconsiglia ma ugualmente essi vi prendono parte. Luigi Napoleone interviene all'assedio e alla presa di Civita Castellana; Napoleone Luigi combatte contro i papalini nella Sabina. Poi si trasferiscono verso la Romagna. Napoleone Luigi muore di morbillo a Forlì. La madre riesce a ricongiungersi con l'altro figlio a Pesaro, fugge ad Ancona e riesce, sotto mentite spoglie, a sfuggire agli austriaci e a rientrare attraverso l'Umbria, la Toscana e la Liguria in Francia dove nel frattempo i Borboni sono stati rovesciati ed è divenuto re il capofamiglia del ramo degli Orleans, Luigi Filippo, il figlio del più noto Filippo Egalité. Pur ricevendo Ortensia, Luigi Filippo (di cui si mormora che sia figlio di un modesto funzionario toscano e ci sia stato uno scambio in culla nella cittadina di Modigliana presso Faenza) i due Napoleonidi vengono espulsi dal regno e indirizzati in Inghilterra. Però riescono a rientrare in Svizzera ad Arenenberg. Il figlio di Ortensia entra nella Scuola di Artiglieria dell'esercito svizzero che frequenta con profitto. Insieme alla madre pensa anche al matrimonio e le trattative sono già molto avanzate con lo zio Girolamo, ex-re di Westfalia, per la figlia Matilde che poi rivestirà un notevole ruolo nel Secondo Impero. Ma nel frattempo il figlio di Ortensia che immagina una Francia ribollente di bonapartismo, cerca di mettere in campo una nuova edizione

dei Cento Giorni inscenando una ribellione della guarnigione militare di Strasburgo che però, a parte pochi elementi, non ci pensa proprio. Il governo di Luigi Filippo se ne vuole liberare e lo manda in esilio negli Stati Uniti da cui poi però ben presto rientra per assistere agli ultimi momenti della madre ed esiliandosi poi in Inghilterra. Qui tenta una seconda volta un colpo di mano a Boulogne, sulla costa francese, e questa volta viene incarcerato nella fortezza di Ham da cui dopo sei anni riesce ad evadere (o è fatto evadere) e ripara ancora una volta nel Regno Unito. Grazie all'eredità lasciatagli dalla madre conduce una vita dispendiosa nella società londinese e finanzia in Francia il bonapartismo. Si arriva così al 1848. A seguito di una crisi economica, Parigi insorge nuovamente e il re viene esiliato. Luigi Napoleone viene eletto nello stesso anno alla Camera dei Deputati e l'anno seguente è Presidente della Repubblica. Il 2 dicembre 1852 con un colpo di Stato si proclama Imperatore e assume il nome di Napoleone III. Si tratta di un giorno di rilievo per il bonapartismo: è infatti l'anniversario della grande vittoria di Austerlitz nel 1805. Seguendo l'esempio di Victor Hugo – che era però stato in passato monarchico e poi bonapartista – si rimprovera a Napoleone III di aver abbattuto la repubblica a cui aveva giurato fedeltà. Ma va anche detto che l'Assemblea Nazionale era in maggioranza monarchica e realista. Quest'ultima era divisa in due osservanze e cioè quella borbonica che auspicava un ritorno dei discendenti di Carlo X e quella orleanista che faceva capo agli eredi di Luigi Filippo morto in Inghilterra nel 1850. Questa maggioranza poteva contare sulla guida del presidente dell'Assemblea e

sull'appoggio del ministro della guerra di Luigi Napoleone, Changarnier che aspirava a rovesciare quest'ultimo. Si trattava in sostanza di una lotta fra tre frazioni monarchiche in cui prevalse quella con maggiore appoggio popolare (fra cui i cattolici) e che disponeva comunque di importanti posizioni di potere. Si può qui registrare il paradosso che la repressione del grande episodio risorgimentale della Repubblica Romana consentì a Parigi al Principe Presidente di salire a quel potere di cui poi si sarebbe avvalso per favorire in modo determinante il processo dell'unificazione italiana.

In ogni caso il presente articolo non si propone di ripercorrere le successive tappe di Napoleone III e del suo Secondo Impero ma ha voluto fare una disanima della sua formazione. Ciò al fine di illuminare meglio il personaggio e capire i suoi moventi specialmente in tema di politica estera verso l'Italia.

Come ha proceduto Napoleone III, una volta pervenuto al potere? In politica interna assicurò, anche con una capillare presenza delle forze dell'ordine, la calma interna, mentre un ampio programma di lavori pubblici e di creazione di industrie garantiva il pane alle masse dei lavoratori. Tali sviluppi furono propiziati anche da una politica estera intesa alla pace. Napoleone III fissò soprattutto un importante principio, già adombrato sotto Luigi Filippo e che era stato colpevolmente trascurato dal primo Napoleone. E cioè quello di una sostanziale e non fittizia pace con l'Inghilterra. Principio che non è poi più cambiato fino ai giorni nostri e passando eziandio per le due Guerre Mondiali. "L'Empire c'est

la paix" proclamò Napoleone III, che era ammiratore dell'Inghilterra e dove dopo i disastri del 1870 doveva terminare i suoi giorni. E incontrando per la prima volta nella stazione termale di Eu la regina Vittoria, si adoperò in tal senso, collaborando poi fattivamente con l'Inghilterra nella guerra di Crimea; e non aveva tanti interessi in gioco. E ricevendone un tacito assenso per le susseguenti avventure italiane a cui lo spronavano anche i suoi trascorsi più o meno carbonari, resi più attuali dalla bomba dell'Orsini nel gennaio 1858. L'opinione pubblica francese è contraria all'avventura italiana sia perché essa è considerata inutile o perché pericolosa per la stabilità degli Stati Pontifici o per entrambe le cose. Ma nel suo intimo Napoleone III si reincarna probabilmente in suo zio che nel 1797 abbatté i vecchi regimi italiani e annesse la penisola alla sfera di influenza francese; mentre al contempo sente di soddisfare ad un suo antico ideale di libertà per l'Italia centro-settentrionale e di dare una spallata al sistema di equilibrio europeo uscito dal Congresso di Vienna, ciò che è un suo pallino fisso. Nel concreto vede probabilmente tre importanti vantaggi: anzitutto a) il ristabilimento delle frontiere del 1814 con il recupero consenziente della Savoia e di Nizza, perse nell'avventura dei Cento Giorni, b) la sostituzione, come si diceva, nell'Italia Settentrionale dell'influenza austriaca con quella francese magari collocando sul trono granducale della Toscana Plon-Plon, il figlio dell'ex-re di Westfalia, Girolamo. (Plon-Plon sposò poi, come noto, una figlia di Vittorio Emanuele II e il matrimonio funzionò meglio di quanto potevasi sperare). E infine c) sopire gli ardori rivoluzionari in Italia – la rivoluzione

sociale fu per tutto l'Ottocento il timore delle classi agiate e della borghesia – e procedendo con gradualità passi sul cammino dell'indipendenza e dell'autogestione. Venendo altresì incontro ai desideri dei cattolici francesi di proteggere il Papa ed i suoi stati o almeno parte di essi, coll'accontentare gli strati più esagitati dell'opinione pubblica italiana.

I calcoli del Napoleone III furono vanificati per quanto attinente a b) e c). La Savoia e Nizza, malgrado l'ira di Garibaldi, divennero suoi. Però se l'influenza austriaca fu bandita dall'Italia, essa non fu sostituita in toto da quella francese, neppure in Toscana. A ciò contribuì lo scarso desiderio che le popolazioni della penisola provavano per un semplice scambio di influenze mentre aspiravano invece all'unione nazionale. Vi contribuì anche il rapido decadimento della potenza militare francese almeno in relazione all'ascesa lineare della Prussia soprattutto dopo la giornata di Sadowa (1866). E' vero che gli ardori rivoluzionari furono spenti, mentre invece si accese il gran falò della Comune di Parigi, ma la Francia registrò ai suoi confini di sud-est una nuova entità statale che per quanto poco sviluppata voleva giocare un ruolo nel concerto europeo. Neanche, a causa dell'opposizione di Napoleone III alla conquista italiana di Roma, vi fu molta riconoscenza per l'Imperatore dei francesi. Per la verità a guerra franco-prussiana iniziata Vittorio Emanuele voleva intervenire, malgrado i pericolosi problemi di politica estera e lo stato disastroso delle finanze e ne fu materialmente impedito da Lanza e da Sella che in questa circostanza ribadirono il principio di preminenza sulla Corona del governo liberamente eletto. Anche

Garibaldi, che però non andò in soccorso del sovrano, volle fare qualcosa per la Francia repubblicana e si batté valorosamente dinanzi a Digione conquistando l'unica bandiera prussiana dell'intera campagna.

Di questi pericoli Napoleone III era stato avvertito dal suo ministro degli esteri Walewsky che, come noto, era un figlio naturale di Napoleone e aveva anche adempiuto, unitamente ad un emissario inglese, ad un'importante missione diplomatica sul Rio de la Plata al tempo della guerra civile uruguayana. Va però anche detto che un atteggiamento più circospetto non avrebbe conferito, almeno in quel torno di tempo, quel senso di dinamismo a cui Napoleone III teneva, sia perché voleva imitare con prudenza il suo illustre avo, sia per mettere a tacere l'opposizione interna che insisteva per una maggiore democratizzazione del Regno che poi ottenne. E tutti, francesi, austriaci, europei e anche i piemontesi sottovalutarono la forza del sentimento nazionale italiano. Del resto ciò si registrerà alcuni anni dopo pure in Germania dove furono spazzati via, con il concorso dell'opinione pubblica, i particolarismi dei singoli stati, anche importanti come i regni di Sassonia, Württemberg e Baviera (e forse il re di quest'ultimo paese pagò con la vita la sua acquiescenza a Bismarck). E desidero aggiungere l'esempio dei principati di Valacchia e di Moldavia che, grazie alla sconfitta di Solferino, riuscirono ad unificarsi malgrado l'opposizione austriaca.

La campagna italiana registrò forse un'altra conseguenza negativa. Napoleone III e con lui Mc Mahon vinsero a Magenta e Solferino e nel primo caso bisogna registrare una brillante manovra laterale

dei francesi che decise positivamente la giornata caratterizzata soprattutto dalle esitazioni dell'austriaco Gyulai che si dimostrò impari alla bisogna. A Solferino si ebbe invece uno scontro frontale sanguinosissimo in cui i francesi ebbero infine la meglio. Come noto vi fu anche un volenteroso ma non determinante aiuto dei piemontesi. Napoleone III consentì poi saggiamente all'armistizio di Villafranca, visti altresì i rumori di guerra provenienti dal Reno (molto assennato in questo frangente fu Vittorio Emanuele II e incomprensibili le ire di un uomo intelligente come Cavour. Si può ben utilizzare per i propri interessi un'entità straniera, ma non si può dimenticare che essa deve considerare anche i suoi problemi!). L'Imperatore ne ricavò comunque l'impressione di essere un notevole generale e di avere in mano uno strumento militare di prim'ordine. E da allora si susseguono gli errori: interviene in Messico, si schiera a fianco della Polonia nel 1862 peggiorando di parecchio i rapporti con la Russia ciò che si rifletterà pesantemente sul quadro politico in cui maturò la sconfitta austriaca del 1866 e non riesce negli anni seguenti a prevalere sulla maggioranza conservatrice della Camera per un aumento delle spese militari e per una riorganizzazione dell'esercito.

La realtà è che Napoleone III nell'ultima parte degli anni '60 si è ammalato di calcolosi renale e non vuole farsi operare perché teme di perdere la vita (non erano operazioni del tutto semplici per quei tempi) e quindi di lasciare l'impero abbandonato nelle mani di una Reggente e di un adolescente. Però i forti dolori di cui soffre gli impediscono di concentrarsi sui gravi problemi francesi. Qualcosa del

genere era avvenuto dieci anni prima nel regno di Napoli. Nel primo caso registriamo la preoccupazione per la dinastia (che comunque cesserà con lui), nel secondo un'inespressa gelosia verso il successore che a ventidue anni si vedrà collocato sul trono senza un minimo di esperienza di governo.

Comunque dopo la pace di Zurigo del 1859 non si segnala più alcun spirito di iniziativa di Napoleone III nella questione italiana con l'eccezione forse dell'accordo per Firenze capitale, ma si registra soltanto una politica di acquiescenza o di accettazione *ex post*. Egli è sostanzialmente a rimorchio di quanto, sull'impulso della destra o della sinistra italiane, succede nella penisola. Si susseguono infatti l'importante inglobamento dei Ducati e della Romagna nel nuovo Stato, la rinuncia ad una Toscana con sovrano francese, l'acquisizione per Torino dell'Umbria e delle Marche e infine il "colpo grosso" del Regno delle due Sicilie. Napoleone III riesce soltanto a salvare l'indipendenza di Roma e del Lazio, ma nel 1867 deve intervenire e far sconfiggere Garibaldi a Mentana. Nel 1866 ha fatto da prezioso tramite per la cessione del Veneto.

Ma la catastrofe è in agguato. Nessuno si rende conto che l'esercito francese è in cattiva condizione e non dispone di piani di battaglia e di servizi essenziali. Nessuno ha fatto un'opportuna valutazione di quello che è successo nel 1864 in Danimarca e nel 1866 in Boemia. Si dà per scontato che le armate della Francia siano in eccellente forma. Forse le vittoriose guerre coloniali hanno travisato le valutazioni.

Napoleone III dà l'impressione anche nella sua corte (vedi memorie del Bismarck e del Moltke) di poco ordine e di trascuratezza. E così si lascia trascinare in una guerra non preparata e che il Bismarck, in quel momento almeno, non aveva previsto. Andò a finire molto male: gli eserciti furono battuti sulla frontiera (fra cui il *de Failly* di "mentagnana" memoria), intorno a Metz ed infine a Sedan con lo stesso Imperatore preso prigioniero mentre cercava un riscatto e una vittoria ormai impossibili da ottenere. E non vi riuscì neppure la repubblica di Gambetta.

Alla fine del suo governo la Francia registra la nascita di due Stati ai suoi confini orientali e la stessa Italia si allea dieci anni dopo la disfatta con la Germania e persino con il nemico storico dell'Italia, e cioè l'Austria.

Come si è detto per l'Italia è ben probabile che anche il dinamismo della Prussia che si basava fra l'altro sulla sua vastissima estensione in Germania, ancora cresciuta dopo la guerra del 1866 (vedi annessioni del Hannover, dell'Assia elettorale e di Francoforte sul Meno) avrebbe comunque portato ad un'unificazione. Certo, la storia non si fa con i se, ma è anche vero che non vi è nulla di predeterminato e che gli avvenimenti seguono il caso, la volontà del singolo se egli è collocato in un posto chiave e i movimenti collettivi di fondo. E così l'Unità d'Italia si sarebbe forse comunque fatta all'atto della sconfitta francese del 1870 o in altra occasione storica. Certo è che dopo aver reso i dovuti onori alle grandi figure del nostro Risorgimento è venuto certamente il tempo di rendere omaggio a questo personaggio notevole e in parte

anche contraddittorio ma che ha tanto contribuito all'unità del nostro Paese. E che finora abbiamo ringraziato con l'oblio o, peggio, con l'inutile aggressione alla sua

patria nel giugno 1940 ("le poignard dans le dos") che, magari senza dirlo, i francesi tutt'ora ci rimproverano.

NAPOLÉON III Y LA UNIDAD DE ITALIA

Egone Ratzenberger

El pasado 2 de diciembre se cumplieron 160 años de cuando el sobrino de Napoleón Bonaparte, es decir, Luis Napoleón; de Príncipe – Presidente de la 2ª. República francesa, nacida con la Revolución de 1848, se hizo proclamar Emperador con un golpe de Estado, recreando el Imperio Napoleónico. En un contexto de estudios garibaldinos sobre la época del Risorgimento parece justo comenzar a iluminar algo mejor a este personaje histórico, porque sin él la Unidad de Italia, por lo menos en aquel período histórico, no se hubiera realizado. Y esto a pesar de los prodigios diplomáticos de Cavour, el consenso unánime de las clases burguesas italianas y las empresas audaces de Garibaldi.

¿Quién era Luis Napoleón?

Se trataba del hijo de su hermano Luis que Napoleón había nombrado en 1806 rey de Holanda y de Hortencia Beauharnais, hija de la Emperatriz Josefina de quien Napoleón se divorció. Se sospecha con razón que Napoleón Bonaparte haya sido el amante de Hor-

tencia y el padre de su primer hijo (que Luis tomó a su cargo) que después murió cuando era un niño.

Luis Napoleón nació en París el 23 de abril de 1808, pero debió dejar esa ciudad con su madre y su hermano Napoleón Luis, un año mayor, después de la aventura napoleónica de los Cien Días. Napoleón Luis se quedó con su padre que se estableció en Roma, mientras Hortencia, con Luis Napoleón eligió vivir en el cantón suizo de Turgovia pero transcurría los meses invernales en Augusta, en Baviera, donde se había refugiado el ex virrey de Milán, su hermano, Eugenio de Beauharnais que se había casado en 1806 con la hija del rey de Baviera y que moriría prematuramente en 1823. Hacia fines de los años 20 Hortencia piensa llevar a su hijo más cerca de su padre Luis y a los otros miembros de la familia Napoleón que viven en Roma. Los dos esposos están separados pero mantienen una relación correcta. En los últimos tiempos napoleónicos Hortencia se había enamorado del conde de Flahaut, hijo bastardo de Talleyrand, al que le dio un hijo que, como duque de Morny,

tendrá un rol muy importante en la corte del hermanastro. Luis Napoleón es ahora un joven apuesto que no se dedica solamente a las amistades femeninas sino que con su hermano Napoleón Luis se acerca, en Roma, a la Carbonería y aunque no se tengan pruebas de que se haya afiliado (pero quizás el hermano sí) es seguro que ha estado muy próximo a este movimiento, quizás no comprendiendo mucho su naturaleza y sus objetivos sino en el cuadro de una simpatía por las posiciones de libertad que él representaba. Su momento llega con los movimientos del 30-31, los dos hermanos deseaban fuertemente participar en ellos, su padre se los prohíbe y su madre los exhorta a no hacerlo pero igualmente participan. Luis Napoleón interviene en el asedio y en la toma de Civita Castellana; Napoleón Luis combate contra los papalinos en la Sabina. Después se trasladan hacia Romaña. Napoleón Luis muere de sarampión en Forlì. Su madre logra reunirse con el otro hijo en Pesaro, huye a Ancona y logra escapar de los austríacos y a volver a través de Umbria, Toscana y Liguria, a Francia donde los Borbones habían sido derrocados y Luis Felipe de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, se convirtió en rey. Los dos Napoleón son expulsados del reino hacia Inglaterra, pero logran regresar a Suiza.

El hijo de Hortensia entra en la Escuela de Artillería del ejército suizo y prepara su matrimonio con la hija del ex rey de Baviera, Matilde. Mientras, el hijo de Hortensia trata de organizar una nueva edición de los Cien Días, organizando una rebelión de la guarnición militar de Estrasburgo que es apoyada por unos pocos. El Gobierno de Luis Felipe lo manda en exilio a los Estados Unidos. Regresa para acompañar los últimos momentos de su madre y se exilia en Inglaterra desde donde intenta un golpe de mano en Boulogne, en la costa francesa y esta vez es encarcelado en la fortaleza de Ham de la cual se escapa seis años después y va a vivir en el Reino Unido. Desde Londres financia el bonapartismo. En 1848 el rey de Francia es enviado al exilio. Luis Napoleón es elegido diputado y al año siguiente es elegido Presidente de la República. El 2 de diciembre de 1852, con un golpe de estado se proclama Emperador y asume el nombre de Napoleón III, en el aniversario de la gran batalla de Austerlitz en 1805. Se reprocha a Napoleón III que haya derribado la república a la que había jurado lealtad. Pero hay que decir que la Asamblea Nacional era en su mayoría monárquica y realista.

TESOROS DEL ARTE UNIVERSAL EN MONTEVIDEO EL DAVID DE MIGUEL ÁNGEL

Carlos Novello



Montevideo tiene el privilegio de poder mostrar a diario a sus ciudadanos y a sus visitantes, en un espacio público, una de las mayores obras maestras de todos los tiempos: el "David" de Miguel Ángel.

Esta perfecta copia en bronce de su original en mármol, fue hecha en la fundición Marinelli de Florencia. Luego de realizada, el gobierno italiano prohibió hacer otras del original, por lo que adquiere, también, un valor muy especial.

Por iniciativa del entonces concejal César Batlle Pacheco se gestionó la obtención de la misma, habiéndose inaugurado el 25 de agosto de 1931.

Su primera ubicación en nuestra ciudad, que muchos recordarán, fue en el pequeño espacio situado frente a las calles Jackson, Guayabo y Rivera, que fue recubierto, para este propósito, con mármoles nacionales.

Tal ubicación era por demás inadecuada, por lo cual, luego de muchas discusiones, se encontró la excelente solución de colocarla donde ahora se encuentra, en la Explanada Municipal, adonde fue trasladada el 7 de abril de 1958.

Es curioso observar que, ya en 1936, el edil Oscar Canessa propuso su actual ubicación, si bien en forma provisoria-lo cual demuestra que nunca conformó el sitio elegido para su primera colocación-, haciendo referencia, según consta en las actas de la Junta Departamental, a la fachada del "futuro" Palacio Municipal.

La obra representa al segundo de los Reyes de Israel, que vivió entre los años 1040 y 975 antes de nuestra Era.

Siendo ya un joven, venció a Goliat,

el guerrero gigantesco de los filisteos, golpeándolo en la frente con una piedra que lanzó con su honda.

Esta victoria le abrió el camino que lo llevaría a ser electo rey de Israel. Trasladó la capital a Jerusalén, adonde llevó el Arca de la Alianza, transformando así aquella ciudad en un importantísimo centro religioso.

No sólo llegó a destacarse como guerrero y como rey, sino que fue también un músico y poeta de notorias cualidades, una prueba de las cuales son sus celebrados Salmos.

Ya durante el Cuatrocientos italiano, artistas de la talla de Donatello y del Verrocchio presentaron sus versiones de este héroe de la antigüedad, pero ninguna alcanzó la calidad de la de Miguel Ángel.

Esta estatua, de dimensiones colosales, fue esculpida por el célebre artista nacido en Caprese (un pueblo de Toscana, en la Provincia de Arezzo, que actualmente se llama, precisamente, Caprese Michelangelo) cuando apenas tenía 29 años.

Veintinueve años cuando la termina, en 1504 y solamente veintiséis, en 1501, cuando la concibe frente al bloque de excepcional mármol de Carrara considerado demasiado ciclópeo por otros escultores, entre los cuales un tal Simone da Fiésole, quien lo había

comenzado a esculpir hacía ya algún tiempo abriendo un hueco en el lugar en que se encuentra el espacio entre las piernas de la figura de Miguel Ángel, pero que había abandonado la empresa sin lograr hacer surgir de la piedra inanimada la vida que el Maestro sería capaz de dar a luz.

Miguel Ángel, que además de pintor, escultor y arquitecto, fue poeta no desdeñable, dice en el fragmento que transcribimos de un soneto de su autoría:

*"Non ha l'ottimo artista alcun concetto
ch'un marmo solo in sé non circoscriva
col suo soverchio, et solo a quello arriva
la man, che ubbidisce all'inteletto".*

En efecto; cuando el artista es de gran calidad, no concibe ninguna idea que un bloque de mármol ya no contenga en su interior. Pero a esa figura, que ya nació en la mente del creador, si bien todavía no está desentrañada, sólo puede llegar la mano que obedece a la inteligencia.

Basta, para vivir palpablemente este concepto de Miguel Ángel, con observar no sólo las figuras que llevó completamente a término en el mármol, sino especialmente, las esculturas no terminadas - sus famosos "non finiti" - como algunas de las proyectadas para la tumba del papa Julio II

o sus tres "Pietà" inacabadas: una en la catedral de Florencia, Santa María del Fiore; otra en la Academia de la misma ciudad, la llamada de Palestrina, y la Rondanini, que se encuentra en el Museo del Castello Sforzesco de Milán. Recordemos que la única Piedad terminada es la de San Pedro, en el Vaticano, que realizó antes que el David, cuando tenía veinticuatro años de edad.

Ante estas figuras de sus obras no terminadas uno asiste a un verdadero parto de la piedra, que va dejando aparecer a ese ser que ya vive en la mente del escultor, pero que necesita del toque de su cincel para que se produzca el milagro de que podamos verlo nosotros, simples mortales. Para que se pueda apreciar lo que significa esculpir una figura de cuatro metros con quince centímetros, como tiene este David, recordemos que sus antecesores más ilustres del '400, en Italia, tenían: el primero, realizado por Donatello, vestido, en mármol, de 1409, una altura de un metro con 92 cms.; el segundo, del mismo autor, de 1430, desnudo, en bronce, un metro 58 cms y el del Verrocchio, de 1475, vestido, en bronce, un metro con 26 cms., todos ellos se encuentran en el Museo del Bargello en Florencia.

Hay otra diferencia que resultará esencial para la interpretación de esta obra excelsa de Miguel Ángel, en relación con las versiones más notorias pre renacentistas: todas aquellas ima-

ginaron un David triunfante, después de la lucha, mientras que éste que nos ocupa emergió de la mente y de la mano del gran maestro, pleno de decisión, antes de comenzar el duelo desigual.

La forma y el tamaño del mármol a utilizar eran, en cierto modo, una dificultad que se presentaba, pero Miguel Ángel enfrentó este desafío y salió victorioso de él, puesto que esas condicionantes le permitían concentrar en la imagen el máximo de energía.

En este caso la figura del héroe está concebida en la absoluta concentración de la voluntad ante la acción que se ve obligado a cumplir.

Su vista está fija en un punto lejano, donde se encuentra el enemigo. El ceño fruncido denota la íntima preocupación por la enorme responsabilidad que debe afrontar pero, al mismo tiempo, una leve sonrisa nos proporciona la necesaria confianza que debemos tener en quien se considera a sí mismo capaz de salir airoso del lance.

Mientras permanece con la mirada centrada en el enemigo de su pueblo y, por lo tanto suyo, va soltándose (se adivinan los movimientos lentos y seguros) la larga honda que lleva ceñida a su cuerpo, la que todavía le atraviesa el dorso, y cuyos extremos sujeta apenas con la mano derecha. La famosa mano derecha, tan llena de vida y de fuerza contenida.

La cabeza es ligeramente más grande de lo que hubiera debido ser si se hubieran guardado las proporciones exactas, al igual que su mano izquierda. Ambas deformaciones ejecutadas para compensar el efecto de la distancia.

Esa figura erecta, centrada en un eje que cae a plomo desde la cabeza hasta el pie derecho, junto a la línea paralela del brazo derecho, tiene líneas divergentes, como la pierna y el brazo izquierdos, y sobresale de todo el conjunto la mano izquierda con ese "casi impulso" que se convertirá en acción en cualquier momento. Todas las fuerzas se concentran dentro de la propia figura, en un espacio cerrado. Los músculos del cuello, las venas de los brazos, los músculos en tensión del torso, todo hace prever la próxima explosión de movimiento que tendrá lugar cuando se produzca el lanzamiento de la piedra fatal con esa honda ahora solamente amenazante.

Esta potente figura estaba, evidentemente, encerrada, constreñida, imposibilitada, en aquella hornacina de la calle Jackson.

Es una estatua para grandes espacios.

En Florencia, la Piazza della Signoria es un marco más que digno para una obra de arte de estas excepcionales características. Convivió con otras obras maestras del arte italiano hasta

el año 1873, en que fue trasladada a la Galleria dell'Accademia por razones de mejor conservación, donde todavía se encuentra. En su lugar fue emplazada una copia en mármol.

En la Academia, lugar inadecuado para contener una estatua de las dimensiones de ésta, es posible, sin embargo, disfrutar de la tersura del maravilloso mármol con el que fue creada.

Pero donde, en la misma Florencia, se alcanza a captar en toda su magnificencia esta obra que, por sí sola, podría representar lo mejor del floridísimo Renacimiento italiano, es en la antigua Piazza dei Colli, hoy llamada Piazzale Michelangelo en el camino que lleva a San Miniato al Monte.

No es ésta una estatua frontal: debe verse y admirarse en toda su dimensión girando en torno a ella.

Allí, en el centro de hermosos jardines, la copia en bronce, similar a la que adorna nuestra Explanada Municipal ya no mira al filisteo enemigo, al que venció.

Mira, conservando su gesto heroico, su impulso vital, a la Florencia cuna del Renacimiento, que se extiende a sus pies acariciada por el viejo Arno.

Nuestro David, el que nos acompaña desde hace cincuenta y seis años (este artículo fue publicado en 1987, en el Almanaque del Banco de Segu-

ros del Estado, de Uruguay), es digno pariente del impresionante original y de las copias que se muestran en su Florencia natal.

Creemos que los montevidEOS no tenemos derecho a pasar junto a él con la mente puesta en algún perdido expediente o en lo que debemos pagar por la patente o por la contribución inmobiliaria.

Antes o después de esos malos tragos inevitables, o mientras paseamos sosegadamente por nuestra ciudad,

observemos esta copia fidelísima con el espíritu predispuesto a captar todas las maravillosas sugerencias que nos envía a través de su obra maestra el genio inmortal de aquel florentino que se convirtió en ciudadano del mundo empuñando el cincel preclaro, el pincel creador o la pluma, por intermedio de su espléndida obra arquitectónica.

Él supo llegar hasta nosotros. Se-
pamos nosotros llegar nuevamente hasta él.

GABRIELE D'ANNUNZIO (1863- 1938)

Selección de María Sagario



A 150 años de su nacimiento

Corría el año de 1863 y en Pescara (Abruzzo), el 12 de marzo nacía uno de los poetas más representativos del decadentismo.

Dispuestos, como siempre, a divulgar los hechos importantes de la

cultura italiana, aportamos algunos breves comentarios sobre el autor, del crítico literario Atilio Momigliano, pertenecientes a su "Historia de la Literatura Italiana", con el fin de estimular el interés del lector hacia una personalidad singular.

D'Annunzio es uno de los más famosos integrantes de la corriente literaria conocida con el nombre de decadentismo. Este movimiento es un aspecto de la reacción antirrealista, un fenómeno complejo, difícil de definir, un poco como el romanticismo del cual desciende y que, a menudo no es bien separable del espiritualismo y del misticismo.

El decadentismo se forma lentamente, va transformándose y culmina con D'Annunzio.

En la vida del escritor podemos distinguir tres hechos: 1) su nacimiento en Pescara (Abruzzo) que ha dejado en la obra del poeta huellas profundas de primitivismo bárbaro, místico, oscuramente paganizado; 2) su estadía romana, donde él, fascinado por los atractivos del arte y de la elegancia mundana, se hizo intérprete y jefe de un esteticismo que, arraigado en su naturaleza y ya evidente en sus primeras obras, se convirtió en uno de los

caracteres dominantes y disolventes de su poesía; 3) su participación en la política italiana. Pertenecen a este último de los tres capítulos ideales de su vida: la adhesión a la guerra de Libia, la invocación de la guerra contra Prusia, la campaña por la intervención, su heroica participación en la guerra, el antiwilsonismo y la hazaña de Fiume.

Aparentemente estas acciones atañen más a la historia política que a la literatura. Pero la actitud de D'Annunzio durante estos hechos nos remiten a aquel amor por el riesgo y el heroísmo que se manifestó desde la adolescencia en las lecturas y en los sueños napoleónicos y que ha permanecido, aun entre los refinamientos, las complicaciones sensuales y las desviaciones morales - como uno de los caracteres constantes de la psicología dannunziana.

La vida de D'Annunzio es más rica y más curiosa que sus obras. En él están mezclados indisolublemente el temple del señor del Renacimiento y la del decadente del Ochocientos, ávido de sensaciones desconocidas y sutiles, siempre dispuesto a complicar con sentidos secretos y mágicos las apariencias y las cuestiones de la vida. En la poesía el hombre del Renacimiento está minado profundamente por el esteticismo y por el decadentismo y - a pesar de las apariencias sublimes - vaciado de todo significado sólido por una adhesión superficial a la filosofía

de Nietzsche; pero en la vida, el héroe supera al esteticismo, el decadentismo y el súper humanismo. D'Annunzio ha sabido actuar como héroe pero no poetizar como héroe.

D'Annunzio, en su libro "Electra" publicó un poema dedicado a Garibaldi del cual hemos reproducido algunas estrofas en números anteriores de nuestra Revista.

En esta oportunidad tomamos un fragmento de la poesía dedicada a Verdi, publicada en el mismo libro.

Per la morte di Giuseppe Verdi

(.....)

La melodia suprema della Patria
in un immenso coro
di popoli salì verso il defunto.
Infinita, dal Brennero al Peloro
e dal Cimino al Catria,
accompagnò nei cieli il figlio assunto.
E colui, che congiunto
in terra avea con la virtù de' suoni
tutti gli spirti per la santa guerra
pur li congiunse in terra
col suo silenzio funerale e proni
li fece innanzi ai troni
ed ai vetusti altari
ove l'Italia fu regina e iddia.
Canzon, per i tre mari
Vola dal cuor che spera e non oblia!

(.....)

Canzon, per i tre mari
vola dal cuor che spera oltre il de-
stino,

recando il buon messaggio a chi
l'aspetta.

Aquila giovinetta,
batti le penne su per l'Apennino;
per l'aere latino
rapidamente vol,
poi discendi con impeto nei piani
sacri ove Roma è sola,
getta il più fiero grido e là rimani.



LOS MORENOS DE GARIBALDI

UNA EQUIVOCACIÓN DE MONTANELLI.

Antonio Bona



El gran escritor y periodista italiano Indro Montanelli en la rúbrica que tenía en el *Corriere della Sera*, así le contestaba a un lector que le preguntaba si era cierto que entre los "Mil" que liberaron al sur de Italia del yugo borbónico, había un moreno. En la contestación, a pesar de ser un historiador bien documentado, Montanelli cae en varios errores. Le dice al lector que entre los Mil no hubo personas de color pero que sí las hubo en la defensa de la República Romana en 1849, y se refiere a "un indio amazónico liberado que siempre acompañaba a Garibaldi". En una sola frase Montanelli comete una serie de dislates llevado por su fantasía. Y afirma muy orondo: "Se hacía acompañar por un indio amazónico, liberado por Garibaldi durante las luchas de la revuelta brasileña, y agrega: "...se llamaba Aguiar y se encontraba a gusto en la horda capitaneada por el Héroe de

los Dos Mundos ...en la que Garibaldi parece el cacique de una tribu india".

De haberse informado debidamente, como irónicamente aconseja que se debe hacer en el cierre de la nota, se hubiera dado cuenta que se estaba refiriendo a Aguiar, un liberto que le había sido asignado como ayudante por el Gobierno de la Defensa de Montevideo, Garibaldi lo trataba como un familiar más, y siguió al general en su regreso a Italia en 1848.

Hijo de una familia africana, había nacido en los alrededores de Montevideo, muy lejos del habitat amazónico que le atribuye Montanelli, como todo buen gaucho era hábil con el lazo y temible con su lanza "garronera".

Durante la campaña en defensa de la República Romana atacada alevosamente en 1849 por tropas francesas, austriacas y borbónicas, Aguiar fue el brazo derecho de Garibaldi.

Sigamos su trayectoria en las páginas de la monumental "Vida de Garibaldi" del historiador Gustavo Sacerdote.

Nos enteramos que el 30 de abril de 1849 las fuerzas invasoras francesas intentan ocupar las magníficas residencias que todavía hoy en día se pueden

admirar en la zona dominante del monte Gianicolo en Roma. Los franceses atacan decididamente Villa Corsini y Villa Pamphili presididas por los republicanos. En el sangriento combate intervienen los Legionarios de Montevideo, tal como los denominaba el pueblo a los que habían vuelto de allende los mares para luchar por la libertad y unidad de Italia. El poncho blanco de Garibaldi que a caballo comanda el ataque es como una bandera de combate, los voluntarios republicanos tras ella corren a la victoria, a la muerte. Está a su lado el fiel Aguiar que avanza con los atacantes, de manera infalible atrapa con el lazo a los oficiales de las tropas enemigas causando desconcerto y estupor.

Finalmente los republicanos consiguen salir victoriosos de esta acción decisiva para la defensa de Roma.

Entre las tropas atacantes de la República Romana están las borbónicas del Reino de Nápoles. Garibaldi decide llevar la guerra a su territorio. Envía una avanzadilla contra la ciudad de Velletri ocupada por el rey Fernando de Nápoles con su ejército. Éste enterado del movimiento de los republicanos sale de la ciudad con un regimiento de caballería para detenerlos. Se produce un desbande, Garibaldi al ver la situación decide intervenir, él y Aguiar cierran el paso del camino con sus caballos para ordenar la tropa. Un testigo relató luego: "Parecían dos estatuas ecuestres, de mármol blanco una, de bronce la otra"

Garibaldi toma la iniciativa y finalmente logra la victoria para las tropas republicanas, lo que obliga al rey Fernando a retirarse de Velletri.

Sigue la lucha en defensa de Roma republicana, Napoleón III ha enviado importantes refuerzos, el 30 de Junio los invasores intentan el último asalto, el definitivo. De las majestuosas "Villas" quedan solo ruinas que se disputan palmo a palmo. La artillería francesa concentra su fuego de manera implacable sobre "Villa Spada" cuyas ruinas se han convertido en el último baluarte de los defensores.

Caen en la última y desesperada defensa de la República Romana muchos veteranos de la Legión Italiana de Montevideo, entre ellos Andrés Aguiar, el fiel ayudante. Al enterarse y muy dolorido Garibaldi corre a su lado, no le queda más que llorar a su querido "moro", expuesto a la honra del pueblo en la capilla de la iglesia "Santa Maria della Scala" junto a otros héroes caídos en la defensa de la malograda República Romana.

En el parte del 30 junio de 1849 Garibaldi comenta: "América entregó ayer la sangre de un valiente hijo suyo: Andreas Aguiar, un ejemplo del amor de los libres de todas las comarcas hacia nuestra bella y desdichada Italia".

Una calle de Roma recuerda a este hijo de América de ascendencia africana...

Quizás Montanelli nunca se enteró de

que entre los "Mil" que en 1860 desembarcaron en Sicilia para su liberación, se había enrolado un garibaldino de origen africano.

En la edición del diario "La Stampa" del 10 de mayo 2011 nos enteramos de la iniciativa del Archivo Estatal de Turín en el sentido de ubicar a "los garibaldinos olvidados". Los investigadores han encontrado entre otras la ficha de Giovanni Nicolasi, nacido en Mozambique y residente en Catania, de profesión camarero. En la señas particulares se detalla: Edad 36 años, piel morena, altura mediana. Fue asignado a la división del general Türr, de origen húngaro, otro extranjero atraído por el carisma de Garibaldi.

No es necesario ir tan lejos para encontrar garibaldinos morenos: En ocasión del bicentenario del nacimiento de Garibaldi, es decir en 2007 el periódico de la Asociación de Veteranos de Montevideo publica una nítida foto de 1907

en la que aparecen los componentes de la delegación de Legionarios y Garibaldinos que viajó a Italia para llevar una placa de bronce destinada a la tumba de Garibaldi. Le debemos a la pluma del director del periódico, don Giovanni Costanzelli, algunos datos sobre quienes eran los que aparecen en esta histórica foto. El que sostiene la placa es un garibaldino moreno que luce orgulloso su roja camisa garibaldina y una respetable barba blanca. Marcado en la foto con el N° 3 comenta Costanzelli "... este afroamericano se llamaba Marco Demarco, casi seguro que peleó en San Antonio".

La nota es un conmovedor pantallazo sobre las vidas de estos desconocidos héroes que acompañaron en sus luchas por la libertad a Garibaldi cuyo carisma atraía hombres "de todas las comarcas".



Integrantes de la legión Italiana de Montevideo, en visita a Caprera.

CÓMO VEÍA ALGUNA PRENSA LOS ACONTECIMIENTOS DEL XX DE SETIEMBRE DE 1870

María Sagario



El 20 de setiembre de 1870, Roma era una fiesta. La ciudad amaneció con un sol radiante, de fines de verano. Bandadas de turistas, con sus cámaras en ristre, trataban de inmortalizar el clima de fiesta que vivía la ciudad, los mil detalles que acompañaban la celebración del centésimo aniversario de la Breccia de Porta Pia, que permitió entrar en Roma a las tropas piemontesas: las banderas, los militares uniformados, además de las maravillas que forman el entorno siempre atractivo de la Ciudad Eterna, en ese día, especialmente bulliciosa.

En esos años me encontraba estudiando en Florencia y para la ocasión y para reunirme con amigas montevidéanas, decidí dirigirme a Roma, ciudad a la que siempre se vuelve, según dicen y debe ser así, con tal que se cumpla con la antigua tradición de lanzar las monedas en la Fontana di Trevi.

Estos recuerdos felices me vuelven nítidamente a la memoria cuando, tratando de poner en orden mis papeles, me tropiezo con dos suplementos con noticias del 20 de setiembre de 1870, publicados en ocasión del centenario, por los diarios *Paese Sera* e *Il Giornale d'Italia*.

No resisto a la tentación de traducir un artículo, sin firma, del *Paese Sera*:

"El último día del poder temporal de los papas."

"A las 9.30 Pío IX ha ordenado: bandera blanca en San Pedro. El pontífice se ha levantado muy temprano y ha confirmado sus directivas al general Kanzler: resistencia simbólica. Ayer había ido a la "escalera santa". Esta mañana ha recibido solemnemente al cuerpo diplomático, después ha esperado las noticias de las tratativas con Cadorna.

El Café Greco tiene dos partes bien diferenciadas: la que da a la calle es un bar que recibe a gente muy apurada, que toma su café, de pie, y se va. Los salones interiores son los que tienen una atmósfera de "salotto dell'Ottocento", es decir, la parte histórica. Parece que el tiempo se ha detenido, se disfrutan las exquisiteces de la carta, sin prisa mientras se admira lo que nos rodea. Son ambientes pequeños, con mesitas de mármol y asientos antiguos, las paredes tapizadas de obras de arte y de fotografías que cuentan años de cultura y de historia italiana y extranjera. En esos locales, artistas, escritores, músicos, poetas, pintores, visitantes ilustres de todo el mundo o como nosotros, simples ciudadanos de a pie discutían y discuten de todos los temas en una especie de prestigioso cenáculo.

1760 fue el año en que se registró oficialmente la existencia del Café con motivo de un censo que, siendo Roma en esa época, capital del estado pontificio, fue realizado por la Parroquia de San Lorenzo en Lucina. Esta circunstancia permite pensar que el Café ya existía en una época muy anterior.

Pero el Café Greco también es un museo abierto al público que posee más de 300 piezas: cuadros, fotografías y objetos que recuerdan la vida y la historia de más de 200 años.

Después de esta breve semblanza sobre este local que merece una visita

y que es muy disfrutable, pasemos al artículo. La autora describe, con tono frívolo lo que acontece en la ciudad pero alejada del teatro de la batalla.

Atmósfera excitada en el Café Greco

"Es el alba del 20 de setiembre de 1870 y de mi casa de "Via del Babuino sienten cañonazos en dirección de Porta Pia. No es el único ruido casi continuado el que me ha mantenido despierta; durante toda la noche la modista de la puerta de al lado estuvo preparando banderas tricolores.

Ayer de tarde una bailarina del San Carlo que se aloja en el "Russie" ha venido a buscar a una modista para hacerse coser un traje de "bersagliera". Por poco no la tiran desde el balcón: la habían tomado por una espía de los zuavos por su acento afrancesado.

Ayer de noche en el Café Greco, los artistas de Via Margutta, los del Circolo Scandinavo y sus antagonistas, los "virtuosos" que se reúnen en la "Chiavica del Bufalo", todos enemigos declarados de los curas, frailes, esbirros, gendarmes, palatinos, suizos discutían en una atmósfera excitada y falsamente frívola delante de su "Umbra" (aquel horrendo café "macchiato" al cual siempre es preferible el "Aura", que los mozos del Greco quieren que se pida a la francesa como *café au lait*).

El escultor Stramboe contaba que María Letizia, una de las modelos más hermosas de Roma, de regreso a la ciudad después de un verano pasado en la montaña, en casa de sus padres, en el momento de desnudarse había declarado con extremo candor: "Señor Stramboe, mire cómo me han crecido los senos".

Pero el verdadero tema de la velada era Nino Costa, el pintor romano, amigo de Corot, que ha sido el primero en entrar por las puertas del gueto, a la cabeza de un grupo de "trasteverini".

Autoexiliado para escapar de las represalias de Pío IX, Costa se encontraría ahora, con los soldados piamonteses".

Para concluir, aunque hay muchos artículos más, traducimos el texto que lleva por título: "70 camelias", siempre de la Señorita Berenice.

"Mientras rodeo la escalinata de Miguel Ángel, hacia el Campidoglio, me encuentro con el floricultor Pedro Gardella, con la infaltable rosita en el ojal.

"¿Llegaron?. Estoy pronta para recoger noticias a manos llenas", le grito agitando mi guante. "Querida señorita Berenice: siempre la acostumbrada *gauffeur*" me responde en tono de reproche afectuoso el conocido florista. Y agrega: "No es aquí donde debía acudir sino a Porta Pia. Es allí que han entrado. Sabe que han abierto una brecha en el

muro de Villa Palatina?". Y, gentilmente, se ofrece a acompañarme.

El señor Gardella ha transcurrido la noche en su vivero fuera de la puerta San Giovanni, mientras sus jardineros recogían flores para tirar a los soldados y se lamenta de que no sea tiempo de camelias. "Me hubiera gustado tanto honrar a los soldados italianos con esta hermosa flor romana" me dice y me cuenta que en Roma se ha logrado hibridar hasta 70 variedades de camelias. "Setenta, mil ochocientos setenta" murmura como para sí: "espero que este número traiga suerte al 20 de setiembre y también a nuestras hermosas camelias".

El señor Gardella se enorgullece con justicia, de esta flor delicada y perfecta, tan adaptada al clima de nuestra ciudad y prevé que, gracias al amor y al respeto por todo lo que pertenece a Roma, a su historia, a su naturaleza y a su belleza los italianos intensificarán su cultura, dentro de 100 años, Roma será, sin duda, el mayor vivero de camelias del mundo".

Estas historias pequeñas tratan de ilustrar cómo se vivió el 20 de Setiembre de 1870 en Roma, desde la calma del Papa en el Vaticano y la agitación, la emoción y el regocijo de la gente, protagonista de aquellos hechos.

"CAMPAGNA DI MENTANA (1867). LAPIDI DI MONTELIBRETTI

Egone Ratzenberger

E' ben noto che in cima al pensiero di Garibaldi oltre, ovviamente, al desiderio di pervenire all'Unità del nostro paese vi è sempre stato il desiderio di fare di Roma la Capitale d'Italia. Il progetto che oggi sembrerebbe affatto naturale, appariva allora difficilissimo, a motivo del fatto che Roma era la sede del Papato e questa venerabile istituzione era appoggiata dai cattolici italiani, nonché dai cattolici di tutte le altre parti del mondo che riconoscevano nel papa il loro capo spirituale e volevano difenderne la piena indipendenza. Garante del mantenimento a Roma dello "status quo" era la Francia di Napoleone III a cui peraltro gli italiani dovevano il raggiungimento dell'Unità, salvo appunto il Lazio. E pertanto si era pervenuti agli Accordi del 1864 per cui la capitale si spostava nell'Italia centrale ma a Firenze e non a Roma. Ma tale soluzione non aveva affatto il gradimento di Garibaldi che progettò un colpo di mano su Roma con l'aiuto di insurrezioni interne nella Città stessa, un po' sul modello, su scala ben più ridotta, di quello che era avvenuto nel Regno delle due Sicilie.

Al fine di non ledere i suoi impegni internazionali il governo italiano si oppone al divisamento del Generale

e quando questi si muove per effettuare l'intervento armato lo arresta in Toscana a Sinalunga (23 settembre 1867) confinandolo poi a Caprera. Il 14 ottobre Garibaldi riesce però a sfuggire all'occhiuta sorveglianza della flotta italiana, attraversa a cavallo la Sardegna nord-orientale e con un viaggio di due giorni su un peschereccio sbarca non lontano da Livorno il 19 ottobre ed è il 20 a Firenze. Il Governo, diretto da Umberto Rattazzi, non ha coraggio di arrestarlo nuovamente e lo lascia andare incontro alle vicissitudini della campagna dell'ottobre '67 che si concluderanno con l'onorevole sconfitta di Mentana del 2 novembre.

Nel frattempo e cioè dalla fine di settembre aveva già dato ordine di invadere il Lazio e così il Nicotera si era mosso dall'Aquila verso Frosinone, l'Acerbi da Orvieto scendeva verso Acquapendente e Bolsena e avrebbe poi occupato Viterbo e Menotti Garibaldi, il figlio primogenito, era entrato da Passo Corese nel Lazio (questa regione era ristretta in confini più limitati di quelli odierni) occupando sulla via Salaria i borghi di Nerola e Montelibretti. Menotti entra nelle due cittadine con seicento uomini intorno al 7 ottobre; il 13 ottobre viene attaccato

da una columna di truppe pontificie che vengono respinte. Deve però poi ugualmente retrocedere per non venir circondato e costretto alla resa.

Di questo scontro del 13 ottobre restano sul posto tre lapidi di cui una dedicata ai caduti italiani e che recita "A perpetuo ricordo - degli italiani - che primi - qui pugarono e caddero - per la liberazione di Roma - il XIII ottobre - MDCCCLXVII.

Le altre due lapidi ricordano due

caduti francesi e hanno il testo - che è quasi uguale per entrambi - in francese ed in italiano. La prima è dedicata al "Vicomte Antonio de Quelen"; la seconda invece recita "Qui caduto ferito - morì nella notte sul 14 ottobre 1867 - Ubert Mercier caporale nel reggimento zuavi pontifici".

Come noto degli zuavi pontifici facevano parte molti volontari legittimisti francesi, belgi e anche austriaci e parecchi di loro caddero.

CAMPAÑA DE MENTANA (1867). LAPIDAS DE MONTELIBRETTI

Egone Ratzenberger

Es bien sabido que en la cima del pensamiento de Garibaldi, obviamente, además del deseo de llegar a la Unidad de nuestro país siempre ha habido el deseo de hacer de Roma la capital de Italia. El proyecto que hoy parecería completamente natural, entonces parecía muy difícil, por el hecho de que Roma era la sede del Papado y esta venerable institución estaba apoyada por los católicos italianos, como también por los católicos de todas las otras partes del mundo que reconocían en el papa su jefe espiritual y querían defender su plena independencia. Garante del mantenimiento del "status quo" era la Francia de Napoleón III, a quien, por otra parte los italianos debían la obtención de la Unidad, salvo precisamente del Lacio. Y por lo tanto

se había llegado a los Acuerdos de 1864 por los cuales la capital se trasladaba a Italia Central pero a Florencia y no a Roma. Pero dicha solución no contaba para nada con la aprobación de Garibaldi quien proyectó un golpe de mano sobre Roma con la ayuda de insurrecciones internas en la Ciudad, un poco con el modelo, pero en escala mucho más reducida, de lo que había sucedido en el Reino de las dos Sicilias.

Con el fin de no contrariar sus compromisos internacionales el gobierno italiano se opone a la intención del General y cuando éste se mueve para realizar la intervención armada lo arresta en Toscana, en Sinalunga (23 de setiembre de 1867) para después confinarlo en Caprera. El 14 de octubre Garibaldi logra escapar de la estrecha

vigilancia de la flota italiana, atraviesa la Cerdeña nororiental a caballo y con un viaje de dos días en un pesquero desembarca no lejos de Livorno el 19 de octubre del 67 y el 20 está en Florencia. El gobierno, dirigido por Humberto Ratazzi, no tiene el coraje de arrestarlo otra vez y lo deja ir al encuentro de las vicisitudes de la campaña de octubre del 67 que terminarán con la honrosa derrota de Mentana del 2 de noviembre.

Mientras tanto, es decir, desde fines de setiembre ya había dado la orden de invadir el Lacio y así Nicotera se había movido desde L'Aquila hacia Frosinone, Acerbi desde Orvieto bajaba hacia Acquapendente y Bolsena y después ocuparía Viterbo y Menotti Garibaldi, su primogénito, había entrado por Passo Corese en el Lacio (esta región está ubicada en límites más limitados que los actuales) ocupando en la Via Salaria las aldeas de Nerola y Montelibretti. Menotti entra en los dos pueblos con seiscientos hombres alrededor del 7 de octubre; el 13 de octubre es atacado por una columna de

tropas pontificias que son rechazadas. Pero después igualmente debe retroceder para no ser rodeado y obligado a la rendición.

De este choque del 13 de octubre quedan en el lugar tres lápidas de las cuales una está dedicada a los caídos italianos y que reza: "En perpetuo recuerdo - de los italianos - los primeros que - aquí combatieron y cayeron - por la liberación de Roma - el XIII de octubre - MDCCCLXVII.

Las otras dos lápidas recuerdan a dos caídos franceses y tienen el texto - que es casi igual para ambos - en francés y en italiano. La primera está dedicada al "Vizconde de Quelen, la segunda en cambio dice "Caído herido aquí - murió en la noche del 14 de octubre de 1867 - Hubert Mercier cabo en regimiento de los zuavos pontificios".

Como es sabido, de los zuavos pontificios formaban parte voluntarios franceses legitimistas franceses, belgas y también austríacos, y varios de ellos cayeron.

LA BATALLA DE SAN ANTONIO



en Uruguay y en el extranjero durante ese período.

Hemos elegido un artículo (sin firma y sin nombre del diario en que se publicó) que se refiere específicamente a la participación de Garibaldi, con su Legión Italiana en la Guerra Grande. En él se describen las incidencias de la Batalla de San Antonio que se desarrolló en los campos del Salto Oriental, el 8 de febrero de 1846 y que terminó con una amplia victoria de Garibaldi y sus tropas. No por ser conocido este episodio pierde su interés. Recordamos que las acciones militares pueden seguirse también a través del Diario de la Legión Italiana, redactado, en su mayor parte por el italiano Bartolomé Odicini, médico de la Legión y amigo de Garibaldi.)(M.S.)

(El 4 de diciembre de 1974 veía la luz en Montevideo, la segunda parte de los periódicos históricos que abarca el proceso desde 1826 a 1930, es decir, desde las luchas de la Independencia hasta la celebración del Centenario de la Jura de la Constitución.

Esta publicación titulada "Diario del Uruguay", fue organizada por un selecto grupo de historiadores uruguayos, bajo la dirección del recordado profesor Washington Reyes Abadie y reúne noticias muy variadas sobre hechos acaecidos

Montevideo, 8 de febrero de 1846

"El gobierno de la Defensa honra a los legionarios italianos y a su jefe, General José Garibaldi, por el triunfo obtenido en los campos de San Antonio. Un decreto del Ministro de Guerra, General Pacheco y Obes, establece una gran parada militar (en la calle del Mercado) para el 15 del corriente en homenaje de los vencedores. Por el mismo se fijan otras formas de agradecimiento: que la leyenda "Acción

del 8 de febrero de 1846 de la legión italiana a las órdenes de Garibaldi" sea escrita con letras de oro en la bandera de los legionarios; que el nombre de los muertos caídos en San Antonio sea inscripto en un cuadro que se colocará en la sala del gobierno; que la legión tenga un puesto en todos los desfiles y que todos sus hombres lleven como señal de distinción en el brazo izquierdo un escudo con la siguiente inscripción rodeada de una corona: "Invincibili combatterono gli 8 febbrajo 1846".(sic)

Un exitoso itinerario

El combate de San Antonio fue la adecuada culminación para una buena campaña. Cumpliendo disposiciones del gobierno de la Defensa, la legión italiana a las órdenes de Garibaldi marchó hacia el norte con el fin de reconquistar los puertos del país que estuviesen en poder de Oribe. Acompañó al general italiano un batallón de guardias nacionales a cargo del coronel Lorenzo Batlle. Los expedicionarios partieron en la escuadrilla oriental y en varios barcos de la escuadra franco-inglesa.

Colonia, Martín García, la isla del Vizcaíno y el Rincón de las Gallinas fueron atacados, vencidos y ocupados en nombre del gobierno de la Defensa. Una rápida excursión a través del río que permitió incautarse de un armamento en la argentina Gualeguaychú,

y de allí a Salto, donde la ciudad fue ocupada, sin lucha, por parte de los visitantes. En el Salto se incorporaron a las fuerzas de Garibaldi las milicias organizadas por Mundell, prestigioso estanciero escocés de ese departamento y las del coronel Báez, procedentes de Río Grande.

Choque inevitable

Pero sólo la ciudad estaba en manos garibaldinas. Los suburbios salteños y la totalidad del departamento seguían bajo las fuerzas de Oribe. El enfrentamiento era inevitable. Y se produjo en el mismo Salto. Las fuerzas del General Oribe comandadas por Urquiza y Manuel Lavalleja fueron sorprendidas, en primera instancia, por la rapidez con que se desarrollaban los acontecimientos, pero luego reaccionaron vigorosamente. Urquiza, después del triunfo en India Muerta, estaba a punto de retirarse a Entre Ríos para contrarrestar la insurrección correntina del General Paz. Se quedó para enfrentarse con Garibaldi. El italiano, por su parte, en una resolución oportuna había ordenado el retiro de los barcos detenidos en el puerto.

El enfrentamiento

La legión rechazó gallardamente los ataques de los 3000 hombres de caballería que habían salido triunfantes en India Muerta. La tenaz oposición

determinó que Urquiza apurase su retirada a Corrientes llevándose con él toda la caballada de la zonã. Una hábil maniobra del coronel Báez (que cruzó a nado el Uruguay y arrebató ciento y tantos caballos de los campos de Entre Ríos) le permitió a Garibaldi, sin embargo, contar con el apoyo indispensable de una parcial fuerza de caballería para la decisiva batalla que se avecinaba.

Garibaldi fue puesto en conocimiento de que el oribista Servando Gómez estaba dispuesto a interceptar la incorporación de nuevas fuerzas que en su apoyo venían desde la frontera brasileña. Resuelto a proteger la entrada de sus compañeros de armas, el General salió a pleno campo con 200 soldados de la legión italiana y 100 hombres de caballería del coronel Báez.

Combate de San Antonio

El combate tuvo lugar el 8 de febrero en los campos de San Antonio, a corta distancia de la villa. El fuego comenzó a mediodía y se alargó hasta entrada la noche. Garibaldi, se sabe, hizo prodigios de valor. Mil veces fue

acometido por la infantería y la caballería enemigas, y mil veces las rechazó. Audaz, imaginativo, un verdadero guerrillero, salió triunfante de un enfrentamiento en el que contaba inicialmente con la peor parte. Fue todo un triunfo. El Coronel Báez asegura que nunca se ha sentido tan honrado como de haber sido soldado de la legión italiana en los campos de San Antonio. El saldo ha sido de 30 muertos y 58 heridos para la gente de Garibaldi y de 146 muertos para la parte contraria.



*Monumento a la batalla de San Antonio.
Arq. Juan Veltroni*

(En el número 128 del 6 de julio de 2012 del diario La gente d'Italia, que se edita en Montevideo, se publica un artículo del periodista Alessandro Camilli sobre Giuseppe Garibaldi, del cual presentamos un resumen en español.)

JOSÉ GARIBALDI

Alessandro Camilli

"Punto número 1: adquisición de cinco millones de fusiles para terminar la Revolución Italiana. Punto número 2: la deportación de todos los sacerdotes aptos para el empleo útil en las obras de saneamiento de los Pantanos Pontinos. ¿Qué mano jacobina escribiría este programa político? ¿Robespierre, Lenin, Guevara? ¿Qué mente atea y revolucionaria pensaría en poner en los dos primeros lugares de su programa, la compra de los fusiles y la deportación de los curas? José Garibaldi.

Sí, precisamente él, aquel que Italia ha impreso durante años en los billetes de mil liras, aquel que conocimos en los bancos de la escuela y en calles y plazas dedicadas a él.

En realidad, nosotros los italianos, a pesar de que el Héroe de dos mundos es un conciudadano nuestro, no lo conocemos totalmente.

Sabemos de él al dedillo las banalidades que nos han enseñado en la escuela, pero no tenemos idea de quien es Garibaldi en realidad: héroe revolucionario, defensor de los oprimidos y paladín de la justicia, republicano

contra los reyes, un "Che" Guevara "ante litteram" pero en realidad un Guevara a la máxima potencia, mucho más global y mucho más héroe que el comandante argentino.

La definición "héroe de dos mundos" es una de las pocas verdades que el recuerdo de la escuela deja en la mente de los estudiantes a propósito de Garibaldi. De él, la escuela nos ha enseñado que contribuyó a la unificación del País en que vivimos y que después casi desapareció de la escena. Que en su juventud recorrió el mundo y participó en algunas luchas, aquí y allá en el globo terrestre, sobre todo en América del Sur; que vestía poncho y camisa roja y que nuestras plazas llevan su nombre y que en ellas se levantan sus estatuas. Esto y poco más es lo que nuestra escuela enseña de nuestro héroe. Héroe anestesiado y embalsamado por la dirección política primero y por el fascismo después.

Dos poderes y dos modos de ver el mundo que no podían tolerar y digerir la carga revolucionaria que Garibaldi llevaba consigo. Y no la podían sopor-

tar al punto tal que fijan su imagen como se hace con las mariposas que se pinchan en las vitrinas, bellísimas pero inmóviles. Y así ha sido para Garibaldi: héroe de la unidad y nada más. Por lo menos en Italia.

Pero Garibaldi era otra cosa y mucho más de lo que recuerda la historiografía italiana y se pone en evidencia por las fiestas que se celebran en su honor en distintas partes del mundo además que de su biografía.

Maurizio Maggiani de La Stampa escribe:

"No, nosotros no nos acordamos para nada del General Garibaldi, no nos ha quedado más que una pálida e insignificante idea de quien fue aquel hombre ante los ojos del mundo y, las respuestas que sobre él le dimos al profesor de Historia para sacar un siete, eran conformes a la banalidad de las preguntas. El General ha sido para algunas generaciones de americanos del Sur y del Norte, y de europeos, y de asiáticos, simplemente el más grande de los héroes de la modernidad. La quintaesencia del Héroe; siempre victorioso y siempre derrotado, siempre presente donde hay que reparar una injusticia, sostener una causa justa, un pueblo que liberar. Y siempre, por la eternidad, de límpida pureza de acción y pensamiento".

Y Garibaldi era mucho más que

"la carona" que todos recordamos en los billetes de mil liras. Las crónicas cuentan que cuando llegó a Londres en 1864 para pedir fondos para la "Revolución Italiana", de hecho había sido expulsado del País que había contribuido ampliamente a crear y desde hacía poco liberado de las cárceles del rey a quien le había dado un reino. En la tierra de los ingleses lo recibieron, según los cálculos de la policía, medio millón de personas además de todos los barcos anclados en el puerto con el empavesado de gran gala y las sirenas. Y después las delegaciones de los mineros, de los obreros, de las hilanderías, varios nobles franceses y todos los intelectuales del reino, con Carlyle a la cabeza. Y además el ejército de los refugiados políticos y el alcalde de la ciudad. Todos para festejar la llegada y homenajear a aquel hombre que se había negado a estrechar la mano de la reina de Inglaterra.

Cuenta Maggiani que "cuando la reina Victoria, despechada y preocupada, le preguntó al ministro Disraeli qué tenía aquel hombre para despertar tanta histeria entre muchas personas tan distintas, éste le respondió: aquel hombre, Majestad, es el individuo más poderoso del mundo porque en él se reconoce la pureza absoluta. Él es lo que dice y dice lo que hace sin contradicciones y debilidades."

Y Garibaldi quizás fue uno de los primeros, si no el primer héroe cos-

mopolita. Fue a China en una nave con bandera peruana para tomar contactos con el ejército revolucionario del Reino celeste de Tai Ping; trabajó en Nueva York en la fábrica de velas de Antonio Meucci, fue un joven marino mazziniano; vivió en Tánger, en Montevideo, en Australia. Y en todas partes combatió por sus ideales y por la libertad de los pueblos.

En el mismo año en el cual visitaba Inglaterra buscando fondos para la revolución italiana, el rey de las islas Hawai se hacía a la mar para ir a Caprera a estrechar la mano de su héroe y, siempre en Caprera se recibía una carta del pensador anarquista, el príncipe Bakunin mandada dos meses antes desde el destierro siberiano en la cual le contaba al General cómo en Siberia y en todas las Rusias no se hacía otra cosa que discutir y admirar sus proezas. Y precisamente Bakunin irá a su encuentro y lo abrazará cuando el Héroe entre en la Comuna de París.

Las hazañas de Garibaldi se celebran todavía en Nueva York, donde el año pasado (2011) el presidente Obama pronunció un discurso en el "Garibaldi Day" en honor de la Garibaldi Gard, el mítico 171° regimiento NY compuesto por exiliados políticos italianos, que se lució combatiendo contra los esclavistas.

Celebraciones en su honor se realizan en Argentina, en Río Grande do

Sul, en Puerto Rico, en Uruguay.

La mitología con respecto a él es inmensa en todas partes, pero paradójicamente no en Italia. Culpa de la esterilización deseada por el Rey y por el Duce. La esterilización de aquel hombre, aquel héroe que estorbaba demasiado y demasiado moderno para un estado que de moderno no tenía nada y de revolucionario todavía menos.

"Su carga subversiva, su insurreccionismo irreductible, su pensamiento tan puerilmente eversivo, era y permanecen indeseables e intolerables. Se necesita una nación con las espaldas más fuertes para cargar a un héroe tan potente, se necesita un pueblo con una confianza notable en sí mismo para recordar con memoria honesta al héroe nacional que fundó un partido que había establecido en el primer y segundo artículo de su estatuto los siguientes objetivos políticos, que ya hemos adelantado: la compra de cinco millones de fusiles para terminar la Revolución Italiana y la deportación de todos los curas aptos para trabajar en las obras de recuperación de los Pantanos Pontinos."

Al entrar en el Parlamento recién elegido y presentarse con su poncho y su sombrero emplumado de "brigante lucano", Garibaldi les dijo a los parlamentarios con galera y con frac: "Ésta no es la Italia que yo soñaba". Entrando

hoy en nuestro Parlamento, quizás el héroe de dos mundos tendría una impresión todavía peor, descubriéndose él, verdadero revolucionario, reducido a poco menos que un títere. Se inaugura en Caprera su memorial, Napolitano

y Monti hablan de él pero del verdadero Garibaldi se ha perdido, más bien se ha querido perder su memoria y releendo su vida es fácil comprender la razón de una...remoción de Estado que dura un siglo y medio.



Batalla de San Antonio

ÍNDICE

Editorial	5
El Príncipe	9
Verdi: duecento anni dopo la sua nascita	25
Verdi en el bicentenario de su nacimiento	41
Bruciamo Garibaldi!	45
¡Quememos a Garibaldi!	48
Garibaldi e i contadini: "buoni amici dei campi, nobilissima classe del lavoro agricolo"	52
Garibaldi y los campesinos: "buenos amigos de los campos, nobilísima clase del trabajo agrícola"	64
Napoleone III e l'Unità d'Italia	70
Napoleon III y la unidad de Italia	76
Tesoros del arte universal en Montevideo. El David de Miguel Ángel	78
Gabriele d'Annunzio (1863- 1938)	83
Los morenos de Garibaldi. Una equivocación de Montanelli	86
Cómo veía alguna prensa los acontecimientos del XX de setiembre de 1870	89
"Campagna di Mentana (1867). Lapidì di Montelibretti	94
Campaña de Mentana (1867). Lápidas de Montelibretti	95
La batalla de San Antonio	97
José Garibaldi	100



